

N O S O T R O S

NOVELAS DE LA HISTORIA (1)

LAS CIUDADES QUIMERICAS

DESDE el primer tercio del siglo XVI los españoles tuvieron la convicción de que en América del Sur existían ciudades misteriosas y opulentas, edificadas en sitios casi inaccesibles, perdidos en el inmenso continente. Sebastián Caboto llevaba ya esa convicción cuando salió de España. Al baluarte que a estas ciudades ofrecían tupidas selvas, ríos caudalosos, montañas abruptas, pantanos, desiertos sin agua... agregábase no sólo un cin-

(1)

Lomas de Zamora, 18 marzo de 1927.

Señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Muy estimados amigos: Ahí van las notas prometidas que no son, por cierto, el boceto de las novelas históricas que he emprendido bajo el nombre de *Crónicas romancescas*, comenzando por el tremendo Martínez de Irala, o sea *El capitán Vergara* al que en breve seguirá *El mar dulce de Solís*. Mis bocetos, en general, tienen desde un principio la misma — y a veces mayor — amplitud que la obra ejecutada, de manera que son impublicables, salvo que se quiera dañar a ésta última, quitándole toda novedad al presentar su cuerpo vestido de guiñapos. Lo prometido, — y lo que nuestro amigo Torrendell les habrá dicho, — eran estas notas. Reuniendo materiales y estudiando aquella época heroica y bárbara, me encontré, a lo mejor, con un sinnúmero de apuntes, y resolví redactarlos al correr de la pluma, como descanso a otras tareas. Como es natural, dado su origen y sus fines de uso exclusivamente personal, el trabajo es apresurado e incompleto, y ofrece bien poco que sea de mi cosecha propia — si no es hacer cosecha propia espigar en libros y documentos antiguos y modernos.—Pero con todo, el conjunto me parece que resultará interesante para algunos.

Si creen Vds., como yo, que es oportuno facilitar a otros este "instrumento de trabajo" — pues no es otra cosa — ahí le tienen a su disposición, pero, eso sí, les pido que expliquen previamente su gestación a los lectores de *Nosotros*, para que vean desde luego que no pienso en darles gato por liebre. Siempre afmo.

ROBERTO J. PAYRÓ.

turón de tribus feroces, mortales enemigas del extranjero, sino también fortalezas y fortificaciones de piedra — con sus rebeldes, torreones, fosos, caballos de frisa y demás, — debidas al arte de los habitantes que poseían también artillería de sitio, armas de todas clases, caballos, embarcaciones, graneros bien provistos, campos de pan llevar y dehesas pobladas de ganado mayor y menor, — inagotables depósitos de víveres, en fin, y todo ello dentro del vastísimo recinto de sus murallas.

En algunas de estas ciudades, por ellos improvisadas con ese objeto, habíanse refugiado los descendientes de los Incas (algo más tarde) llevando consigo cuantas riquezas pudieron sustraer a la codicia de los conquistadores, y — lo que es más valioso en tales circunstancias — todas las adquisiciones de su original civilización en las artes y las industrias. A los descendientes del Inca y sus familias acompañaban hombres sabios y emprendedores, capaces de reconstruir en medio de las tenebrosas soledades todo cuanto dejaba atrás en el hogar devastado por el extranjero, de adoptar lo que éste hacía de más útil para el bien general, y de progresar y perfeccionarse, libres ya de todos los reatos que les oponía una vieja tradición. ¿No parece ésta visión profética de lo que iba a ocurrir algunos siglos más tarde?

Pero las primeras de que oyeron hablar, ávidos, los españoles, databan de lejanas épocas y eran la obra de naciones indígenas más avanzadas que el resto, o de razas extranjeras emigradas en la remota antigüedad a tierras americanas, adonde trajeron nuevos usos, riquezas y particularidades que las obligaron, si no a vivir en guerra perpetua con sus salvajes vecinos, por lo menos a mantenerse en prudente aislamiento que les asegurara la paz, la tranquilidad interior y la completa libertad de acción.

Otras ciudades habían nacido por la fuerza de las circunstancias. Hombres rubios y blancos, del norte de Europa, ingleses y holandeses, náufragos en las terribles costas patagónicas o en las soledades inhospitalarias del estrecho de Magallanes, compelidos por el instinto de conservación habíanse internado en el continente ignoto, marchando siempre hacia el norte, como llamados por la patria lejana, inabordable tras del mar. Du-

rante su larga peregrinación habían tenido que vivir de la caza, persiguiendo o sorprendiendo a los guanacos y los huemules que pululaban en la región, hasta llegar a comarcas privilegiadas, cubiertas de bosques maravillosos, de campos feraces, surcadas por corrientes puras y frescas, pobladas de bestias y aves, ricas en minerales y plantas, que fueron su tierra de Canaán. Allí resolvieron dar por terminado aquel viaje sin rumbo y plantaron sus tiendas en medio de un maravilloso paisaje: al oeste empinábase hacia el cielo una ingente masa de montañas cuyos picos, cubiertos de nieves eternas, teñía de oro y rosa el primer rayo de sol de la mañana; a sus pies dormía un lago en el que se duplicaba el cielo siempre azul, cuyas aguas transparentes y dulces se dilataban hasta el lejano horizonte, y en cuyo centro aparecía, como visión de ensueño, ornada de verdura y de gigantescos árboles, una isla más hermosa que cuantas habían visto en su larga odisea por sus países que la niebla envuelve y por los mares que entibia el sol de los trópicos; al sur enmarañábase bosques y selvas que en parte habían debido cruzar abriéndose paso con el hacha, bajo el toldo verde de araucarias, olmos, hayas y robles que las enredaderas adornaban de flores, que las plantas parásitas vestían del pie a la copa, y que las lianas y bejucos unían en estrecho lazo, confundiendo sus individuos en una masa palpitante de vida vegetal; y allá, hacia el este, hacia el punto de donde llega la aurora fantástica y cambiante, tendíase una verde inmensidad cuyo término no alcanzaba la vista ni aun desde los cerros más empinados, y cuyas ondulaciones empenachadas de árboles y orladas de hierba espesa, surcaban, en valles y hondonadas, ríos y arroyos de aguas transparentes. En las inmediaciones de su campo, casi a todo viento, redondeaban su mole, cerros y colinas de fácil acceso, cuyas faldas brillaban con el resplandor de los metales preciosos o centelleaban a la luz como recamadas de diamantes...

Había, también, ciudades españolas — pre-colombianas — que no cedían en comodidad y magnificencia a las erigidas por los extranjeros blancos de origen desconocido, por los Incas opulentos, por los neerlandeses industrioses, por los enérgicos britanos. Eran fundadas por náufragos o, más tarde, por los pobladores de otras villas que arrasaron los indios...

Estas ciudades, situadas en regiones feracísimas, dotadas con cuanto el hombre puede ambicionar para sustento y recreo, eran el Dorado, Parima, el gran Quiviri, en tierra de las Amazonas, el gran Paititi, Enim, el gran Moxo, el gran Parú, Trapalanda, Jungulo, Manoa, Omagua, Guaypó, la Ciudad Encantada, la Ciudad de los Césares, y otras, y otras más, cuyos nombres llegaban sin precisión a oídos de los conquistadores quienes solían repetirlos mal, o bautizarlas antojadizamente — como cae de suyo — para distinguirlas una de otra, tan poco seguros de su denominación como de su situación... pero siempre seguros de su existencia!

Ni era parte a suscitar en ellos la duda el cuadro portentoso que se hacía de los milagros realizados por los misteriosos pobladores en cuanto a fábricas arquitectónicas, aprovechamiento agrícola, ganadería, industrias textiles y metalúrgicas, arquitectura naval, artes plásticas y ciencias guerreras, pues ya tenían bien a la vista la civilización de los aztecas, la de los Incas, la de los chibchas... monumentos ciclópeos, magníficos templos y palacios de piedra con pórticos y galerías sustentados por hermosas columnatas, puentes, fortificaciones, acequias y acueductos, pirámides colosales, estatuas, bajo-relieves, pinturas, todo cuanto se construyó en siglos y ellos destruyeron en un soplo para malbaratar sus materiales empleándolos en mezquinas moradas primitivas y en pobres iglesias, remedo vergonzante de las de su tierra natal... ¿Por qué creer, entonces, que, apenas desembarcados, la mirífica tierra de Indias, desconocida hasta ese momento, les había revelado de golpe todos sus secretos sin hurtarles ni disimularles uno solo? ¿Por qué, tras de aquellas montañas enhiestas, aquellos ríos como brazos de mar, aquellos lagos inmensurables, aquellas impenetrables selvas, no había de haber *otros* pueblos, y *otras* ciudades, y *otras* civilizaciones más admirables y más ricas aún, que sólo aguardaban al audaz aventurero para colmarlo de riqueza y poder?

En el seno de la confianza los naturales hablábanles cautelosamente, como quien traiciona y juega en ello su vida, de los países encantados que, *siempre*, florecían muy lejos de sus propias aldeas y de sus propias chozas... allá encontrarían lo que sus pobres tierras no podían proporcionarles... Los misioneros

hacían a menudo de esas ciudades el tema de sus pláticas y sermones, clamando el celo entusiasta con que irían a predicar la buena nueva entre los poderosos paganos, o a reavivar el fuego de la antigua fe en los cristianos perdidos en el aislamiento, privados de pastores capaces de mantener en toda su pureza la verdadera doctrina; los gobernadores, los adelantados, los virreyes soñaban con poner a las plantas de su rey y señor nueva grey de vasallos ricos e industriosos, o con restituirle, reducidos de nuevo a la antigua obediencia, los que por azar o por malicia se habían independizado y vivían fuera de su legítima y sagrada autoridad; los más altos señores que partieron de España a la conquista del nuevo mundo, Benalcazar, Pizarro, los Quesada, tantos y tantos otros, ardían en deseos de conquistar la estupefa presefa para hacerse grandes entre los más grandes y legar a sus hijos un feudo que les haría iguales a los monarcas de Europa; los mismos extranjerof, habitantes impasibles de estos fríos países nórdicos, se habían conmovido con la Gran Noticia y, abandonando sus hielos y sus nieblas, los Federmann, los Akfinger, los Raleigh corrían a la conquista del nuevo vellocino de oro, mientras en sus hogares oscuros las rubias mujeres hilaban o tejían contando a sus niños de cara mofletuda y ojos azules las maravillas del país que exploraban sus padres y de donde volverían cargados de riquezas y de juguetes deslumbradores y prodigiosos; los más pobres hijosdalgo iberof, mordidos en el corazón por insaciables ambiciones, se lanzaban a la tierra incógnita y tenebrosa, desdeñando el pavoroso *hic sunt leones* de las cartas geográficas, prontos a toda aventura, acorazados contra toda adversidad, indiferentes a todo peligro, o esperaban impacientes la coyuntura de incorporarse a alguna expedición y ser — aun cuando fuese el más ruín — uno de los felices conquistadores de aquellos paraísos terrenales; y el simple soldado, destripaterrones arrancado a la gleba o pícaro salido del arrabal, en quien desde antes de poner el pie en el puente de una carabela se habían despertado ambiciones y pretensiones nunca soñadas por sus iguales, veíase ya dueño de vastas posesiones, amo de incontables esclavos, habitante ahito en alguna ciudad de deleite, quizá también señor de vidas y haciendas...

Esta común aspiración hacia algo mejor que cuanto moral y materialmente nos rodea, es herencia que nos ha llegado intacta y aún acrecentada a través de las generaciones, y por eso nuestra sed de ideal es insaciable, aunque ese ideal varíe según las épocas — sed de riquezas, de poderío, de renombre, de ascensión perpetua — y aunque rara vez hagamos todo lo preciso para su conquista...

Acudían aquellos hombres rudos y heroicos en tanto número cuanto permitían las harto precarias comunicaciones y la voluntad del soberano. Ya no era preciso embarcar galeotes y forzar vagabundos para completar la tripulación de las carabelas. La fiebre de descubrimiento y de conquista, ardiente en España, en Portugal, había invadido Europa entera. Pero, especialmente, los puertos de Sevilla, de Palos, de Sanlúcar, luego de Cádiz, rebosaban de nobles y plebeyos cuya única ambición era embarcarse para las Indias, en cualesquiera condiciones, con cualquier salario, hasta sin paga alguna, hasta pagando en último extremo, seguros de que en cuanto pisaran tierras del nuevo mundo la riqueza brotaría de la huella de sus pies, sobre todo si lograban incorporarse a algún grupo de valientes que fuera a la conquista del Dorado o de la Ciudad de los Césares... Cuando en aguas del Tinto y del Guadalquivir o frente a la Cáraca se alistaban las naos destinadas a una nueva expedición, en la marina rumoreaba un enjambre de vagabundos mal entrazados que dormían a la bartola, charlaban, danzaban o jugaban a los naipes o los dados, aguardando que la fortuna les llevara algún oficial de enganche. Sus guñapos grasientos, sus pies descalzos, su mugre, su holgazanería daban triste idea de ellos mientras se mantenían en reposo; pero era de verles entrar en acción apenas sacudidos el sueño y la pereza: sus caras morenas, sus cabellos negros, sus ojos como ascuas, sus labios siempre prontos al gracejo y al sarcasmo, a la copla y el reniego, competían en general con el cuerpo esbelto y flexible, los bien repartidos miembros, puro músculo, cuyos movimientos revelaban agilidad, resolución e ingénita elegancia. Estos eran los más ganosos de correr la grande aventura, los más capaces de llevarla a cabo, los que, tanto en la lengua cuanto en las costumbres de América del Sur han dejado más profundas huellas. Los oriundos de otras re-

giones españolas, — salvo el vasco tenaz y audaz — no frecuentaban las costas y las marismas; tenían menos probabilidades de embarcar, aún después de que se permitió hacerlo a otros que los castellanos y andaluces. Pero todos soñaban con el Dorado — no importa qué nombre le dieran — todos querían correr hacia el Dorado...

LOS MISIONEROS Y LAS CIUDADES QUIMERICAS

Los sacerdotes venidos a América para evangelizar a los salvajes representaron un gran papel en las empresas conquistadoras del Dorado, la Ciudad de los Césares y demás emporios indios, que creó la imaginación.

Si bien algunos se mostraron incrédulos tratando esas noticias de leyendas cuando no de patrañas inventadas contemporáneamente para embaucar a los cándidos, muchos se dedicaron con ardor a investigar cuánto se sabía acerca de las quiméricas ciudades, las describieron con minuciosidad en sus libros, epístolas y otros escritos, hablaron de ellas en sermones y pláticas incitando a los fieles a su conquista, organizaron o intentaron organizar expediciones, y aún salieron personalmente en busca de ellas, prontos a arrostrar toda suerte de peligros y perdiendo algunos la vida a manos de los salvajes.

Muy largo y difícil sería un examen completo aunque sucinto de todo lo que los buenos misioneros, franciscos, dominicos, jesuitas y de otros hábitos y colores, nos dejaron escritos sobre las ciudades misteriosas desde principios del siglo XVI hasta las postrimerías del XVIII, y el lector más paciente se fatigaría, al fin, aunque en estos relatos, aparte las disquisiciones y digresiones piadosas, abunden las narraciones de aventuras y las descripciones de maravillas.

Que estos creyentes fuesen de buena fe no hay que ponerlo en duda, pues ninguno de ellos habla de lo que no vió como si lo hubiera visto personalmente, y todos se limitan a repetir lo que oyendo de boca de "testigos" para ellos veraces, — tan veraces que algunos de los que informaron a los jesuitas lograron entrar y ordenarse en la Compañía que condena el engaño, hasta cuando de él pueden dimanar incalculables bienes morales y materiales...

Así, aunque se quisiera, no se podría creer jamás que los buenos padres se valieron de la Gran Noticia para levantar los ánimos de los conquistadores e impulsarles a que ensancharan cada vez más la esfera de su poder y por ende aumentarán el número de los servidores del verdadero Dios.

Hubiera sido palanca poderosa, y lo fué en efecto aun cuando ellos la inventaran, la idea de conquistar el Dorado, los Césares; pero éste no fué engaño de los misioneros, sino obra, sin duda, de lo alto, ya que los caminos del Señor son inexcrutables. . .

El padre Lozano, de la Compañía de Jesús, célebre historiador del Río de la Plata, habla de la existencia de la Ciudad de los Césares, y se muestra muy afirmativo en una carta dirigida al Padre Juan de Alzola, el año 1720.

Cuenta en ella que, en el año 1512, salieron algunos habitantes de la misteriosa ciudad y pasaron por la Concepción de Chile; y esto es tan cierto, que — como se ha dicho ya — uno de ellos ingresó en la Compañía. Desgraciadamente no agrega el P. Lozano detalles que hubieran sido utilísimos y convincentes, y que el historiador jesuíta hubiera podido conseguir con sólo pedirlos a sus compañeros de ultra Cordillera.

Ofrécenos, en cambio, otros datos, hablando de un memorial enviado a Felipe IV por el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, también jesuíta, y citando textualmente un párrafo escrito por él y que más bien parece referirse a los indios llamados Césares que a los habitantes blancos de la ciudad. La Compañía de Jesús era por aquel entonces públicamente acusada de haber fomentado la resistencia de los indios cuando los españoles pretendieron conquistarlos entrando “con grandioso aparato por sus tierras”, y el padre Montoya la defiende ante el Rey afirmando que ningún jesuíta había siquiera intentado inducirles a aquel extremo ni había hablado, — antes al contrario, — mal de los españoles. La resistencia de los indios se debía únicamente, según él, a lo que los conquistadores habían hecho antes con otras tribus de Chile escarmentando a las demás de tener relación con ellos.

Lozano recuerda en seguida la entrada que desde Chiloé hizo en 1673 el padre Nicolás Mascardi, sacrificado por los indios cuando se encaminaba a los Césares.

Luego agrega que allá por 1714, el padre Rillo, secretario, le dió un papel escrito que a su parecer era de puño y letra del célebre padre Lezana, papel que, conteniendo curiosos detalles acerca de la Ciudad de los Césares, “discrepa poco del de Villarruinas, aunque menos menudo en los detalles”. Este manuscrito le inspira mucha mayor confianza de la que quisiera manifestar, según puede verse en el siguiente párrafo cuyo tono dubitativo más se inclina a la certeza que a la duda:

“Con todo esto, — escribe — yo no lo creo y sólo envié dicho papel a Vuestra Señoría Reverendísima, (el padre Juan de Alzola), para que se entretuviese en el viaje, para lo cual cualquier patraña sirve; pero *ésta no deja de tener su apariencia de verdad*”.

El manuscrito del padre Lezana relataba sucintamente la historia que sigue:

Durante el invierno, cuando las nieves cierran por completo los pasos de la Cordillera, cortando toda comunicación entre uno y otro lado de los Andes (1711) y cuando era materialmente imposible que nadie transpusiera la montaña, llegó a la ciudad de Chiloé, situada en la isla del mismo nombre, un español desconocido que llevaba en toda su persona las huellas de largas y rudas fatigas.

No tardó en saberse de su propia boca que era un César escapado poco antes de entre los suyos, no se sabe por qué. Tras de infinitos trabajos, marchando a pie por entre montes y precipicios, había llegado, por fin, a una nación de indios que llaman Cumas de Chiloé, gente bondadosa que le dió hospitalidad y que, cuando hubo descansado un tanto de sus fatigas, le acompañó, — a pie porque estos indios carecen de caballos, — hasta la ciudad de Chiloé.

Contó el español que había huído de la ciudad llamada Hoyos, que es la principal y más populosa de tres que existen en el reino de los Césares, antiguamente fundadas por náufragos que venían a poblar las Indias en tiempo de Su Majestad el Emperador y Rey don Carlos V, y cuyos navíos se perdieron en el Estrecho de Magallanes. Las otras dos ciudades de los Césares son la del Muelle y la de Los Sauces, y el reino todo lleva tan augusto nombre por haberlo formado leales vasallos del César.

Este grupo de ciudades está a sólo diez leguas de Calbuco, lugar que habitan los Aucas chilenos, según lo afirmó el español. Los informes de éste parecen tanto más verídicos cuanto que están de acuerdo con los que dan los cosmógrafos, que — según la categórica afirmación del padre Lezana, — determinan la situación de los Césares como hallándose a leguas:

160	de la ciudad de	Mendoza
140	„	San Juan de Loyola
190	„	San Juan
286	„	Buenos Aires
130	„	Chillán.

De donde viene a resultar que los Césares se hallan tierra adentro, en medio de la Cordillera.

Pero oigamos al español de la historia que añade los siguientes datos, según la interpretación y transcripción del padre Lezana.

Por la parte que mira hacia el lado de Mendoza, vale decir al Norte, las tres ciudades de Hoyos, Muelle y Los Sauces están defendidas y fortificadas contra las invasiones “de indios antropófagos, como son los Puelches, los Moluches y otros”, por una profunda laguna que tiene muchas leguas de extensión. Por las demás partes tienen otro género de defensa debido a su propio ingenio. Pero no por eso están sus habitantes aislados de todo contacto humano, pues tienen tratos de comercio con algunas tribus amigas que llevan a orillas de la laguna vacas y ovejas y las truecan a los Césares por trigos y legumbres que cultivan y por ropas y tejidos que sus mujeres saben hacer a la perfección, con la lana de las ovejas y con la de llamas, vicuñas y guanacos, numerosos en la montaña y en los valles que se extienden hacia oriente.

Con esto son muy ricos, pero no es cierto lo que se ha afirmado de que tengan oro ni otro metal precioso, fuera de la plata que, ella sí, abunda extraordinariamente, tanto que sus rejas de arado, sus cuchillos, sus ollas, sus cántaros, hasta sus vasos para los usos más viles son de finísima plata.

El español no sólo entró en la Compañía de Jesús, sino que

hizo en ella rápidamente su camino, pues el padre Lezana hace notar que "hoy es coadjutor", lo que requiere haber recibido las órdenes mayores, — que no se obtienen fácilmente en la Compañía, — y que estaba en pleno ejercicio de las funciones eclesiásticas.

Haciendo notar que la Cordillera estaba cerrada y que por consiguiente nadie podía saber del otro lado ni la llegada del César ni los informes que traía, dice que el mismo año de 1711 y por la misma época se preparaba una expedición en la provincia de Cuyo, para descubrir y conquistar la codiciada ciudad. Esta expedición había sido ordenada por el gobernador y presidente de Chile, don Juan Francisco de Ustariz, al general don Juan de Mayorga, vecino de Mendoza, quien reunió gente en las tres ciudades de dicha provincia de Cuyo, es decir, en San Juan, San Luis y Mendoza, y salió hacia poniente en el mes de setiembre, cuando ya los pasos iban a ser accesibles, guiado por un español que conocía a fondo el territorio.

Este español había sido cautivado, con otros, por los indios, durante una "vaquería", — que eran las salidas frecuentes entonces a caza de los animales vueltos al estado salvaje que abundaban extraordinariamente en las Pampas. — Durante su cautiverio adquirió preciosas noticias de la Ciudad de los Césares, y conocía con exactitud su ubicación porque, sin haber podido entrar en ella, la había, sin embargo, "visto de lejos", y estaba cierto de su existencia así como de la de los españoles, con quienes no se comunicó porque los indios se lo impedían, vigiándolo sin descanso para que no pudiera hablarles. Por fortuna para él esta vigilancia no era tan severa en otros sentidos, puesto que consiguió huir. Marchando de noche para que no lo descubrieran y ocultándose durante el día, logró llegar a pie a la ciudad de Mendoza, donde dió estas noticias al general don Juan de Mayorga, rico hacendado de aquella ciudad.

Mayorga se apresuró a pedir licencia al Presidente de Chile, don Juan Francisco de Ustariz, de quien dependía, para hacer una entrada y llegar hasta los Césares, licencia que el Presidente le concedió.

Aunque no pudiera reunir soldados veteranos y aguerridos, el general Mayorga no desistió de su empresa y salió con un pu-

ñado de gente bisoña, en su mayor parte vecinos pobres de las ciudades cuyanas.

Con ellos tuvo que presentar batalla a una nación de indios Césares que pretendía cerrarle el paso, y su pericia le permitió derrotarlos por completo. Sin pérdidas de importancia, y a pesar de la escasez e impericia de su tropa, mató treinta guerreros, tomó algunos más, y apoderóse en la aldea de doscientas “piezas” de sus familias, niños y mujeres.

Mayorga hizo dar tormento a varios guerreros de los apresados para obtener noticias precisas y compararlas con las del ex-cautivo que le acompañaba sirviéndole de guía. Nada consiguió de los gandules, — que así se llaman los guerreros, — hasta que uno confesó en el potro que conocía a los habitantes de la ciudad, que eran españoles, y que españoles los llamaban los indios; y tanto esta confesión como sus demás informes, coincidieron con los que el guía había dado.

Pero el gandul, forzado de los dolores que sufría, agregó algo cuya virtud fué la de sembrar la alarma entre los españoles.

Dijo, en efecto, que la suerte de la expedición estaba muy comprometida y que su pérdida era más que probable, pues siete caciques, con siete numerosísimas parcialidades, estaban esperando al general Mayorga y sus hombres al poniente de la sierra. Estos indios los recibirían amistosamente, y cuando estuvieran descuidados los pasarían a cuchillo, sin dejar uno solo con vida. En caso de que desconfiaran o estuvieran prevenidos, les atacarían una mañana antes de amanecer, y como eran tan numerosos y fuertes, acabarían con ellos sin remisión, aun a costa de perder alguna gente. Este indio murió pocas horas después.

Pero los españoles, viéndose tan pocos y bisoños, comenzaron a murmurar en cuanto supieron estas noticias, propaladas por los que habían dado tormento a los indios, y no tardaron en amotinarse gritando que el general Mayorga iba “a entregarlos a la muerte y hacerlos despojo de los bárbaros”.

Este motín obligó a Mayorga,—pues que no logró dominar a los amotinados, — a volverse a Mendoza sin haber alcanzado efecto alguno de su expedición.

Un cuarto de siglo después del padre Pedro Lozano, otro miembro de la Compañía de Jesús, el padre José Cardiel, gran conocedor de las regiones rioplatenses y magallánicas, se ocupó celosamente de adquirir noticias sobre la Ciudad de los Césares. Las obtuvo y las creyó, porque, aun cuando esas noticias pudieran estar “mezcladas con muchas fábulas, habiéndose perdido tantos navíos no puede menos de haber algo de lo que se dice, pues *no hay mentira que no sea hija de algo*”.

Una vez en posesión de los aludidos conocimientos, el padre Cardiel quiso emprender él mismo el descubrimiento de los Césares y a este efecto se dirigió al Gobernador y Capitán General de Buenos Aires, que entonces lo era don José de Andonaegui, — el mismo que atribuía a la influencia maléfica de los abogados el derrumbamiento de parte de la Catedral, los naufragios y otras calamidades, — caballero vizcaíno, firme creyente y grande amigo de los frailes, pidiéndole la autorización y los medios necesarios para acometer la empresa, malograda en anteriores ocasiones porque cuando sólo faltaba ponerse en camino “lo deshizo todo el enemigo común por intereses particulares de algunos”, en razón de que “no era vizcaíno el Gobernador, ni tenía bríos, eficacia, ni empeño de tal; que si los tuviera poco hubiera podido Satanás”.

Y para conseguir sus propósitos, el buen jesuíta exclama con religiosa unción:

“¡Cuán de veras le serviría yo a Vuestra Señoría en cosa que puede ser de tanto servicio de Dios y del Rey! De Dios, pues si encontráramos españoles, éstos, sin sacerdotes tantos años, estarán con muchos errores en la fe y las costumbres, como el pueblo de cuatrocientas casas que dice el clérigo agradecido Ordóñez que encontró hacia Filipinas, de un navío que había naufragado setenta años antes, que tenían cabildo e iglesia, adonde iban a rezar todos los días de fiesta, en lugar de misa, por no tener sacerdotes... Pero, aparte de otros varios errores, cada uno estaba casado con tres o cuatro indias, diciendo que para multiplicarse y poderse así defender de los indios, les era aquello lícito. ¡Qué de teólogos hace la depravada naturaleza!...”

Fray José Cardiel está muy bien informado acerca de la posibilidad de que existan ciudades de españoles, y aun de extran-

jeros náufragos, y cita algunos casos que pueden haber dado motivo a su fundación. Así, por ejemplo, en 1523 entraron por el Estrecho de Magallanes cuatro navíos españoles: de los que tres se perdieron en aquellas costas, escapando sólo uno que siguió viaje a Lima; en 1526 llegó de España la flota de las Molucas, cuya capitana se perdió también en el Estrecho; en 1535 amotinóse en aquellos mismos parajes la tripulación de varios navíos que los rebelados echaron a pique; de tres navíos que lo atravesaban en 1539, uno se perdió y otro tuvo que volverse de arribada; en 1583, el gran navegante don Pedro Sarmiento dejó pobladores en las costas magallánicas, etc., etc.

Era claro para el jesuíta que los náufragos podían haberse salvado en las embarcaciones menores y aun a nado, pues estos siniestros ocurrían muy a menudo a proximidad de la costa. Y citaba en su apoyo el caso de los tripulantes de una flota de tres barcos de los que naufragaron dos, y que debieron quedarse porque era el tercero sobrado pequeño y no tenía, ni con mucho, suficientes víveres para el sustento de todos, aun durante una corta travesía. Estos náufragos habrán entroncado con los indios y se habrán ido a poblar lejos de allí, en un lugar propicio.

Aunque no se puede afirmar con absoluta certeza la existencia de estos pueblos y ciudades de cristianos, nadie debe negarla tampoco, sino con temeridad evidente, pues ninguno de los que viven en Buenos Aires y sus alrededores ha penetrado a más de doscientas leguas de esta ciudad, hasta el río Sauce, y eso a caballo. En cambio, en favor de dicha existencia militan muchas circunstancias, y el padre Cardiel lo prueba con el testimonio de otro jesuíta, martirizado por los indios, el padre Nicolás Mascardi, de quien cuenta lo siguiente:

El Reverendo Padre Nicolás Mascardi que fué Rector del Colegio de Chiloé y que en 1662 era Superior de las misiones de Chile, visitando los ciudades de este reino halló en los archivos de una de ellas un documento en el que constaba que dos españoles, acusados de homicidio, habían huído de cierta población española fundada en el Estrecho por marinos cuyo navío naufragó en aquellos parajes. Como esta noticia venía a corroborar otras que había oído anteriormente de boca de los indios, el padre Mascardi resolvió salir en busca de dicha población.

Púsose en viaje, y a poco andar halló en el camino una nación de indios dóciles que le pidieron el bautismo. Después de permanecer algún tiempo con sus neófitos encaminóse hacia oriente, siguiendo el rumbo que le parecía más directo, según los informes recogidos, y no tardó en encontrarse con un cacique de aquellas inmediaciones, quien, lejos de huirle ni de mostrársele hostil, se acercó voluntariamente a él y le entregó varias prendas de fabricación europea, — una ropilla de grana, un peso de hierro y un cuchillo de puño curiosamente cincelado, — diciéndole:

—Has de saber que a tantas dormidas de aquí hay una ciudad de españoles, de quienes soy amigo y que, por las voces que corren de indios a indios, han sabido que un sacerdote de los cristianos anda por nuestras tierras. Estos españoles amigos desean mucho que vayas a verles, me han pedido que venga a decírtelo, y para que me creas me han dado estas prendas, que debo entregarte en prueba de que digo verdad.

El padre Mascardi le creyó, tanto más cuanto que ya venía preparado para ello por los antecedentes que le determinaron a emprender aquel viaje. Así es que, tomando el camino indicado por el cacique, pensó llegar derechamente a la ciudad de los náufragos.

Los indios que habitan en aquellas tierras son todavía indómitos y enemigos de los españoles, aunque éstos sean de paz como el reverendo padre jesuíta, así es que éste no tardó en tropezar con serias dificultades que le obligaron a desviarse de su camino y a renunciar por el momento a su proyecto. Entre tanto había enviado a Chile las prendas que el cacique le diera, y que mucho llamaron la atención, porque si bien el peso y la ropilla nada significaban de muy particular, no pasó lo mismo con el cuchillo que algunos reconocieron como de propiedad del hijo del capitán Nuño de Figueroa, naufragado en el Estrecho de Magallanes.

No es esto todo. Mientras el padre Mascardi seguía evangelizando por la parte donde no había tribus hostiles que le cerraran el paso, los indios le dijeron que dos españoles habían salido en su busca de una ciudad en que habitaban muchos. Supuso el padre, en un principio, que se trataba de una simple repetición de la anterior noticia, pero no tardó en convencerse de que ésta se refería a otra ciudad muy diferente, situada en medio

de una gran laguna inabordable, y cuyos habitantes todos vestían de blanco, muy ricamente, y vivían en casas magníficas como palacios.

Insuperables dificultades, análogas a las anteriores, impidieron que el padre Mascardi llegara hasta la deseada ciudad, pero no tardó en saber que un muchacho español, salido de allí, se hallaba por aquellas inmediaciones. Más adelante lo encontró, y, en efecto, el mancebo hablaba español, pero lo pronunciaba muy mal y usaba de palabras anticuadas.

No desesperando de hallar, por fin, la ciudad, el padre Mascardi siguió, pues, su viaje con unos pocos indios, — traidores como lo son todos por índole y genio, — como única escolta y guía. Roco después fué martirizado y asesinado, según unos, por los indios Poyas, según otros por sus propios guías, con el fin de robarle los abalorios que llevaba para ganarse la voluntad de los indios que pudieran serle útiles.

El padre Nicolás Mascardi, que sufrió el martirio y murió a manos de los bárbaros, fué llamado el “Apóstol de las Indias de Chiloé”.

El padre Cardiel encontró en Buenos Aires, — y tomó buena nota de ella, — una relación conocida ya por muchos, en la que un español, o mestizo de india y español, declara que, llevándole cautivo o en otra forma, llegó a una de estas ciudades, y cuenta tales maravillas que parecen inverosímiles, entre ellas la de que antes de llegar a la ciudad vió un cerro de diamantes y algo más lejos otro cerro de oro purísimo.

Don Alvaro de Quirós, que más tarde fué corregidor en el Perú, cuenta análogas grandezas:

Cuando solo tenía diez años de edad se embarcó en Amberes con otras personas de su familia, haciendo rumbo a las Indias. En las costas patagónicas, mucho antes de llegar al Estrecho de Magallanes, el piloto y varios marineros fueron en una lancha a hacer aguada. Quirós les acompañó, como buen muchacho curioso y amigo de aventuras. Metiéronse con la lancha en un riacho, abordaron y saltaron a tierra. No bien lo habían hecho cuando un grupo numeroso de hombres, que allí estaban embos-

cados, dieron con ellos y se los llevaron tierra adentro, hasta una gran laguna, pero sin hacerles el menor daño.

Llegados a la orilla de la laguna, armaron una embarcación, les metieron en ella y navegaron hacia una isla que se hallaba en medio, y en la que había hermosos árboles, tierras de labor, huertas magníficas y casas muy cómodas y espaciosas que formaban una gran ciudad con su iglesia y otros edificios públicos.

Allí les tuvieron tres días, regalándolos, pero sin que pudieran gozar de tranquilidad, pues no entendían una palabra de la lengua y no sabían qué suerte pensaban depararles. Por fin, al cabo de los tres días, les indicaron por señas que podían embarcarse y volver a su navío.

Pero antes de que partieran, uno de los habitantes, que parecía persona muy principal, les dió dos cajoncitos, y con una mímica muy expresiva les hizo comprender que no eran para ellos sino para Su Majestad, el uno, y para Su Santidad, el otro, pues así lo significaban claramente las dos palabras de Rey y Papa, que eran las únicas comprensibles para los cautivos. Los cajoncitos, que pesaban cosa de cuatro a cinco libras, estaban, según pudo verlo Quirós una vez a bordo de su lancha, completamente llenos de perlas finas, probablemente pescadas en las aguas de la laguna. El piloto, hereje como todos los flamencos, y poco leal al rey, que los flamencos no aman, se apropió las perlas.

No pudo olvidar Quirós esta aventura ni los cajoncitos de perlas, y años más tarde, mozo ya, encontrándose en España, juzgó de su deber dar cuenta de todo al Supremo Consejo de Indias, para que éste tomase las providencias del caso. Los señores del Consejo, muy admirados de su relación e interesados en el gran provecho que de ella podía sacarse, preguntáronle si podría recordar el sitio y encontrar de nuevo la laguna. Quirós contestó que no le costaría trabajo alguno dar con la embocadura del riacho por donde la lancha se había internado, pese a los años transcurridos, y que una vez encontrado éste, llegar a la laguna era la cosa más fácil y hacedera del mundo. Oído lo cual, los del Consejo determinaron darle cuatro navíos para que fueran a descubrir, bajo su comando y dirección, cosa que hubiera hecho a no estallar entonces la guerra entre el archiduque Carlos, apo-

yado por el emperador de Alemania, y el rey Felipe V de España. Pero Quirós fué indemnizado en parte de este desengaño, pues se le dió un corregimiento en el Perú, cargo muy codiciado de cuantos deseaban hacer fortuna en Indias.

El padre Cardiel invoca también el testimonio de una cautiva española que, llevada por los indios muy lejos hacia el suroeste, encontró casas habitadas por gente blanca y rubia que, desgraciadamente para ella, no entendía una palabra de castellano, y el de muchísimos indios a quienes ha oído hablar de los Césares, observando que sus noticias coinciden siempre, discrepando sólo en algunos detalles que pueden provenir de mala o incompleta observación. Estas noticias hablan todas de una gran laguna, en medio de la cual hay una hermosa isla, y en ésta una populosa ciudad, sobre la que descuella mucho una gran casa que piensan ser iglesia. Otra casa, más pequeña, llama la atención y es inexplicable, pues "está siempre echando humo". Desde la orilla se oyen campanas.

"Para mí, — dice el padre Cardiel, — la población del corregidor Quirós y la de la cautiva son de gente holandesa o inglesa. La primera no será holandesa, porque los flamencos entienden el holandés y el piloto de Quirós era flamenco. Será inglesa y holandesa la de la cautiva, lo que no sería de extrañar, porque, según dice el padre Ovalle en su Historia de Chile, en el Estrecho de Magallanes se han perdido varios buques holandeses. Puede, también, que los descendientes mestizos de nuestros paisanos hayan olvidado la lengua española, substituída por la de sus madres indias. Muchísimos mestizos paraguayos no saben el castellano y, aun con tanta mezcla de europeos que cada día van allá, la lengua común es el guaraní, como en Vizcaya la vascogada, como Vuestra Señoría bien lo sabe."

Como el padre Cardiel quería hacer el descubrimiento, para mayor honra y gloria de la religión y del Rey, pues según él mismo decía: "nosotros acá no buscamos sino la honra y servicio de Dios, de aquel gran Señor a quien no correspondemos sino haciendo mucho por Su Majestad, contentándonos con sólo su honra y gloria", — como quería hacerlo, repito, no encontraba inven-

cible dificultad alguna que pudiera oponérsele. La expedición no costaría un maravedí al regio tesoro. Trescientos paisanos estancieros del Río de la Plata se le reunirían fácilmente, llevando cada uno cinco o seis caballos y otras tantas vacas. Otras provisiones de boca no eran precisas, pues la indicada es gente que no gasta pan ni bizcocho, y aun la misma pólvora y balas que habría de dárselos sería poca, — de seis a siete libras de cada cosa, para cada uno, — pues usan preferentemente de la lanza. Los voluntarios llevarían de sus casas, hachas, barretas, azadas, palas para hacer pozos donde faltara agua corriente o de otra, y para construir empalizadas con que fortificarse contra los indios, así como cueros para hacer pelotas con qué atravesar los ríos no vadeables. El viaje duraría de seis a ocho meses, por cuya razón las reses vacunas debían de ser cinco por cabeza y con “cabos de empeño”, es decir, fuertes de patas para que no se cansaran en el camino. Debía emprenderse por el mes de Setiembre, es decir, al comenzar la primavera, porque en verano suelen faltar agua y pastos en las tierras que se prolongan hasta el Sauce, mientras que desde allí hasta el Estrecho, según los indios, los hay en todas partes.

En cuanto a voluntarios, el padre Cardiel tendría cuantos quisiera:

“Si yo, — dice, — que soy conocido por estas tierras, viniera a cada partido y, juntándome cada sargento mayor su gente, les hiciera una exhortación animándoles a la empresa, poniéndoles delante los grandes bienes que de ella se seguirían al servicio de Dios, del Rey y aun del suyo propio, (por lo que se podría hallar de preciosidades, a trueque de cuentas de vidrio y otros abalorios, como las lograron los que descubrieron a México y al Perú, y en caso de no hallarse esto *que los tendría V. S. muy en la memoria para sus aumentos*, y mas si con todo esto se les leyese un papel en que V. S. *les hiciese estas debidas promesas*, — si esto se hiciese es factible que, sin más aparato ni gastos, se consiga el intento”.

En 1617 buscaron la Ciudad de los Césares los Padres Brie-
va y Toledo. — En 1637, los Padres Acana y Fritz. — En 1639

el Padre Cristóbal de Acuña. — En 1673 el Padre Nicolás Mascardi. — En 1746 el Padre Cardiel. — En 1783 el Padre Méndez.

El capitán español don Manuel Josef de Orejuela, de cuyos trabajos nos ocuparemos en oportunidad, cree indiscutible la existencia de ciudades civilizadas en Patagonia, apoyándose en diversos testimonios, algunos de ellos de sacerdotes. Por ejemplo, el Reverendo Padre Prior del Convento de San Juan de Dios del presidio de Valdivia, quien contaba, según el capitán Orejuela, lo siguiente:

Había salido de Cádiz el año 1750, a bordo del navío "Amable María". El y los que navegaban con él descubrieron a la altura de 50° de latitud Sur, en uno de los cerros del Estrecho de Magallanes, un hombre embozado en una capa azul y acompañado de un perro grande, de piel blanca y negra. Este hombre era blanco y rubio, y su traje le revelaba europeo. Creyéndole náufrago o extraviado, los del navío le llamaron insistentemente a voces y por señas, pero por más que hicieron el desconocido no contestó, antes bien se retiró indiferente hacia el interior de aquellas tierras.

Más tarde, los reverendos padres misioneros que llegaron a las costas del Pacífico a bordo del navío "Toscana", declararon que a la altura del 37° de latitud, es decir, a la altura de lo que hoy llamamos Mar del Plata, habían encontrado una embarcación inglesa de dos palos, con la que se pusieron al habla. El aspecto y estado del buque demostraba que su fondeadero habitual no estaba lejos de allí. El capitán inglés dijo que se ocupaba en la pesca de la ballena, abundante en aquellos parajes, pero sus explicaciones no parecían muy francas, ni aun para los menos avisados. Sin embargo, el capitán español del "Toscana" le cortejó regalándole un barrilito de aguardiente, de lo que el inglés se mostró muy satisfecho, como quien ha mucho que no ve licores, y para retribuir el obsequio, ofreció a su vez un barril de aceite de ballena al capitán español.

El mismo don Manuel Josef de Orejuela invoca otro testimonio que no es de fraile: el del caballero francés Monsieur Romanef, que se hallaba a la sazón en Buenos Aires, destinado, entre otros oficiales de la real marina, a demarcar los límites con

Portugal en estas regiones. Decía Monsieur Romanef que, cuando acompañó a Monsieur de Bougainville en su viaje alrededor del mundo, y al desembocar del Estrecho de Magallanes, entrando en el Mar del Sur, vieron a corta distancia un *sloop*, pequeña embarcación de un solo palo, impropia para la navegación de alta mar y que era indudablemente de cabotaje. Hicieronle señales para ponerse al habla, pero aunque ambos barcos estaban muy próximos y el *sloop* cerca de tierra, no hizo caso de las señales, sino que viró de bordo dirigiéndose rápidamente a la costa, de tal manera que los de la fragata francesa la "Bordeuse" no tardaron en perderlo de vista detrás de un promontorio.

Otro jesuíta de mucho renombre y fama, autor de una notable descripción de la Patagonia, no sólo estaba convencido de la existencia de la Ciudad de los Césares, sino que creía conocer el camino seguro para llegar hasta ella. Tanto es así, que en 1760 escribió un derrotero que parece el mismo de Antonio Silvestre de Roxas con algunas ampliaciones de detalle, agregándole una descripción de la Ciudad, que no puede ser más completa.

Comienza el padre Tomás Falkner, de la Compañía de Jesús, después de haber determinado un largo itinerario, (1) por describirnos los indios Césares, que habitan en un valle grande, espacioso y muy alegre.

(1) *Derrotero para llegar a la Ciudad de los Césares*, por el P. TOMÁS FALKNER, de la Compañía de Jesús (1760)

EXTRACTO: Llegando a la ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires y provincia del Río de la Plata, se saldrá por el abierto de las carretas, que es el que traginan los de Buenos Aires a la sierra del Tandil. De esta sierra en adelante, indios *pampas* que corren toda la campaña suelen ser hostiles a los españoles que salen "a los campos a vaquear y hacer faenas de sebo y grasa". A ochenta leguas de la sierra se hallará otra, la de Guaminí (que está por un lado distante del mar cosa de dos leguas). En la parte norte tiene una laguna muy grande de aguas permanentes llamada Guamini. Allí suelen reunirse hasta seiscientos y ochocientos *pampas* de distintas naciones, pero sólo en tiempo de cosecha de la algarroba. Hacen paces y ponen sus "ranchos" alrededor de la laguna, cerca del monte que está a cuatro leguas más o menos. Hay allí gran cantidad de algarroba que recogen para comer y hacer chicha para todo el año. Desde la laguna se atraviesan setenta leguas de monte. En partes más, en partes menos. En medio viven los Muyuluches, en número de cuatro o cinco mil. Safen en correría hacia el Oeste, son belicosos pero domésticos y amigos de los españoles. Dejado atrás el monte, siempre ha-

“Es una gente muy crecida y agigantada, — dice, — tanto que, por el tamaño de su cuerpo no pueden andar a caballo sino a pie.

“Estos indios son los verdaderos Césares, que los que vulgarmente llaman así no son sino españoles que anduvieron perdidos en aquella costa y que habitan junto al río que sale del valle en las inmediaciones de los indios Césares...

“Estos indios Césares son mansos y apacibles. Las armas que usan son flechas largas o arpones, con que se guarecen y matan la caza, que son los guanacos que hay abundantes en aquellas tierras; también usan la honda (quizá la bola perdida), con que tiran una piedra con gran violencia...

cia poniente, hay treinta leguas de campaña sin agua, porque la tierra es arenosa y estéril de todo pasto. Uno que otro árbol. En seguida un río muy ancho y hondo que sale dando vueltas de la Cordillera grande de Chile. En algunas partes está lleno de barrancas, que le dan su nombre. Tiene vados señalados. Siguen hacia el oeste campañas estériles, y a cincuenta leguas el río Tunuyán. Entre el río Barrancas y el Tunuyán, exclusivamente, viven los bravísimos Pehuenches, que son muy numerosos. Siempre hacia el oeste se camina por entre médanos muy secos, fragosos y ásperos, cosa de treinta leguas, hasta descubrir el cerro Payén, muy alto, nevado, en forma de columna. Allí habitan los Chiquillanes en número de dos o tres mil; son muy domésticos y familiares con los españoles. Alrededor del Payén hay muchos cerros colorados, todos de metales de oro muy rico, y a su pie un cerrillo de azogue que se presenta como un cristal muy fino. Del Payén se sigue al sur cinco leguas y se encuentra el río llamado Diamante porque nace de un cerro “pasado de plata y con muchos diamantes”. A cinco leguas de este cerro hay otro río, el de San Pedro, donde habitan los Diamantinos, los más de ellos indios cristianos escapados de las encomiendas españolas. Serán unos cuatrocientos y son muy labradores. El río San Pedro es temible, tiene pocos pasos y está crecido la mayor parte del año. A cuatro leguas, siempre hacia el sur, está el riacho Estero o de los Ciegos, donde habita multitud de Pehuenches. Estos indios corren por el poniente hasta la Cordillera Nevada, y por el sur comercian con los Césares españoles. Treinta leguas más o menos al mismo rumbo están los Pehuenches, muy altos, corpulentos, de ojos pequeños. De la boca del gran valle en que viven sale el caudaloso río Hondo, que es “criadero”: nace de unos cerros colorados muy ricos, “pasados de oro y mucho cobre campanil, que es la madre de dicho oro en grano”. Tienen su párroco dependiente del obispo de Chile. A tres leguas al sur se encuentra el río del Azufre, que lo tiene en abundancia y nace de la “raíz” de un volcán, y a las treinta o poco más otro río muy ancho y apacible que nace en un valle espacioso y muy alegre de la Cordillera, donde viven los indios Césares. Saliendo — en fin — de este valle por la orilla del gran río, a cosa de seis leguas más abajo, está el portezuelo a que arriban en sus pequeñas embarcaciones los españoles que viven en la otra parte del río, y como a otras tres leguas más abajo se halla el paso por donde vadean los de a caballo en tiempo de cuaresma, pues el resto del año está muy crecido.”

Y aquí está la Ciudad de los Césares.

“Trabajan en los metales de plomo romo (mineral de plata), y lo funden al fuego, y el modo que tienen de fundir, así los metales como el plomo, es diferente del nuestro, porque nosotros los españoles los fundimos en hornillos, y ellos los funden en otras fábricas que llaman “guayras”.

“En el espacioso valle habitado por los indios Césares hay un cerro grande, muy alto y derecho, y al pie de este cerro se encuentra un cerrillo negro, muy relumbrante, que parece tener metal de plata, y es de piedra imán muy fina. Hay piedras del tamaño de tres cuartas, y, si se buscara, se hallarían más grandes, que es cosa de admiración.

“No trabajan sino en este metal (la plata), por ser suave y blando, y no explotan los otros metales ricos de plata porque no los saben fabricar y porque no hay azogue.

“Saliendo del valle por la orilla del Río Grande y a cosa de seis leguas abajo, se halla el paso o portezuelo por donde llegan los españoles que habitan de la otra parte del río, con sus embarcaciones pequeñas, pues no tienen otras. Y tres leguas más abajo se halla el paso por donde vadean los de a caballo, por el tiempo de Cuaresma, que es cuando el río está menos crecido”.

El padre Falkner pasa en seguida a la descripción, que es la siguiente:

“Esta ciudad, que llaman la “Ciudad Encantada”, está en la otra parte del río, poblada de un llano y fabricada más a lo largo que en cuadro, casi con la misma planta que la de Buenos Aires. Tiene muy hermosos edificios, templos y casas de piedra labrada, bien tejados al uso de nuestra España.

“En las más de ellas tienen los españoles indios cristianos para la asistencia de sus casas y haciendas, y a quienes los mismos españoles han reducido con su educación a nuestra santa fe católica.

“Tiene dicha ciudad, por la parte del poniente y del norte la Cordillera Nevada, en la cual los dichos españoles han abierto muchísimos minerales de oro y de cobre, y están continuamente explotando esos metales. Por la parte del sur hasta el oriente tienen dilatadas campañas donde los habitantes han establecido sus estancias de ganados mayores y menores, que son muchísimos, y heredades para su recreo, con mucha abundancia de todo

género de granos y hortaliza, adornadas con alamedas de diferentes árboles frutales, que cada una de ellas es un paraíso. Sólo carecen de viñas y olivares, por no tener sarmientos para plantar las primeras. Por la parte del sur tienen también la mar vecina, a cosa de dos leguas, y en ella se proveen de rico pescado y marisco para el mantenimiento de todo el invierno.

“La Ciudad de los Césares tiene doscientas sesenta leguas, más o menos, de jurisdicción.

“Finalmente, por no ser molesto en esta descripción, digo que es el mejor temperamento y más benévolo que se halle en toda la América, porque parece un segundo paraíso terrenal, según la abundancia de sus arboledas, ya de cipreses, cedros, pinos de dos géneros, ya de naranjos, robles y palmas, y abundancia de diferentes frutas muy sabrosas. Es tierra tan sana que la gente muere de puro vieja y no de enfermedades, porque el clima no consiente achaque alguno...

“Solo falta gente española para poblarla y desentrañar tanta riqueza que está oculta en aquel país.

“No se admire ninguno de cuantos a sus manos llegue este *manifiesto*, porque todo lo que aquí va referido no es ponderación ni exageración alguna, sino la pura verdad de lo que hay y es, como yo mismo lo he andado, lo he visto y lo he tocado por mis manos”.

ROBERTO J. PAYRÓ.

EXPEDICIONES EN BUSCA DEL DORADO Y LA CIUDAD DE LOS CESARES, DESDE 1513 HASTA 1800. SEGUN LOS DATOS QUE HE PODIDO COMPULSAR

1509. — Expedición de Pizarro con Ojeda, Fernández de Enciso, Núñez de Balboa.

1513. — Vasco Núñez de Balboa oye hablar al cacique Comogre de un país en el que abunda extraordinariamente el oro, pero para cuya conquista necesitaría mil hombres por lo menos. Balboa partió con 190 españoles, mil indios de carga y algunos perros de pelea, el 1.º de setiembre de 1513, del puerto de Careta. Después de un viaje penoso llega a un mar sin límites, se arrodilla dando gracias al cielo, y luego entra solo en el mar, espada en mano y abrazada la rodela, tomando posesión del Océano en nombre del Rey de España.

1520. — Pigafetta, 1er. viaje. — “Otras cosas extravagantes nos contaba nuestro viejo piloto. Referíanos... que en una isla llamada Occoloro, junto a Java Mayor, sólo se encuentran mujeres, las cuales conciben del viento, y cuando paren, si nace varón, le matan, y, si hembra, la crían. Si

algún hombre llega a la isla, en cuanto pueden lo matan.... Durante nuestro viaje preguntamos por todas partes a los indios de diferentes naciones acerca de estas mujeres belicosas, y todos decían haber oído hablar de ellas a sus mayores, añadiendo muchas otras particularidades dignas de risa que tienden a confirmar haber existido allí verdaderamente una república de mujeres que vivían sin hombres y que se retiraron hacia el Norte a lo interior de las tierras, por el Río Negro o por otro de los que, por el mismo lado, confluyen con el Marañón."

1524. — El portugués Alejo García, que quizá anduviera con Solís, con una escolta de indios cruza el Brasil — desde el Sur — descubre *Matto Grosso* y llega a los Andes.

1527. — Panfilo de Narvaez, nacido en Valladolid, a. 1470, m. en 1529. — Enviado por Diego Velázquez de León, gobernador de Cuba, combatió con Hernán Cortés en 1520. Llevaba 18 naos, 80 jinetes, 800 infantes, entre ellos 80 arcabuceros y 150 ballesteros, y doce cañones. Perdió el ojo de una lanzada. Fué preso en Veracruz.... Vuelto a Cuba autorizósele para conquistar el territorio de la Carolina del Sur, llamada entonces *Chicora* (?). Salió con trescientos hombres, entre ellos Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso Castillo, Andrés Dorantes y el Negro Estebanillo. Los indios le indicaron un camino falso para ir al Dorado. La tropa se internó en desiertos sin fin, fué diezmada por la peste, el hambre, las flechas de los indios, y después de inauditos padecimientos se encontró en la bahía de Pensacola, sin barcos, sin ropa, extenuada de hambre y de fatiga. Con troncos y cortezas hicieron embarcaciones primitivas, y así pudieron arribar a las costas de la Florida, donde permanecieron seis meses. (Para el resto ver las *Memorias de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*.)

1529. — Alfinger, alemán.

1529. — Bartolomé Sailler, alemán, lugarteniente de Alfinger descubre el lago *Maracaibo*. Como viera muchas habitaciones lacustres llamó al país *Venezuela*. Las casas formaban verdaderos pueblos y sus pilares de madera se petrificaban en la parte sumergida. Formada por el caudal de muchos ríos, la laguna es inmensa, unida al mar como un golfo; su boca, con dos islas, tiene media legua de ancho, y una gran barra. Se llama así por el cacique *Maracaibo*. Tiene manatíes y excelentes peces. En sus inmediaciones vivían los *Quiriquiris*, *Zapares*, *Boca-Bayes*, *Alcoholodes* y *Bohures* o *Bo-bures*.

1529. — El capitán Francisco Cesar, compañero de Sebastián Caboto (1).

1531. — Diego de Ordaz. — Uno de los mejores capitanes de Cortés en la conquista de México. Fué dos veces a dar informes a Carlos V y consiguió de S. M. autorización para emprender la conquista de *Venezuela*. Embarcóse el a. 1531 en Sevilla con 400 hombres de armas. Tropezó con gravísimas dificultades, remontó el *Orinoco* hasta *Meto*, navegando 40 leguas. A poco de haber remontado el *Nyapari*, enfermó gravemente y volviendo a España, murió en el mar el año 1532.

1533. — (2). "Después de la caída de los Incas un joven hermano de *Atahualpa* había fundado un imperio inmenso, retirándose tierra adentro con cuantos tesoros pudo. Llamábase al imperio *Gran Paititi*, *Gran Moxo*, *Enim* o *Gran Parí*. — El *Dorado* de México se llamaba la *Ciudad de las Puertas de Oro*. Decían que estaba en *Texas* a orillas de un río que se llamaba *Cibolo*, que significa *Bisonte*. *Cibolo* se llama, también, una sierra mexicana en el estado de *Coahuila*, distrito de *Río Grande*. Ofrece grandes quiebras y una se llama *Puerta del Cibolo*; por ella corre un arroyo del mismo nombre.

1536. — Capitán Juan de Ayolas. (2)

(1) Ver en *Caras y Caretas*, "Los tesoros del Rey Blanco", del autor.

(2) Ver *El capitán Vergara*, del autor.

1536. — Díaz de Pineda afirma que al este de los nevados de Tunguragua, Cayambe y Popayán, se extienden inmensas llanuras tan llenas de metales preciosos que los habitantes se hacen armaduras de oro puro.

1536. — Sebastián Moyano de Belalcázar buscó el Dorado en la planicie de Cundinamarca.

1536. — Las expediciones hechas al Sur de Guavire, del río Fragua y del Caquetá no sólo prueban — se dice — la existencia del Dorado, sino también la de Manoa, Omagua y Guaypó, tan ricas como él.

1536. — Gonzalo Jiménez de Quesada (3) exploró los contrafuertes del este de los Andes de Colombia, llegando hasta los bosques entre el Meta y el Caquetá.

1536. — Federmann (4).

1536. — Gonzalo Pizarro y Orellana buscaron el Dorado en los bosques vírgenes de la Canela y orillas del Amazonas. Este último dejó abandonados al dominico Gaspar de Carvajal y al hidalgo Hernando Sánchez de Vargas, de Badajoz.

1539. — En este año escribieron sobre las Amazonas Juan de Lery y Magalhaes de Gandaro.

1539. — Muere ahogado Alonso Martínez de Arellano, capitán de infantería en la expedición de Quesada.

1540. — Alonso de Herrera repite el viaje de Diego Ordaz, hasta Meto.

1540. — Pedro de Limpías, que había llegado a Bogotá con la expedición de Federmann al interior de Venezuela, lleva a Coro las primeras noticias acerca del Dorado.

1542. — Von Speier (5).

1545. — Hernán Pérez de Quesada (6).

1545. — Felipe Van Hutten busca el Dorado en los llanos de Venezuela y Nueva Granada.

1547. — Segundo viaje de Orellana (7).

1540. — Segunda expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada.

1559. — Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre, atraviesan el Continente de este a oeste. Ursúa recorre parte de Colombia buscando el Dorado. Creía que éste se hallaba en las fuentes del Paititi, afluente del Branco, entre las sierras Parima y Pacaraima, en los confines de la Amazonia. Lope de Aguirre continuó el viaje.

1560. — Martín de Poveda (8).

1560. — Ñuflo de Chaves, saliendo de la Asunción llegó al Perú, y regresó. "Desembarcó en el Brasil con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tomó parte en varias revueltas y en la sublevación de 1544, contribuyendo a que Irala fuese gobernador en vez de Alvar Núñez. En 1557 salió de la Asunción con una flotilla y 200 soldados para colonizar en los Jarayes. En Chiquitos o Matto Grosso — cuyos habitantes, aliados y robustos, eran mansos y hablaban una lengua difícil de pronunciar — en su territorio *había* minas de oro—, tuvo noticia de estas riquezas y siguió adelante.—Denominaciones de los Chiquitos: Bororoses, Cayubeos, Caruvés, Curucanecas, Chiquitos, Guanás-otuales, Curuminacas, Paiconocas, Paunacas, Penoquies, Potoras, etc. Unos indios le recibieron amistosamente, otros no. Quiiso fundar un gobierno independiente del Paraguay, que sería su Dorado. El virrey del Perú lo autorizó a ello. En 1560 fundó la capital de Santa Cruz de la Sierra y tomó el título de Virrey. Gobernó con su familia hasta 1567, m. o m., y murió asesinado por los itatines. Había introducido el primer ganado lanar y cabrío." (9).

(3-4-5-6-7-8). Ver más lejos.

(9) Ver *El capitán Vergara*, del autor.

1566. — Uno que encontró el Dorado sin buscarlo fué en 1566 Amador de Cabrera quien, hallándose en Guamanca (Perú), se encargó de llevar el guión en la procesión del Corpus, y como le molestara el sombrero lo confió a un chico, hijo de un su criado. El muchacho perdió o se dejó robar la prenda que tenía una joya de valor, y huyó temiendo el castigo. Su padre se presentó a Cabrera para disculparlo, ofreciéndole como compensación llevarle a un sitio donde había grandes riquezas. Era el cerro de Guancavélica, abundantísimo en azogue.

1565. — Francisco de Aguirre.

1568. — La Compañía de Jesús llegó a Lima en este año, durante el gobierno de García de Castro. El Santo Oficio se estableció en América por Real Orden de Felipe II, de 7 de Febrero de 1569. Los Jesuitas fueron expulsados por Carlos III, por edicto del 2 de abril de 1767.

1569. — Pedro de Silva, vagó por los llanos de Venezuela y Nueva Granada.

1573. — Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador del Tucumán y fundador de Córdoba la Llana, dejó papeles confirmando la gran noticia.

1578. — El gobernador del Tucumán, Gonzalo de Abreu y Figueroa emprendió una expedición a los Césares. Los indios confederados sitiaron a San Miguel del Tucumán y la ciudad hubiese caído a no aparecer flotando en el aire los apóstoles Simón y Judas "poniendo con su venerabilísima presencia terror a los enemigos." (Información de 1610.)

1578. — Gonzalo A. de Figueroa.

1579. — Janson, holandés.

1584. — Antonio de Berrio, atravesó el continente de este a oeste.

1593. — Domingo de Vera, en nombre de España, toma posesión de la Guayana, que se creía el Dorado.

1594. — Riffault, de Dieppe, trata de colonizar en el Marañón.

1595. — Sir Walter Raleigh, enviado por Isabel de Inglaterra. Escribió sobre su viaje un libro muy curioso, especialmente por la imaginación de que hace gala, obra, en fin, de notable poeta-viajero.

1595. — Los corsarios Cavendish y Lancaster renuevan las noticias sobre el Dorado.

1595. — Martínez.

1595. — Suárez o Soares, portugués, avanza desde la costa hasta Matto Grosso.

1596. — Lorenzo Keymis y el capitán Berrie.

1596. — Masham.

1603. — Coelho, portugués, remonta el Amazonas y vuelve con muchos esclavos que vende. Esto era corriente para los portugueses.

1604. — Charles Leigh.

1605. — Hernandarias expediciona a los Césares. Ver Ruy Díaz, ps. 10 y 253, nota 16.

1607. — Enrique Martínez, ingeniero mexicano, cosmógrafo del Rey de España. En 1607 el Virrey le encargó el desagüe de las lagunas de México, y él lo intentó sin resultado. Escribió un tratado de trigonometría.

1608. — Robert Hartcourt.

1617. — Padres Brieva y Toledo, legos franciscanos: Domingo de Brieva y Andrés de Toledo.

1617. — Walter Raleigh. (Ver más lejos).

1620. — Pedro Chamijo. (10).

1637. — Padres Acana y Fritz, cada cual por su lado, se dirigieron al reino de los Manos, cuyas tierras suponían cubiertas de oro. Sus maravillosos relatos inflamaron de nuevo la imaginación de los aventureros.

(10) Ver *El falso Inca*, del autor.

1638. — El gobernador del Tucumán, Jerónimo Luis de Cabrera, manda una expedición a los Césares.

1639. — El padre Cristóbal de Acuña, y el padre Artieda y otros, jesuitas, bajan de Quito al Pará, acompañando a Teixeira, por orden del Virrey del Perú. El general portugués Teixeira había remontado el Amazonas con 2000 indios. Ver el libro del P. Acuña.

1673. — Padre Mascardi.

1716. — Díaz de Rojas fué a los Césares.

1735. — El padre Julián Lizardi, que a la sazón contaba 38 años, fué asaetado por los chiriguanos en el partido de Ingre, montañas de Concepción.

1740. — Don Manuel Centurión, gobernador de Santo Tomás de la Angostura. Teniase por cierto que, remontando el río Esequibo se podía llegar al Dorado por la Guayana Holandesa. Centurión, inflamado por los prodigiosos relatos, resolvió emprender serias investigaciones y empleó todos los medios para infundir el mismo ardor a sus colonos. Enviado por él, Arimuicarpí, indio ipurneota, bajó el río Carouy y convenció a los españoles de que cuanto se decía acerca del Gran Moxo quedaba muy por debajo de la verdad.

1746. — Padre Cardiel. Césares.

1758. — Los antiguos habían recogido pepitas de oro en el río Madeira, cerca de la catarata del Ribeirão. El historiador Baena cuenta que, hacia 1758, João Fortes Arzão presentó a don Miguel de Bulhões, obispo de Pará oro y piedras preciosas encontrados en esos parajes. Cuadrillas de buscadores de oro iban entonces, de preferencia, a orillas del río Gy-Paraná o río Machado.

1758. — Gy-Hacha.

1774. — Capitán Ignacio Pinuer. (11).

1775. — Nicolás Rodríguez y Antonio Santos, audaces marinos y famosos aventureros fueron encargados de buscar el Dorado por el gobierno español. Anduvieron hasta 1780. Corrieron peligros sin cuento y llegaron a Uraricuera y al Río Blanco. La abundancia de mica en la Guayana les confirmó la existencia de riquezas auríferas. El pico Calitamini, herido oblicuamente por el sol poniente, brilla como incrustado de oro o coronado de diamantes. Raleigh dice que todas las montañas, todas las piedras del Orinoco tienen el brillo de los metales preciosos.

1775. — Coronel Joaquín de Espinosa.

1770. — El gobernador de Valdivia. (Ver Pinuer.)

1782. — Don Manuel Josef de Orejuela.

1783. — Padre Menéndez.

1783. — Francisco Delgado.

1800. — Hasta esta fecha y más tarde, se creía que los llanos de Macas, al este de la Cordillera, se hallaban las ruinas de Logroño, ciudad situada en una región aurífera de prodigiosa riqueza.

(11) Ver "Por qué no fué descubierta la maravillosa ciudad de los Césares", en Suplemento literario de *La Nación*.

SUEÑOS MARAVILLADOS (1)

La Flor de Oro

Yo era un niño, un niño nervioso, menudo,
 Risueño,
Con su traje corto, su sombrero aludo
Y sus ojos tímidos cargados de ensueño.

Bajo el sol naciente todo sonrosado,
En el corazón del campo bravío,
 Vagaba encantado
Por la huerta llena de luz y rocío.

¡Bendición! Las plantas entre el alborozo
Del día infantil palpitan de gozo.
 Las rumbosas coles,
Mirándose en la zanja de áureas aguas,
Esponjan sus hojas anchas como enaguas,
Tentación eterna de los girasoles.

Los tomates bastos
Mecen, en las cuerdas flojas
De sus ramas frágiles escasas de hojas,
Su rubor ardiente de muchachos castos.

Los locos ajíes
Ponen sus brillantes sartas de rubíes

(1) De un libro de versos inédito a causa de los editores, que ya no quieren publicar versos... sino por cuenta de los autores.

*Sobre las cabezas de las dalias dobles.
Y las calabazas,
Cual simples rapazas,
Entre la maleza dormitan inmóviles.*

*Mas he aquí los grandes, los buenos zapallos
Cual mancebos rústicos de infladas mejillas,
Con sus hojas ásperas, sus feraces tallos
Y sus tiernas flores anchas y amarillas.*

*¡Oh, las flores tiernas! Bajo el azul duro
Parecen de oro. ¿Qué digo? Son oro.
Son oro puro,
Son oro sonoro.*

*Toda estremecida por la maravilla,
Mi manita loca
Una gran flor toca,
Y la flor fantástica se deshace en bruma
De oro, que brilla,
Palpita y se esfuma,
Dejando en mi alma, que el asombro mece,
La angustia de un sueño que se desvanece.*

*¿Estaba despierto? ¿Estaba dormido?
Nunca lo he sabido.*

Simple Visión

HÚMEDAS *vegas salpicadas
Del dulce azul de los cardones,
Alamos en verdes bandadas,
Cerros en morados cordones.*

*Pasan volando por la clara
Ventana abierta del vagón,*

*A la cual asomo la cara
Y el corazón.*

*Pasa una rústica casita
Enlazada de enredaderas,
Como una blanca margarita
Abierta en hojas tempraneras.*

*Pasa el huerto en que hay una banca,
Y hace la venia un girasol
Y un tendido de ropa blanca
Se seca al sol.*

*Albas camisas con sencillos
Encajes y moradas pintas,
Deliciosos pantaloncillos
Con volantes y largas cintas.*

*¿A qué muchacha fresca, roja,
y bruna pertenecerán?
¿A qué moza de ojos de hoja
De arrayán?*

*Y en mi butaca de peluche,
Sueño en la primicia de amor
De que serán cándido estuche:
Senos, caderas, sexo en flor.*

FRANCISCO CONTRERAS.

París, 1927.

MAS SOBRE “LA MADRE DE JESÚS”

ACLARANDO LOS CONCEPTOS DE LEUMANN

Dr. Roberto F. Giusti

Director de NOSOTROS.

Señor Director: Cuando en el suplemento dominical de *La Nación* del 10 de abril apareció la fantasía de Carlos Alberto Leumann, intitulada *La Madre de Jesús*, me pareció lucubración mal pergeñada de un alma que sueña en psicologías femeninas. Conocía otros sueños análogos de Leumann y no me llamó la atención. Quiso presentar un caso anormal de degeneración materna y se equivocó lastimosamente en la elección del cuadro en que encerró sus psicologías. La indignación que provocó es, por otra parte, perfectamente lógica. Los católicos que miran en Cristo a la encarnación de las perfecciones de Dios, y que en María veneran al objeto de las eternas predilecciones del Verbo, se sintieron heridos, y con razón, ante la petulancia literaria del cuadro de Leumann. Si un literato de los arrestos del cuentista de *La Nación*, presentara en forma amena a los lectores del gran diario las degeneraciones de la prostituta, y para ello escogiera como protagonista a la madre del señor Leumann, describiendo su hogar con falsos y minuciosos pormenores... ¿qué pensaría el señor Leumann del tal juguete literario?

Pero, he aquí que Leumann, en su carta abierta a los Directores de Nosotros, no sólo no comprende el desacierto del cuadro de sus psicologías, sino que pretende que sus sueños son una realidad, y dejando a un lado el papel de soñador de psicologías femeninas, quiere representar el de exégeta; y como el

terreno que pisa es resbaladizo, comienza su farsa por la mistificación.

En todas las páginas de los Evangelios no existe ni un solo rasgo que nos hable del desamor de María para con Jesús. La angustia con que le busca en Jerusalén después de haberle perdido en el templo, la confianza con que en Caná obtiene de El el primer milagro de su vida pública, y la constancia con que lo acompaña en el Calvario en medio del escarnio de las muchedumbres, prueban evidentemente que la Virgen no sólo lo amó siempre como madre, sino que ni un momento dudó de su divina misión.

Pero Leumann ha pretendido hacer un descubrimiento en el capítulo III de S. Marcos. Allí, en el versículo 21, (no en el 31 como lo cita en *Nosotros*) (1) se dice: "Y como esto oyeron los suyos (*oi par'autou*, se lee en el original griego) salieron para detenerlo, porque decían: está fuera de sí". En este pasaje sorprende la perspicacia de Leumann el desamor de María para con Jesús, pues para él, el *oi par'autou* incluye también a su Madre, que más tarde en el versículo 31 aparece buscándolo en compañía de sus hermanos. Se dice allí: (31) "Y llegaron su Madre y sus hermanos y quedándose de la parte de afuera, le enviaron a llamar. (32) Y estaba sentada alrededor de El una multitud y le dicen: mira; tu madre y tus hermanos te buscan ahí fuera. (33) Y les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? (34) Y mirando a los que estaban sentados a su rededor les dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. (35) Porque el que hiciere la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre". Leumann quiere establecer identidad entre los *oi par'autou* del versículo 21 y el pasaje transcrito de los versos 31 y siguientes, concluyendo de ahí que su Madre y sus hermanos le tuvieron por hombre que estaba fuera de sí.

(1) Aquí la dirección de *Nosotros* debe una aclaración leal: el error es suyo y no de Leumann. Este citaba en la misma página, sin indicar la numeración, primero el versículo "Y como esto oyeron los suyos, etc." (que es el 21) y luego el "Vienen después sus hermanos" (que es el 31); cuando poco después hace alusión al primero, numerándolo, él había escrito 21, pero el corrector de pruebas de la revista, que en la ocasión lo fué uno de sus directores, creyendo con los evangelios por delante, que se refiriese al segundo, le enmendó la plana al autor y escribió 31. — N. DE LA D.

Por de pronto, entre la escena del verso 21 y la del 31 se incluye otra que distancia evidentemente y distingue los dos hechos. En efecto: Después de narrar el evangelista la vocación de los Apóstoles hecha en la montaña, nos describe la vuelta de Jesús a la casa, donde le rodea la muchedumbre que le imposibilita el tomar alimento. Lo cual oído por los suyos (*oi par'autou*) vienen para detenerle, porque le juzgan fuera de sí (verso 21). Y continúa la narración: (22) "Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: tiene a Beelzebub y en virtud del príncipe de los demonios lanza los demonios. (23) Y habiéndolos convocado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás?" Y a continuación, a los escribas por El convocados, les demuestra que no es posible que el Hijo del Hombre obre sus obras destructoras del reino de Satanás precisamente en su nombre. Esta escena introducida entre los dos versículos quita toda probabilidad de poder referirlos a los mismos sujetos.

Pero el paralelismo de los Sinópticos viene a confirmar la distinción real entre los *oi par'autou* del verso 21 y la Madre y los hermanos de Jesús que aparecen en el verso 31. S. Mateo, en el capítulo XII, en los versos 46-50 repite con las mismas palabras lo que S. Marcos decía en el III, 31-35; y S. Lucas lo refiere en el capítulo VIII, 19-21. La serie de los hechos a que alude S. Mateo antes del pasaje en que coinciden los tres evangelistas es como sigue: Después de defender a sus discípulos porque recogían espigas en día de sábado, cura a un hombre que tenía una mano seca también en día de sábado. Los fariseos ante esa nueva infracción del sábado salen de allí para tramar su muerte, lo cual sabido por el Salvador sale de allí curando a cuantos enfermos le seguían, imponiéndoles silencio. Las turbas admiradas por esos prodigios decían: ¿Por ventura es este el hijo de David? Lo cual oído por los fariseos dijeron: Este no echa los demonios sinó en nombre de Belcebub príncipe de los demonios. Y Cristo, entonces, leyéndoles el pensamiento les arguye enérgicamente de una manera análoga a la forma en que nos lo narra S. Marcos dándoles como norma para distinguir los espíritus la semejanza del árbol caracterizado por sus frutos. Entonces algunos de los escribas y fariseos le pidie-

ron que les diera alguna señal de su misión y Cristo les respondió que no les dará otra prueba que la de Jonás profeta, aludiendo a su futura resurrección, y después de decirles que los ninivitas y la reina de Austro se levantarán contra ellos el día del juicio, concluye ponderando la desgracia del que habiéndose visto libre del demonio, vuelve a su posesión, "y mientras estaba diciendo esto: (Mat. XII, 46) he aquí que su Madre y sus hermanos estaban fuera para hablarle". La escena de los suyos (*oi par'autou*) que le querían echar las manos porque lo juzgaban fuera de sí, no aparece en toda la narración de San Mateo, a pesar de la semejanza que tiene con la escena intercalada por S. Marcos entre los versos 21 y 31. Según S. Lucas, su Madre y sus hermanos le buscan después de la parábola del sembrador, sin que ello diga relación alguna con los que trataron de apoderarse de él por tenerlo por enajenado.

Los *oi par'autou* del texto griego, ¿eran sus allegados, sus parientes, sus discípulos o simplemente los que se encontraban en derredor de El, que todo esto significa la frase griega? Según la última significación del *oi par'autou*, los que trataron de prenderle podrían ser también los escribas y fariseos que en el versículo 6 del mismo capítulo de S. Marcos, "salieron para tomar consejo con los herodianos para darle la muerte". Pero cualquiera que sea la significación que se le dé a la frase griega, nada hay en S. Marcos ni en los lugares paralelos de los demás Sinópticos que autorice la identidad de los *oi par'autou* con la Madre y los hermanos de Jesús del verso 31.

He aquí la razón de la confusión lastimosa que ha sufrido Leumann no sólo en la búsqueda de la solución histórica de sus pseudopsicologías, sino en la interpretación de la ignorancia del P. Clavell. El P. Clavell no pudo haber oído nunca ni leído en S. Marcos que la Virgen pretendiera detener a Jesús porque lo juzgara fuera de sí, porque eso no lo dice el evangelista, y por eso las búsquedas de Leumann ante el P. Clavell fueron infructuosas. ¿Cómo habían de encontrar en el verso 31 lo que allí no se hallaba? Pero Leumann no lo encontró en el despacho del P. Clavell ni en el suyo, pues en la carta abierta sigue atribuyendo al verso 31 lo que se encuentra en el 21 pretendiendo hacer un híbrido maridaje de esos versos que en el texto evangé-

lico están separados. Con un poco de sinceridad, se hubiera admirado menos de la ignorancia del P. Clavell y algo más de la suya.

¿Los hermanos de Jesús, son hijos de María? En todas las páginas de los cuatro Evangelios no se cita ni un solo nombre al que se añada el carácter de hijo de la Virgen. En efecto: Cuatro son los hermanos de Jesús que se citan en los evangelios. Cuando en su patria enseñaba en la Sinagoga, admirados los que le conocían se preguntaban: “¿Por ventura no es éste el hijo del artesano? ¿No se llama su Madre María y sus hermanos Santiago y José y Simón y Judas?” (Mat. XIII, 55, y Marc. VI 3). He aquí los cuatro nombres de los hermanos de Jesús, ¿Serían, por ventura, éstos, los supuestos hijos de la Madre de Jesús? En el Calvario, al lado de la Magdalena aparece la madre de Santiago el menor y de José. (Marc. XV, 40, Math. XXVII, 56). En los catálogos de los apóstoles se dice al enumerar a los tres últimos antes del traidor: “y escogió doce de ellos... a Santiago de Alfeo, a Simón llamado el Zelador y a Judas hermano de Santiago. (Luc. VI, 15-16). Que Judas sea hermano de Santiago, lo afirma también él mismo en el principio de su Epístola Católica. Según Hegesipo, los cuatro hermanos del Señor son hijos de Alfeo hermano de S. José y en las *Constituciones Apostólicas*, Simón sucedió a su hermano Santiago en la sede episcopal de Jerusalén. Ahora bien: si los decantados hermanos del Señor aparecen con padre y madre definidos e históricamente distintos de la Virgen y S. José, ¿en qué se funda Leumann para dar colorido histórico a su patraña literaria acerca de la Madre de Jesús? Por otra parte, la escena del Calvario, tal como nos la presenta S. Juan en el capítulo XIX, sería absolutamente inexplicable, en el caso de haber tenido la Virgen otros hijos. La Madre asiste a la muerte del Hijo divino. Cristo desde la cruz la encomienda a S. Juan para que la cuide como a su propia madre, y el evangelista nos afirma que desde aquella hora el discípulo la recibió por suya. (S. Juan XIX, 25-27). ¿Cómo sería esto posible en la hipótesis de Leumann?

En las páginas de los Evangelios y en la tradición no aparece ningún otro hijo de la Virgen más que Jesús. S. Juan, que cuidó de ella después de la pasión, nos garantiza esto plenamen-

te. Este hecho significativo, justifica claramente las interpretaciones que los exégetas dan a los pasajes de S. Lucas y S. Mateo acerca de la virginidad de María. El que San Lucas (II, 7) y S. Mateo (I, 25) en la Vulgata digan "que dió a luz a su hijo primogénito (S. Mateo no lo dice en el texto griego, *eos ou eteken uión*) no significa que haya tenido otros hijos, ya que la historia no nos habla de ellos, sino que atendiendo a los hechos, fué el primero y el único. Cuando la Ley obligaba a redimir a los primogénitos, no permitía que se aguardara a que viniera el segundo que lo confirmara en carácter de tal, sino que el primero que nacía debía ser ofrecido al Señor, aunque después de él no aparecieran otros hermanos que le dieran el carácter etimológico de primogénito. Legalmente era primogénito aunque fuera único.

No es éste el principal escollo de Leumann. Dice así en NosotROS, núm. 216, p. 170: "Para no perder del todo la visita, y puesto que él descartaba mi teología, no tuve más remedio que recurrir a los pasajes del Evangelio. Le leí, en la Biblia, el versículo 25 del primer capítulo de S. Mateo: "Y no la conoció (José) hasta que parió a su hijo primogénito: y llamó su nombre Jesús". Le pregunté si era posible leer aquí, lealmente, otra cosa de lo que las palabras decían." Es evidente que leyendo lealmente han de entenderse las palabras encuadradas en la realidad de la historia y no desgajadas de ella. La Virgen desposada con José tenía el propósito deliberado de guardar su virginidad en el matrimonio. Cuando el Angel le anuncia la maternidad, le arguye: "¿Cómo se verificará esto, pues no he conocido varón?" (Luc. I, 34). Es claro que el no haberlo conocido, de no haber una voluntad deliberada de no conocerlo nunca, no hubiera sido una dificultad para las propuestas del ángel, si la obra hubiera de llevarse por las vías de la naturaleza. José desconoce el misterio y se llena de confusión, con tanta mayor razón, cuanto que conoce las disposiciones de su esposa. El ángel se aparece y le certifica de la integridad de María descubriéndole al mismo tiempo la obra del Espíritu Santo, lo cual le restituye la calma y deja los pensamientos de abandonarla oculta-mente. El evangelista que pretende dejar fuera de litigio la concepción virginal de Jesucristo, nos asegura que José no la

conoció antes del nacimiento del Salvador. ¿Puede esto dar lugar a que se piense que la conoció después? Examinado el conjunto de la narración evangélica, es evidente que no. Por de pronto la Virgen no tuvo ningún otro hijo, como lo demostramos más arriba. En segundo lugar es ilógico pensar que la esposa de José, después de la encarnación, mudara sus pensamientos de virginidad y que José, que se tranquiliza con las palabras del ángel, poseedor del secreto del misterio, pretendiera atentar contra la virginidad de María. Luego la frase no puede tener más que un sentido restrictivo, sin que autorice a suponer hechos posteriores. En la Biblia abundan frases análogas cuya interpretación es inequívoca. No son, pues, precisamente los “anquilosados” argumentos de S. Jerónimo, que no han perdido nada de su fuerza, a pesar de la frase despectiva de Leumann, los que se necesitan para leer con lealtad las frases de S. Mateo. Basta para su interpretación sincera y católica, la lectura concienzuda de los mismos evangelios, tomados en su integridad y no fragmentariamente.

Pero Leumann, huyendo de los valores exegéticos de la concordancia de los evangelios, se dedica a la investigación de “delitos” en las “anquilosadas” argumentaciones de S. Jerónimo. Esos “delitos”, sorprendidos en el trabajo del P. Corominas, que en *Ichthys* no hace más que referirse a los escritos de S. Jerónimo, aparecen al descubierto en la carta abierta que publica NOSOTROS en el número de junio p. 442, “para que llegue al conocimiento de sus víctimas”. Ese descubrimiento de Leumann, no ha hecho más que poner de manifiesto su propia ignorancia en achaques escriturarios, comprobando lo que decíamos al principio, que el terreno de las mistificaciones exegéticas es muy resbaladizo, sobre todo cuando se entra en él sin la preparación conveniente.

El P. Corominas y S. Jerónimo, al señalar modos de hablar, análogos al de S. Mateo, no recurren precisamente a la Vulgata ni a la traducción de Scio, sino a la versión de los Setenta, en la cual se lee: (Is. 46, 4) *Egó eimi, kai eos an catagerásete, egó eimi: anéjomai umón*, etc.: “Yo soy, y hasta que envejezcáis yo soy”. No ha sido, pues, el P. Corominas el que ha introducido bonitamente entre las palabras sueltas el verbo *ser*, sino que fue-

ron los Setenta, que mucho antes de la venida de Cristo, interpretaron así los códices originales que poseían. Por otra parte, la interpretación de los Setenta, autorizaría a suplir ese verbo en el texto de la Vulgata, ya que, el "ego ipse" dicho enfáticamente en la versión latina, lo presupone. Si Leumann hubiera conocido la versión de los Setenta, tal vez hubiera sido más benigno en juzgar a su supuesto adversario.

Pero si el P. Corominas no cometió "el triple delito" en la citación del texto de Isaías, tampoco ha mistificado, como pretende Leumann, al citar, con S. Jerónimo, a S. Pablo en el cap. 15 de la primera epístola a los Corintios. Los versos anteriores y posteriores al 25, transcritos por Leumann, no hacen más que explicarnos, en la teología de S. Pablo, la dependencia que el Hijo, en cuanto hombre, tiene del Padre. La subordinación del reino "Deo et Patri" (verso 24) no supone, precisamente, la cesación del reino del Hijo, sino la subordinación de todas las cosas a Dios, (verso 28) al cual el Hijo, que como persona es consubstancial con el Padre, es inferior en cuanto lleva unida hipostáticamente la naturaleza humana.

Si Leumann, al copiar el texto de la Vulgata y la versión de Scio, se hubiera tomado la molestia de consultar los lugares paralelos que se citan al pie, no habría dado por absoluta la interpretación con que trata de confundir de falsía al P. Corominas, "dando falso testimonio contra él." El verso 25 "conviene que Cristo reine *hasta* que ponga a sus enemigos debajo de sus pies", que está en litigio, contiene una verdadera alusión al Salmo 109, v. 1, en que David dice proféticamente por boca de Dios: "Dixit Dominus Domino meo: sede a dextris meis, *donec* ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum": "Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra, *hasta* que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies". Que las palabras del Salmo se refieren a Cristo, nos lo atestigua El mismo en S. Mateo XXII, 42-44, en S. Marcos XII, 36 y 37 y en S. Lucas XX, 41 al 44. Y S. Pablo, a los Hebreos, nos lo repite en el cap. I v. 13, para demostrar la superioridad de Cristo sobre los ángeles.

Pues bien: En la misma epístola a los Hebreos, cap. X, versos 12 y 13, nos dice S. Pablo, que ese *reinar* de que nos habla en la primera a los Corintios, c. XV v. 25, y que no es otra cosa que el

estar sentado a la diestra del Padre, con que el salmo aludido por él nos expresa el mismo pensamiento, será eterno. Dice así: "Hic autem, unam pro peccatis offerens hostiam, *in sempiternum sedet in dextera Dei*, de cetero expectans, donec ponantur inimici ejus scabellum pedum ejus". "Mas éste (Cristo), habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, está sentado *para siempre* a la diestra de Dios, esperando lo que resta, hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies". Si, pues, ha de reinar o ha de estar sentado a la diestra del Padre, que para S. Pablo viene a significar lo mismo, *hasta que*, el Padre ponga a sus enemigos por escabel de sus pies, y por otra parte, ha de estar sentado *para siempre* a la diestra de Dios, ¿en qué se funda Leumann para afirmar que ese reinado ha de tener fin? No basta afirmar, es menester dar la razón de lo que se afirma.

Que Cristo es rey, se lo confesó El a Pilatos (S. Juan XVIII, 36-37) pero su reino no es de este mundo. Con todo, su reino será eterno, como se lo asegura el ángel a la Virgen (Lucas I, 31, 33) "He aquí, que concebirás y darás a luz un hijo y lo llamarás Jesús. Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y *reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin*". Y en la posesión de ese reino, que como a Dios se le debe desde toda la eternidad, entró según S. Marcos (XVI, 19) cuando subido a los cielos, *se sentó a la diestra de Dios*.

Ha de convencerse el Sr. Leumann que su interpretación privada, si es sincera y no se halla en un terreno de franca mistificación, es baladí, pues se da la mano con la ignorancia de los conceptos más elementales y de las correlaciones más obvias.

El argumento de S. Jerónimo queda, por lo tanto, en pie, a pesar de las dobles citas de Leumann, que interpreta sin fundamento a la Vulgata y a Scio. No sólo el texto impugnado nos presenta el *donec, hasta*, con una significación que no restringe la duración eterna del reino de Cristo, sino que los paralelos aducidos para confirmar esta interpretación, tienen el mismo valor. Y si Leumann quiere ampliar las citas, puede leer el Génesis VIII, vv. 6 y 7, donde se dice: "Y pasados cuarenta días, abriendo Noé la ventana del arca soltó el cuervo: el cual salió y no volvió, *hasta que* (donec) las aguas se secaron sobre la tierra". ¿Cómo

probaría Leumann que el cuervo volvió, después que las aguas se secaron? He aquí una expresión idéntica a la de S. Mateo.

Quede sentado, pues, que el P. Corominas, "ni como hombre, ni como maestro, ni como ministro de religión" ha cometido delito alguno. La ignorancia de un fiscal no puede poner mácula en la inocencia del supuesto reo, sino ante la mayor ignorancia de los jueces, si le escuchan y le condenan. La segunda carta de Leumann tiene, además, un significado de la mayor importancia. Al morder al P. Corominas en ese punto de su trabajo, deja sentado, que el resto, que se refiere a los hermanos de Jesús, queda invulnerable; supuesto lo cual, la base de las psicologías de Leumann queda destruída, implícitamente por propia confesión. Ya lo decíamos, el terreno era resbaladizo.

Es menester que se convenza el Sr. Leumann que la exégesis no puede hacerse a base de ironías, y que novelizar personajes históricamente consagrados, desnaturalizando sus fisonomías, es sencillamente ridículo, ante la verdad objetiva de la historia.

Agradeciéndole desde ya, Sr. Director, la publicación de esta nota aclaratoria de conceptos, lo saluda con su consideración más distinguida,

JOSÉ M. BLANCO, S. J.

LA PERSONALIDAD LITERARIA DE LEOPOLDO DIAZ (1)

LEOPOLDO Díaz es de los cruzados que hacia 1890, en el auge del romanticismo declamador y altisonante, “de voz lánguida y tono moribundo”, capitaneados por Rubén Darío, enarbolaron en el Río de la Plata la bandera de la reacción literaria que abriría a las letras de América horizontes hasta entonces insospechados.

Bien sabéis que el movimiento literario iniciado por Darío no tuvo nada de original. Fué, según la acertada observación de Gondra, un fenómeno puramente subjetivo, que provenía de la ignorancia en que por aquella sazón vivíamos acerca de la renovación literaria operada mucho tiempo antes en Europa. Darío, que pretendió haber echado las bases de una estética acrática, pasó después de conocidas sus originalidades, por un simple traicionado de la memoria.

No obstante, aquel movimiento prestó servicios a las letras de América. De él iban a salir los portaestandartes de la renovación literaria que acabaría con el “arte de sentimiento” que era la poesía de Lamartine, Vigny, Hugo y Musset, “los poetas mayores del coro romántico” que hasta entonces habían influido de un modo incontestable en la orientación de las ideas estéticas de esta parte del Continente.

Por aquella sazón empezaban a llegar al Río de la Plata y a ejercer su acción renovadora en el espíritu de los jóvenes iniciados en las letras, las obras de los poetas franceses que con

(1) La presente conferencia, cuyo prólogo de circunstancias omitimos, fué leída por el autor en el Salón de Actos del Archivo Nacional de la Asunción. El doctor Luis de Gasperi se cuenta entre los más prestigiosos intelectuales paraguayos: fué nuestro huésped los días pasados, en calidad de miembro de la embajada que nos visitó con motivo del aniversario patrio.

Theophile Gautier a la cabeza, provocaron la transición de la poesía romántica hacia una poesía al mismo tiempo nueva y clásica, más pictórica que sentimental, caracterizada por la perfección y el culto de la forma y la hierática impassibilidad de su fondo.

Recordaréis, sin duda, lo que a este propósito dijo Gautier a Hipólito Taine: "*Pedir a la poesía sentimentalismo es un error. Palabras resplandecientes, palabras de luz con un ritmo y una música, eso es la poesía.*"

He aquí que la vocación desviada de Gautier, nacido pintor y hecho poeta, sirvió de base a la escuela, posteriormente llamada, por una burla de Barbey d'Aurevilly, "escuela parnasiana". Hay que remontarse a Gautier para hallar los perfiles de esta poesía naciente, definida por él como "*transposición a la poesía de los procedimientos de las artes plásticas*". "Como artista, —dice de él don Marcelino Menéndez y Pelayo— parece haber vivido en una continua orgía de luz, rodeado de oro, de púrpura, de mármoles y lienzos de la escuela veneciana".

Fué también Gautier el que primero habló de la *impassibilidad* como procedimiento técnico para producir la belleza poética. Era el pudor de los propios sentimientos: ocultar el dolor, las lágrimas, las emociones todas.

"Un hombre no debe mostrarse afectado por nada, —decía— pues eso es vergonzoso y degradante. No debe jamás hacer ver la sensibilidad en sus obras. La sensibilidad es un indicio de inferioridad en arte y en literatura".

Quedaban así establecidos los cánones de la escuela inadvertidamente por él fundada, y de los que se apropiarían los que vinieron después: los verdaderos parnasianos: Teodoro de Banville, el millonario de la rima; Leconte de Lisle, enamorado de la antigüedad griega; José María de Heredia, cantor revolucionario del heroísmo mitológico, cincelador maravilloso del verso, "Benvenuto Cellini de la idea", hasta el Verlaine juvenil de los *Poemas Saturnianos*, escritos según su propia confesión, bajo la influencia de la teoría estética de la *impassibilidad*, palabra todavía de moda en 1867. Otros, como Sully Prudhomme, André Lefevre, Catulle Mendès, etc., también se esforzaron por introducir en la poesía de su siglo las alegorías de vírgenes desnudas

que dormían en los mármoles insepultos de la Grecia antigua y voluptuosa. De este grupo, el único que interrogó a la Música y le pidió recursos estéticos, fué Baudelaire, si bien este poeta ya pertenece al *simbolismo*.

Éran las obras de estos artistas las que más hondamente conmovieron a la *élite* literaria argentina del 90, a la que pertenecía nuestro querido poeta, juntamente con Angel de Estrada, Obligado, Coronado, Piñero, Montes de Oca, Barroetaveña, todos ellos acaudillados en la cruzada literaria por Darío, ya por entonces imbuído de la idea de su predestinación para la inmortalidad. Fué este grupo juvenil el que fundó el "Ateneo", tribuna de libertarios y de artistas auténticos.

Leopoldo Díaz que hacia el 84 había enseñado literatura en el Colegio Central de Buenos Aires, era entre sus contemporáneos el mejor dotado, porque no sólo había nacido poeta, sino que además, conocía por razones de profesión, los secretos de la preceptiva, uno de los cuales, y acaso el más importante, es aquel que Gondra, maestro también, señaló a Bareiro, en su célebre e histórica epístola *En torno a Rubén Darío*, diciéndole: "El artista que no llega a dominar la técnica de su arte, no alcanza nunca el coeficiente máximo de dilatación de su genialidad estética, diré, sirviéndome de términos de física que traducen bien la idea que quiero expresar. La naturaleza, y valga esta comparación algo prosáica, es madre millonaria que, amando con amor desigual a sus hijos artistas, les dá distintos capitales para que ellos trabajen por cuenta propia. Así, unos opulentos pero manirosos prodigan sus riquezas y quedan luego poco menos que en la miseria; otros acometen empresas para las que no es suficiente el tesoro de que disponen, y quiebran; otros escasamente dotados no pueden, por más que hagan, dar cima a grandes empresas y los únicos que tal consiguen son aquellos que, dueños de considerable caudal, han sabido acrecentarlo por medio de una labor empeñosa y continuada."

Leopoldo Díaz, aunque ricamente dotado de una poderosa virtualidad artística, no descuidó sin duda de hacer su "labor empeñosa". La dorada abeja voló al jardín encantado de la retórica donde florecen los mirtos sagrados y trajo a su panal el gusto ya desvanecido de la legendaria miel de Himeto.

Sólo así nos explicamos el que *Bajo-Relieves*, su segundo volumen de sonetos, en el que hace su profesión de fe parnasiana, al salir a luz, haya merecido de la crítica la consagración de una obra definitiva.

Hay en este búcaro de sonetos, algo del deslumbrante fulgor de los *Esmaltes y camafeos* de Gautier; de la blancura marmórea e impasible de los *Poemas Antiguos* y del *Despertar de Helios* de Leconte de Lisle; del rumor heroico de legiones victoriosas que se escucha en los *Trofeos* de Heredia; y un desfile de antiguas visiones: Atenas, tierra de ciclámenes y de mirtos florecidos; níveos cisnes enamorados de la Leda desnuda y casta de la leyenda; coro de ninfas, son de flautas y caramillos; el bosque umbrío, al amor propicio, poblado de genios velludos y lascivos: el salvaje centauro, locos Faunos y Silenos entregados a colosales orgías junto a lúbricas Bacantes, en fin, el Atica toda de cielo claro y dulce, constelado de dioses de envoltura mortal, inspiradores de la hermosura, de la gracia y el heroísmo griegos; el dios Apolo, que desde la cumbre del Olimpo, frente al mar anchuroso de záfiro, tañe su lira septicorde y puebla de infinitas armonías el alma sentimiento de lo bello, embriagador del mundo.

Permitidme que os lea uno de estos sonetos, elegidos al azar.

DIANA

Oculto entre las sombras del follaje,
Púdica y alba, la invencible diosa,
En la fuente Parthenos rumorosa
Hunde su virgen desnudez salvaje.

Turba un grito el silencio del paisaje:
Acteón!... Huyen las Ninfas... Rencorosa
Se yergue la Flechera luminosa,
Para vengar el temerario ultraje.

Levanta con nervioso movimiento
El arco fuerte y el carcaj sonoro,
Que aman las selvas y conoce el viento: .

Y a la vibrante luz del medio día,
En pos se lanza de sus flechas de oro
El tropel aullador de la jauría.

No se puede pedir descripción más perfecta de un cuadro breve y bello. Habréis advertido cómo el artista logró su empeño

sutil. Os ha hecho ver una Diana vengadora del pudor: ágil, nerviosa, erguida, en actitud de arrojar al viento su vibrante flecha al hijo de Aristeo, furtivo y atrevido cazador de la selva mitológica, pero una Diana nívea e inmaculada, más púdica y radiante que la Diana de Falguière, "blanca y pura". Habéis sentido en toda su intensidad la arrebataadora indignación violenta de la virgen dórica, que en la poesía griega, personificó la pureza de cuerpo y alma de la mujer, pero el sentimiento que, como viva llama, os ha abrazado al terminar el pequeño poema, no os lo comunicó el apolonida, sino que por virtud de su arte diabólico, brotó espontáneo en vuestro corazón contagiado de la aflicción de la hija de los misterios de la soledad y de los manantiales.

En otra parte de *Bajo-Relieves* también hay varios sonetos dedicados a la evocación de Roma, todos los cuales compiten entre sí por la sobriedad de las descripciones, por la pureza y sencillez del lenguaje, por la concisión del pensamiento y la hermosura de las imágenes. Véase por ejemplo, este:

VESPASIANO

Bello y altivo como un dios pagano,
Con el laurel del triunfador ceñido,
Cruza el augusto emperador temido
Bajo el soberbio pórtico romano.

Ante él se inclina el rudo pretoriano
De fuerte corazón endurecido,
Y el legionario por el sol curtido
Vencedor del numida y el germano.

Vitelio con ahogada voz implora:
La formidable turba rugidora
A Vespasiano aclama desde el solio.

Y al rumor de la ronca vocería,
Cual un manto de púrpura sombría
Corre la sangre al pie del Capitolio.

Y como este soneto hay cientos. Adviértese en todos ellos un supremo dominio de la técnica y del idioma. Las palabras son como cuentas de un collar de perlas. Parecen engarzadas como por una secreta predestinación y que el genio del artista no ha hecho más que convocarlas al conjuro de su magia para evocar en nuestra imaginación, herida por el esplendor radiante de las palabras,

el recuerdo de la arena ensangrentada de la Roma imperial de los Césares.

Estos sonetos son parnasianos por la perfección de su forma y por la deliberada objetividad que los caracteriza. El poeta no pretende comunicar al que le escucha o lee sus propias emociones. Deja que estas se produzcan espontáneamente en el espíritu de los demás por el "milagro musical de las palabras", por la magia maravillosa de la expresión, por el encanto fascinador de las imágenes, por las deslumbradoras irrealidades del color y de la luz y por la marmórea serenidad que los ennoblece y dignifica. Hay en ellos una quietud alba y pura, como de nieve, que nos inunda de una sedante claridad.

¡Cuánto daría, yo, señores, por sentir sólo una vez la embriagadora alegría que a este poeta le proporciona la dicha de haber vencido siempre a la forma esquiva e indócil de la belleza a un tiempo plástica y musical de la palabra! No ha de haber, sin duda, emoción más pura que la del artista que, en su encarnizada lucha por aprisionar y subyugar a la huraña y rebelde forma, consigue reducirla a los puntos de su pluma, animando a cada palabra con la ardiente sangre de su corazón y el cálido soplo de su alma. "Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada, dijo hermosamente José Enrique Rodó. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso. la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla".

Por eso los poetas, hablo de los poetas verdaderos, son más felices que nosotros, que desconocemos la emoción de la creación artística. Las imágenes que pueblan su ardiente fantasía les sonríen como una eterna y dorada esperanza.

"El hastío de los poetas — ha dicho un escritor francés— es un dorado hastío; no les compadezcáis demasiado. Los que cantan saben encantar su desesperación; no hay magia semejante a la magia de las palabras. Los poetas se consuelan con imágenes, como los niños".

Leopoldo Díaz es de éstos. Nunca el tedio, la tristeza o la desesperación turbaron el reposo de su existencia, embalsamada por la bondad ingénua de su corazón, fuente inagotable de belleza y de armonías. A pesar de sus años conserva hasta hoy intacta la radiante y juvenil frescura de los días en que escribió *Bajo-Relieves*. Su fantasía está más rica que nunca. Es un bosque virgen poblado de visiones heroicas, de donde han salido en tropel esos admirables sonetos escritos en Asunción, que todos hemos celebrado. Prestando una frase de Verlaine diría yo que esos sonetos son poemas “pequeños por sus dimensiones, pero grandes por la idea y la imagen contenida en ellos”.

Quiero leeros un soneto doloroso, lágrima de alabastro caída sobre el mármol solitario del recuerdo. Es el soneto a Manuel Peña, cuya súbita partida hirió de muerte a nuestra juventud. El joven luchador montado en la procelosa nave del destino, saltando abismos y desafiando vientos, marcha veloz hacia la gloria. De pronto, vecina ya la nave al horizonte donde cabrillea la triunfal aurora, cae en el traidor abismo de la muerte. Canta el vate la gallardía del paladín, la generosidad de su alma, sedienta de luz y de verdad, en la nota grave, punzante y aguda de la elegía al modo parnasiano. No es grito de amargura librado en alas de la música, sino cuadro doloroso sellado en el bloque ilusorio de una lápida alba:

A MANUEL PEÑA

in memoriam

Ugolino que todo lo devora
En su curso invisible y misterioso,
Segó el Tiempo tu vida en el hermoso
Amanecer de tu triunfal aurora.

Bella y audaz tu nave voladora
Cinglaba al horizonte luminoso,
Cuando la Syrte del abismo undoso
Contra ti disparó flecha traidora.

Noble amigo, gallardo y generoso
Paladín del espíritu, ambicioso
De luz y de verdad, yo te saludo!

Y en el mármol que evoca tu memoria
Depongo el verde lauro de la gloria
Con la guirnalda de mi verso rudo.

Ahora os voy a leer el soneto a Barret. Sabéis quién fué Barret. Un libertario venido del otro lado del Océano, en alas de un ensueño agitado y violento de eternidad. En su corazón palpitante estallaba un manantial de soberbias y gigantescas rebeldías contra todas las injusticias. Amó a los humildes y a los vencidos porque era un apóstol fuerte, una luz clara y generosa que desde lo alto iluminó y vengó a los oprimidos. Leopoldo Díaz le dedica este recuerdo.

RAFAEL BARRET

Hondo canto de harmonium cristalino,
Queja de arpa, gemir de violoncelo,
La voz de Barret fué voz de consuelo,
Voz celeste en el áspero camino.

De otras comarcas a la nuestra vino,
Como el albatros, entre mar y cielo,
Y en la curva gigante de su vuelo
Flotó su alto Ideal de peregrino.

Vidente, apóstol, soñador, poeta,
Lanzó a los vientos su palabra inquieta
Ungida en luz y en mansedumbre arcana.

Y sereno, en la paz del alma fuerte,
Cruzó el límite obscuro de la muerte
Y fué una aurora en la conciencia humana.

Quiero brindaros también este magistral soneto dedicado al gran Heredia, el genio alado que inspiró su arte soberbio. Fué escrito en Asunción y respira la grandeza y la fuerza del poeta que reivindica para sí el título que ostentó el Dante respecto de Virgilio.

AL MAESTRO JOSE MARIA DE HEREDIA

Vino de griegas ánforas, el vino
Que bebí en el cristal de tu soneto,
¡Oh! grande Heredia! me confió el secreto
De tu alto numen con amor divino.

A tus umbrales me acercó el destino
En hora fausta del azar inquieto,
Y rumbo a las abejas del Himeto
Pegaso alado me enseñó el camino.

De áridas cumbres en sendero escueto
 Busca la fuente clara el peregrino,
 Que lleva el Ideal por amuleto:

Y mi ánima orientó tu sibilino
 Grave además, y tu saber discreto,
 Como el Cisne de Mántua al Gibelino.

Los últimos Héroes es cuadro de un bárbaro poder evocador. Allí aparece el coronel Bogado, restituído a su tierra por los bravos e invencibles granaderos de San Martín. Una vez más, el poeta ha domeñado a la forma. Los pentámetros pasan unos tras otros, como en un desfile heroico, acompasados y graves, dejando tras sí el eco lejano y sonoro de viejos clarines triunfales:

Helo aquí:

LOS ULTIMOS HEROES

El bravo soldado retorna por fin a sus lares
 Con los granaderos heróicos, que nadie ha vencido;
 Encuentros, batallas, combates, le vieron erguido
 Entre árduas laderas hostiles y pérfidos mares.

Mirad! Son gallardos ginetes que el fuego ha bruñido
 Del trópico. Y buscan en vano los patrios hogares...
 Y cruza desiertos, florestas y aplasta jaguares
 El grupo de aquel regimiento glorioso y temido.

¿Quién rige la hueste a su potro clavando la espuela?
 Su negro cabello encrespado que al viento revuela
 Dá al rostro moreno perfiles de león indomado;

Las cumbres del Andes le vieron en cargas famosas:
 Resuenen clarines, con dianas por él victoriosas!
 Saluden banderas al inclito, al fuerte Bogado.

Díaz no ha escrito, sin duda, poema más pujante. Las imágenes de los granaderos que llevaron la libertad del otro lado de los Andes y rompieron las cadenas de los oprimidos, están ahí como esculpidas en jaspe vetado de bronce y oro. Un vago claro oscuro inunda los trazos que en la piedra mordió el cincel violento, y la luz brinca sobre el perfil de los vencedores en retorno a la tierra natal, clavada la espuela al potro que, en pos de la libertad de América, "cruzó desiertos y aplastó jaguares".

Aduna este soneto a su factura impecable un encanto salvaje en la concepción de los libertadores. Ante su monumental es-

fuerzo, resultan pequeños los héroes homéricos. Olímpicos forjadores de rayos, cabalgan en centauros de un poder colosal, que a su paso "aplastan jaguares", y saltan dantescos desiertos.

Guía a la altanera hueste el paraguayo Bogado, de bronceo rostro, la hirsuta cabellera al viento, la espuela en los ijares. Estos granaderos han dado la libertad a un mundo y vuelven como águilas extraviadas, buscando el nido abandonado.

Alguna vez el Paraguay, queriendo inmortalizar al héroe puro que encarne y simbolice la ingénita bravura de nuestra raza, levantará un monumento conmemorativo de las hazañas de Bogado, el compatriota que en los albores de estos pueblos, supo generoso derramar su sangre por la libertad de América.

Al pie del monumento, inspirado en el encanto conmovedor de este poema, sobre un plinto de bronce y de granito, iremos a grabar los lípidos versos del armonioso Díaz. Ellos son, diré, prestando una frase con que el gran Heredia saludó *Las Sombras de Hellas* "de un espíritu a la vez magistral y clásico, de un color y una sonoridad soberbios".

¿Qué tengo yo que agregar a la consagración que Leopoldo Díaz mereció de aquel inmenso poeta y a la corona de laurel que Giosué Carducci puso sobre su mármorea frente al decirle que "sus versos tienen en sus vaporosos y elíseos reflejos esplendores maravillosos de poesía moderna"? Nada, sino mi admiración sincera e ingenua. Acaso algunos no compartan conmigo esta admiración. Yo no vengo a buscar sufragios para él. Desde largos años su reputación está hecha. De paso he de recordarles aquello que sin ninguna intención enseñó Flaubert: "*Il faut savoir admirer ce qu'on n'aime pas*".

Tenemos un derecho inviolable que no está escrito en ningún Código: el de encontrar nuestras propias emociones, y el de renovarlas a cada día en el jardín interior de nuestro espíritu, como un medio de vincular nuestras ilusiones a las obras de arte que constelan de belleza la fealdad salvaje de nuestra existencia.

Es posible que yo no haya penetrado el secreto encanto de la obra artística de Leopoldo Díaz. No importa. Lo que interesa es que yo me haya hecho la ilusión de comprenderla. Y ello basta. "Es imposible admirar sin alguna ilusión, — ha dicho Anatole

France — y comprender una obra maestra no es en suma otra cosa que crearla en sí mismo de nuevo”.

Señores: El poeta Leopoldo Díaz, después de cortos años de estada en nuestra Ciudad, se ausentará en breve camino del nuevo destino que le ha confiado su Gobierno. Al verle partir, saludemos en él, entre los poetas de América, al maestro insuperado del soneto de alabastro, en que hay Bajo-Relieves dignos de los frisos del Partenón; al artífice de la palabra que nos enseñó, en versos ágiles y llenos de gracia, el suave y sereno encanto de la poesía; al apasionado cincelador de camafeos que en ónix y en ágata inmortalizó la figura radiante y varonil de Manuel Peña; la silueta pensativa, pálida y fina de Barret; el escorzo homérico del ínclito Bogado; al plasmador de túrgidas ánforas rebosantes de ritmo y armonía; al restaurador de la ondulante y exótica cadencia del arpa herediana; al amigo de nuestra patria, noble y bueno, que con su amor a la Belleza y su culto a la Verdad, contribuyó por modo muy eficaz a consolidar la leal amistad de nuestro pueblo con el suyo, grande y fuerte, y que por lejos que esté de nosotros, le tendremos siempre en el corazón.

LUIS DE GASPERI.

Asunción.

EL COMPADRE

ERA nieto del gaucho, heredaba de aquel
la golilla y el puñal;
al enfrentarse a otro le crecía el instinto
de barajar;

y entonces:
con un brazo en la guardia y otro en el ataque
jugaban a marcarse la cara,
en tanto los cuchillos, aunque era de broma,
estaban siempre prontos a salir de la vaina.

Vestía pantalón a la francesa
con un vivo negro;
zapatos de taco alto,
anillo en el meñique,
sombbrero requintado y pañuelo al cuello.

No era muy pulido en el vestir,
pero hasta el más fulero
ponía gran cuidado
en atarse el pañuelo
y en redondear los bollos
de su sombrero.

Era el nieto del gaucho, heredaba de aquel
el puñal y la golilla;
si no era capaz de ginetear un potro
era muy de acaballo para las chinas.

*Como a los machos de todas las épocas
le gustaba la timba, el vino y las hembras;
bailando con quebrada fué precursor del tango
en la edad del percal y de las "academias".*

*Bailando,
¡cuidado con mirarle la compañera!
hasta hoy se respira en nuestros cabarets
aquel aire solemne de tragedia;*

*bailando,
¡cuidado con rozarle una hilacha!
hacia amanecer antes de hora
el cantar de las dagas.*

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Montevideo, 1927.

EL PROBLEMA DEL "IMPERIALISMO YANQUI"

MUY interesante, con ribetes de trágica, es la situación a que ha conducido la inversión de capitales extranjeros, especialmente norteamericanos, en los países vecinos al mar Caribe y algunos de más al sur.

El problema, que ya ha sido encarado repetidas veces en términos de apóstrofe, de cifras estadísticas y de relato histórico, merece, y aun requiere apremiantemente, ser también encarado con espíritu científico, para ser comprendido y resuelto, ya que seguramente no bastarán los anatemas, las cifras estadística ni las historias para lograr su solución. (1)

La cuestión se agudiza actualmente en el caso de Méjico, pero es sustancialmente análoga en todos los demás países a que afecta como víctimas efectivas o en perspectiva de serlo más acentuadamente.

Historia del problema.

En sus líneas más generales, el proceso de acción del llamado "imperialismo yanqui", en cada uno de los países afectados, puede concretarse en los siguientes términos:

Habiendo en los Estados Unidos abundancia de capitales y estando allí ya en explotación las fuentes de negocio más ventajosamente productivas, el interés del dinero es relativamente bajo; y existiendo en las próximas zonas centro-americanas abundancia de recursos naturales poco o nada explotados, es natural que

(1) La historia y las cifras estadísticas de la cuestión pueden verse muy detalladas en el libro *La diplomacia del dólar*, por Scott Nearing y Joseph Freeman. Las protestas y retóricas tienen una bibliografía demasiado extensa para ser citada.

diversos capitalistas yankis, y de otras partes, hayan encontrado conveniencia en aplicar sus capitales a la explotación de esos recursos, que la pobreza e incapacidad de los nativos deja vacantes, con objeto de obtener mayores ganancias que en su propio país.

La tendencia, en principio, nada tiene de objetable, ya que con eso aumentan dichos capitalistas, al par que su propio peculio, la producción de riqueza disponible para cada uno de esos países y para el mundo en general.

Pero, en concreto, la cuestión presenta otros caracteres menos benéficos y plausibles. La realidad es que de a poco esas empresas individuales o colectivas se van adueñando, por compra o concesiones a largo plazo, de las tierras agrícolas, minas, ferrocarriles, puertos, usinas eléctricas y otros negocios semejantes, llegando a constituir un fuerte poder social en los países invadidos. Ese poder se acrece enormemente por el hecho habitual de que las oligarquías gobernantes, ineptas y corrompidas, contraen empréstitos con los banqueros extranjeros para llevar sus trampas adelante y a menudo no los pagan puntualmente. Estos, entonces, entablan reclamaciones, apoyadas, como es natural, por el fuerte gobierno de su país de origen, para lo cual siempre se hallan pretextos o motivos bien fundados, como ser atentados a los bienes y vidas de ciudadanos extranjeros.

La cuestión se unifica muy particularmente en favor de los capitalistas yankis, pues, en su afán por acaparar las propiedades más codiciables, hallan modo de fomentar revueltas, subvencionando a militares nativos ambiciosos, cada vez que los gobiernos constituídos se muestran propicios a hacer iguales concesiones a capitalistas competidores europeos. Es el caso de las revoluciones atizadas en Méjico por la Standard Oil Co. contra los petroleros ingleses y recíprocamente. Pero los yankis cuentan con la ventaja de la doctrina de Monroe que concebida y aplicada eficazmente con el fin de salvar a las débiles repúblicas iberoamericanas de la reacción monárquica europea, en los días de su emancipación, sirve hoy de cómodo instrumento para invocarlo con el fin de reservar a los monopolistas americanos la exclusividad de negocios tan fructíferos.

En Méjico han surgido gobernantes patrióticamente inten-

cionados que, reaccionando contra el alarmante enfeudamiento de su territorio en manos de extraños, han tratado de remediar el mal mediante reformas legales, consignadas en la Constitución de 1917, por las que se procura recuperar, siquiera parcialmente, los bienes anteriormente enajenados y poner coto a futuras enajenaciones; pero con ello no han resuelto sino que han complicado el problema, según luego hemos de ver.

A consecuencia de ese proceso, los países acaparados van perdiendo gradualmente su independencia económica, su tranquilidad social y, a la postre, su misma independencia y soberanía políticas. Los nativos van quedando reducidos a la condición de simples jornaleros al servicio de voraces plutocracias foráneas, aun cuando algunos de ellos, influyentes en los gobiernos locales, hallan ocasión de transitorios medros, sirviendo de instrumentos a la extranjera absorción.

¿Quién tiene la culpa de tantas calamidades? ¿Son los capitalistas yankis, es el gobierno yanqui, son los pueblos de los países invadidos o sus gobernantes?

En mi opinión ninguno de ellos tiene estrictamente la culpa, pues todos son simples instrumentos a su vez, relativamente inconscientes, en el desenvolvimiento fatal y mecánico de un principio teórico que a todos los domina, puesto que todos lo tienen implícitamente aceptado. Y dada esa premisa, las consecuencias son inevitables.

Análisis del problema.

El carácter en que primero debe fijarse la atención para comprender la esencia del imperialismo plutocrático es que consiste esencialmente en la apropiación de tierras (suelo o subsuelo) y negocios de monopolio o privilegio y nunca en industrias o comercios de libre competencia. Ninguna combinación es fraguada para la adquisición de tiendas, zapaterías, farmacias ni ninguna de las mil ramas de negocio que en todo país trabajan en competencia consigo mismas o con las similares de la industria universal. Ninguna inquietud de sentido imperialista han causado tampoco ni pueden causar los capitalistas yankis que se dedican, por ejemplo, en su propio o ajenos países, a la fabri-

cación y venta de automóviles, fonógrafos, máquinas de escribir o material fotográfico, por más que las firmas de Ford, Victor, Underwood o Kodak representan negocios de gran entidad en todos los países americanos, como en el suyo propio. Los litigios son siempre motivados por empresas de tierras (explotadas por sus minas, ganadería o productos vegetales) por ferrocarriles (que son, en sustancia, el monopolio de una larga cinta de terreno) por puertos (que son monopolios de tierras costeras especialmente valiosas e insustituibles) y, en general, por toda clase de negocios en los que es carácter esencial la concesión, escrituración y monopolio jurídico de las ventajas que les son inherentes.

No buscan los vampiros del imperialismo invertir capitales en ramos de negocio abierto, pues bien saben que en ellos la ganancia no puede pasar de una moderada retribución del servicio prestado, única que es permitida por la libre competencia.

Ninguna empresa puede, por ejemplo, esperar vender automóviles a precios excesivos, pues docenas de otras empresas radicadas en numerosos países están prontas a ofrecerlos por el menor precio posible, y así la pretensión abusiva de la primera se traduciría en su completa ruina, ya que nadie compraría sus automóviles.

Pero si una empresa ferroviaria se asegura la exclusividad de una línea, podrá a mansalva cobrar el máximo flete, no en relación al costo de explotación e interés y amortización del capital invertido, sino en todo lo que el tráfico soporte, con al único límite de las restricciones legales, que siempre se halla medio de ensanchar y corromper. Como quiera que sea, las empresas que venden automóviles o aparatos fotográficos, no tienen al consumidor sujeto en sus garras, sino que, por el contrario, tienen que procurar complacerlo del mejor modo posible, mientras que las empresas de líneas férreas tienen en alto grado a su merced a todos los productores, consumidores y viajeros de la zona servida por las líneas, y de aquí las enormes ganancias que usualmente producen a sus dueños.

Esos monopolios se entretajan unos con otros como, por ejemplo, en el caso en que adquieren las tierras productoras de azúcar o bananas y el control de la cinta de tierra y vías para

transporte de los productos, cuando no además el puerto donde se embarcan. El plantador que intente competir frente a tal empresa se encontrará sin el medio de transportar sus frutos y acaba por claudicar y vendérselos a vil precio y, por fin, la tierra que los produce.

Sintetizando la cuestión así ligeramente apuntada y ejemplificada (pues no es el caso de hacer aquí un tratado de economía política) puede afirmarse, como resumen, que el imperialismo plutocrático y sus consecuencias se fundan exclusivamente en negocios de carácter *monopolístico*; y como casi todo monopolio se funda, directa o indirectamente en la apropiación de tierras (minas, estancias, bosques, saltos de agua, puertos, ferrocarriles, etc.) o bien en su ocupación exclusiva para determinado objeto, (tender líneas telefónicas, de fuerza eléctrica, de tranvías, etc.) quiere decirse que todo imperialismo se basa en la apropiación exclusiva de tierras; e importa considerar que los negocios vinculados a la apropiación de tierras son los más productivos, por cuanto aprovechan del incremento de valorización causada, no sólo por acción de la empresa misma sino también del mucho mayor que es determinado por el aumento del progreso general de la población. No es extraño, pues, que sea la propiedad de la tierra el blanco de las miras plutocráticas y el eje central de toda la cuestión. A la compra de tierras petrolíferas o mineras que, una vez asegurada la propiedad o concesión del pozo o mina, pueden dar utilidades fabulosas, se dirigieron especialmente las inversiones de capitales extranjeros en Méjico y Bolivia, como en Centro América a la apropiación de tierras productoras de bananas, cacao y otros frutos especiales, y como en el Chaco argentino y paraguay a la adquisición de inmensas extensiones de bosques productores de quebracho y otras preciosas maderas, o a grandes extensiones de campos ganaderos en la Patagonia.

Ahí está la raíz del imperialismo y en ella debe concentrarse el estudio, antes que en los efectos que de ella derivan. (2)

(2) Según telegrama de Wáshington (enero 25), el Departamento de Estado anuncia que el total de los capitales norteamericanos invertidos en Méjico asciende a la suma de 1.049.000.000 de dólares, repartidos en la siguiente forma: 318.000.000 en terrenos petrolíferos; 317.000.000 en minas; 248.000.000 en ferrocarriles y 166.000.000 en la industria ru-

¿Existe un imperialismo específicamente yanqui.

Encontramos así que significa incompreensión del problema del imperialismo el enfocarlo como una cuestión peculiar del "capitalismo yanqui".

La apropiación de una porción de la tierra de un país cualquiera significa que todos los habitantes de la zona son en el hecho económicamente esclavos de los dueños del terreno. Todo lo que ellos, en cualquier actividad, trabajen y produzcan, que exceda al salario necesario a subsistir y a pagar el estricto interés de sus capitales, se convertirá en renta de la tierra y, como tal, irá a manos de los dueños de la misma. Si en la tierra sobre que asientan sus plantas se descubren veneros más y más valiosos, si se inventan y fabrican en cualquier parte del mundo mecanismos ó métodos que permitan mayor producción sobre ella, si aumenta la población por natalidad o inmigración, tanto mayor será la riqueza que obtengan los terratenientes y nada variará en conjunto la condición de los trabajadores, industriales y comerciantes genuinos. Aquellos obtendrán nada más que su salario y estos el salario de su trabajo personal de dirección,

ral. Todos, como se ve, vinculados a la apropiación o monopolio de la tierra.

La misma característica se observa en Puerto Rico y en los demás países absorbidos por el "imperialismo yanqui":

"El instrumento más poderoso de norteamericanización en Puerto Rico — dice el escritor español Luis Araquistain — como en las demás Antillas y en otros países del Centro de América donde los Estados Unidos han extendido sus tentáculos, es el económico. Principalmente la producción del azúcar. Esta industria, que exige grandes capitales, está casi monopolizada en Puerto Rico por los norteamericanos, que *han comprado y siguen comprando toda la tierra que pueden para ese objeto*, casi siempre a precios altísimos. Poco a poco ha ido desapareciendo la pequeña propiedad, y en general todas las propiedades agrícolas de los nativos, que unos se convierten en peones del campo, y otros, los más ricos, se refugian en las ciudades para vivir del capital de sus bienes vendidos o para dedicarse a las profesiones liberales o a algún empleo burocrático. La concentración de la propiedad territorial en manos norteamericanas proletariza gradualmente lo mismo al campesino que a la antigua burguesía portorriqueña... El sistema de colonización económica de los Estados Unidos es perfecto. (Debió decir de los norteamericanos, pues la obra no es oficial sino individual). Con su capital *se apoderan de las tierras más fértiles* y al mismo tiempo hacen imposible el cultivo de los frutos menores, obligando al colonizador a ser su tributario como trabajador y como consumidor de su industria y de su agricultura".

más un estricto y exiguo interés para sus capitales. Todo el resto será *renta para los terratenientes*. Los terratenientes de todo país, concertados o no, tienen de hecho establecido un imperialismo económico sobre el resto de los habitantes; sobre todos los "sin tierra".

En estas reales e incontrovertibles condiciones vigentes, si suponemos que en un país, en Méjico por ejemplo, hay diez yacimientos petrolíferos en poder de propietarios yanquis y otros diez en poder de propietarios mejicanos, los gruesos beneficios provenientes de esos bienes creados allí por la Naturaleza serán exclusivamente para los dueños y no alcanzará al resto del pueblo mejicano otra cosa que el estricto salario por el trabajo que efectúen. Todos estos ciudadanos están pues "imperializados" bajo el dominio análogo de los propietarios yanquis como del de los mejicanos. La nacionalidad de unos y otros no afecta a la sustancia de la cuestión.

De ese modo pues, en verdadera realidad, todo el pueblo británico está igualmente "imperializado" bajo la garra de los dueños de las minas de carbón, de las tierras agrícolas y los terrenos urbanos de las islas británicas; el pueblo norteamericano está igualmente "imperializado" bajo los terratenientes de su propio país y así puede decirse de todos los pueblos del mundo. En todos coexisten las dos clases o castas sociales.

De modo pues que, en puridad de concepto, no puede hablarse de un peculiar imperialismo económico existente en los países iberoamericanos o en la China que no exista a la vez e igualmente en todos los demás. Sólo en cuanto a caracteres circunstanciales y accesorios puede tratarse de un imperialismo yanqui y sólo puede ser este comprendido y combatido a la luz de un concepto general del "imperialismo de una clase social sobre la otra".

Las cuestiones de soberanía.

Si bien desde un estricto punto de vista económico (que es el más importante) es indiferente para los mejicanos, ingleses o guatemaltecos que los amos de su suelo, los que aprovechan el "producto neto" de su trabajo e industriiosidad, sean o no com-

patriotas suyos, (lo mismo que el inquilino de una casa no halla diferencias por la nacionalidad del casero en cuanto a lo que cada mes debe pagarle y del que, a menudo, ni el nombre le es conocido), desde un punto de vista político es interesante y de consecuencias que los dueños del suelo sean o no, al menos en su mayoría, nativos, o que, en todo caso, si son muchos los extranjeros, importa que no lo sean de una sola nacionalidad sino de varias diferentes. Cuando hay muchos (o muy importantes) extranjeros, y esos son todos de una sola nacionalidad y ésta es la de un Estado poderoso, la soberanía, la independencia política del país "imperializado" está en grave peligro y terminará por desaparecer en las circunstancias normales. Esa es la diferencia, por lo demás bastante secundaria, entre la situación del país argentino, por ejemplo, comparada con la de los centroamericanos. Aquí la tierra pertenece en parte a terratenientes argentinos y en parte a extranjeros de muy distintos orígenes, residentes o no en el país. En realidad quizá la mayor parte pertenece intrínsecamente a extranjeros poseedores de cédulas hipotecarias diseminadas por todo el mundo. Apenas nominal y figuradamente puede decirse que los argentinos tienen un "suelo patrio", puesto que en gran parte lo han vendido a múltiples y anónimos extranjeros que son sus verdaderos dueños. Pero esta situación, tan triste desde el primordial punto de vista económico, no da ni puede fácilmente dar lugar a conflictos de soberanías, puesto que no podrían esos heterogéneos terratenientes concertar acciones que se tradujeran, supongamos, por un envío de escuadras inglesa, francesa, italiana, esuañola, belga, alemana, austriaca y... suiza, a las aguas del Río de la Plata.

Menos pueden surgir por ese concepto conflictos de soberanías en Inglaterra, Francia o Italia donde explotados y explotadores pertenecen casi absolutamente a la misma nacionalidad. Pero en los países centroamericanos donde casi toda la propiedad territorial en manos de extranjeros lo está en las de los yanquis, siendo además los Estados Unidos una nación muy poderosa en relación a cualquiera de las centroamericanas o a todas ellas juntas, las ocasiones de una imposición concreta de una soberanía sobre las otras se presenta con grande y aun inevita-

ble facilidad. Y sólo en este sentido, meramente circunstancial, puede prestarse atención a un especial "imperialismo yanqui". (3)

Las tentativas de emancipación.

En los países de Centroamérica así "imperializados" han surgido algunas tentativas, poco afortunadas, de emancipación. Algunos, como Cuba, después de enajenadas sus tierras productoras de caña, los ingenios que la elaboran y los ferrocarriles que la transportan, han salvado hasta ahora, sólo nominalmente su soberanía, que en otros como Haití fué perdida por completo. La nación más poderosa de las económicamente invadidas por el capital monopolista yanqui, Méjico, ha tratado de reaccionar contra el enfeudamiento, mediante reformas en su carta constitucional, con miras de recuperar los bienes enajenados por sus gobiernos anteriores. Porque es de notar, insisto, que esa clase de enfeudamientos siempre es hacha por concesión gubernativa. Uno puede comprar tantos automóviles o zapatos como quiera sin que el gobierno intervenga en la operación; pero toda compra de terreno o concesión de minas o monopolio de servicios públicos es escriturada y legalizada por las autoridades, de modo que les es difícil llamarse a engaño sobre lo que deliberadamente han practicado, del mismo modo que las cédulas hipotecarias argentinas son emitidas y garantizadas por el gobierno, y de aquí lo difícil que le sería desconocerlas.

Los gobiernos mejicanos posteriores a la reforma constitucional han pretendido y pretenden desconocer o desvirtuar en algún grado las ventas o concesiones garantizadas por los gobiernos precedentes, cuyos pactos están obligados legalmente a cumplir, por el principio de la continuidad del Estado; y para mayor dificultad se las tienen que haber con propietarios que pueden exigir el respeto de sus escrituras, reclamando el apoyo de una fortísi-

(3) El senador Mr. Harrison informaba en la sesión del 25 de enero que "la inversión de capitales norteamericanos llegan a una cifra, como la de Méjico, que excede a todas las demás inversiones extranjeras y son mayores que las que poseen los mismos mejicanos".

"En Puerto Rico — dice Araquistain — más de la mitad de la tierra y sus partes mejores pertenecen hoy a grandes compañías norteamericanas que no residen en Puerto Rico y que se llevan del país todas las utilidades". (Artículo en *La Nación*, Buenos Aires, enero 22-1927).

ma nación. La Constitución de Méjico ha querido trocar los títulos de propiedad o concesión perpetua en concesiones temporarias, y a eso oponen los propietarios norteamericanos, apoyados unánimemente por los gobernantes y la opinión general de su país, que no tolerarán la parcial confiscación que esa modificación implicaría.

Los mejicanos, por su parte, alegan que los extranjeros residentes deben en todos los casos subordinarse a las leyes del país, cualesquiera que ellas sean y, si son propietarios, aunque no residan, dado que las tierras están dentro de los límites del Estado Mejicano.

Así, pues, lo que está verdaderamente en juego es una definición sobre los derechos de propiedad y el alcance de las facultades de un Estado para modificar las leyes que los afecten.

El derecho de intervención oficial norteamericana.

El derecho del gobierno norteamericano para intervenir en defensa del cumplimiento de los contratos que fueron concedidos o garantizados por los gobiernos mejicanos (y lo mismo en el caso de cualquier otro Estado) no me parece discutible. Hay principios incuestionables de derecho internacional estableciendo que todo gobierno debe, por lo pronto, cumplir sus compromisos y no tomarlos como "tiras de papel"; y garantizar a nativos y extranjeros, sin limitaciones y exclusiones, ciertos derechos civiles primarios inherentes a la personalidad humana, consignados hace más de un siglo en la Declaración de los Derechos del Hombre, figurando entre ellos el derecho a la vida y a la propiedad, a circular, trabajar, etc. A ese precio y bajo esa condición se admite y respeta a un Estado y su gobierno en el concierto de las naciones civilizadas.

Si un ciudadano mejicano reside en los Estados Unidos y es agredido en su vida o en su propiedad, el gobierno yanki tiene la obligación de garantizárselas hasta donde alcance su poder, pues, de no hacerlo, el lesionado puede y debe obtener que su propio gobierno reclame protección y, en caso de no obtenerla, la imponga si le es posible. Recíprocamente el gobierno mejicano no cumple su deber si consiente que sea menoscabada la propiedad

legal de un ciudadano norteamericano, y menos lo cumple si es el mismo gobierno quien la menoscaba. Pueden, moral y económicamente, encontrarse erróneos, onerosos y hasta monstruosos los títulos de propiedad concedidos; pero *legalmente*, me parece claro que deben ser cumplidos... o estar a lo que resulte, pues los principios generales del derecho natural e internacional están por encima de las constituciones nacionales y fuera de las facultades de los que las redacten y sancionen. Han de hacerlas subordinadas a dichos principios, so pena de ser excluido su país de la convivencia internacional y del respeto a su soberanía.

Algunos han propuesto que la cuestión sea sometida a arbitraje; pero no ha de esperarse, yo creo, que el gobierno norteamericano someta al parecer de árbitros un principio tan fundamental de la civilización como lo es el derecho de propiedad en general, sin contar que ningún tribunal responsable pensaría siquiera en desconocerlo. Por eso me parece demasiado ingenua la propuesta del arbitraje, y no es dudoso que el gobierno norteamericano exigirá, con los muchos y variados medios de fuerza a su alcance, el cumplimiento de los compromisos legalmente contraídos por los gobiernos mejicanos con sus connacionales; y entiendo también que los autores de la Constitución de Querétaro se han equivocado gravemente al suponer, como lo consigna su art. 27, que "*la Nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público*". Esa afirmación tan absoluta carece de sentido jurídico, pues hay serias limitaciones a ese derecho.

Algunos se han ofuscado suponiendo que tan influyente político norteamericano como lo es el senador Borah, participa de puntos de vista favorables al criterio que podríamos llamar "iberoamericano", pero no hay que equivocarse: el senador Borah, según sus declaraciones está dispuesto por su parte a todas las condescendencias... que no sean en menoscabo del derecho de propiedad. Esto significa no estar dispuesto a ninguna condescendencia esencial en lo que se busca.

No será, pues, admitida la disposición constitucional mejicana de que "*Se declaran revisables todos los contratos y concesiones hechos por los gobiernos anteriores desde el año 1876*, que hayan traído por consecuencia el acaparamiento de tierras, aguas

y riquezas naturales de la Nación por una sola persona o sociedad, y *se faculta al Ejecutivo de la Nación para declararlos nulos*, cuando impliquen perjuicios graves para el interés público". (4).

El distingo salvador.

Los términos de su Constitución tienen, como se ha visto, metido al Estado mejicano en un callejón sin salida, pero, a mi ver, puede hallársela, a base de reformar otra vez la Constitución.

Se comprende y se justifica muy bien que los patriotas mejicanos encuentren absurdo e intolerable que su país pertenezca en parte muy preciada a compañías extranjeras que se llevan sin retorno inmensos beneficios otorgados por la Naturaleza a su territorio, cuando es tan lógico que aprovechen particularmente

(4) El presidente Coolidge ha expresado de modo inequívoco, en su discurso del 25 de abril de 1927 la decisión de oponerse a que sean disminuidos los derechos de los norteamericanos propietarios en Méjico, después de haber manifestado repetidas veces que la única cuestión planteada entre los Estados Unidos y Méjico es si la propiedad norteamericana puede ser confiscada o no, "pues los demás asuntos no presentan dificultad, por ser de importancia secundaria".

"Si bien es cierto — dice — que en el derecho internacional se establece claramente que no tenemos ningún derecho a intervenir en los asuntos puramente internos de otras naciones, también establece ese mismo principio que nuestro gobierno tiene ciertos derechos sobre nuestros propios ciudadanos y su propiedad y ciertas obligaciones para con ellos, sea cual fuere el país en que residieran.

"La persona y la propiedad de un ciudadano forma parte del dominio general de la nación, aun cuando se halle en el exterior.

"Por otra parte, hay una obligación importante por parte de los gobiernos que se respeten a sí mismos, que impone el deber de proteger las personas y la propiedad de sus ciudadanos, sea cual fuere el lugar donde se hallen.

.....

"En 1857 Méjico adoptó una Constitución. En ella se daban las más amplias garantías, relacionadas con la protección de la propiedad adquirida. Bajo esas condiciones numerosos ciudadanos norteamericanos adquirieron propiedad allí, ya sea individualmente o en sociedad. Durante más de treinta años el gobierno del presidente Díaz nos animó considerablemente para hacer inversiones de capitales y propender al desarrollo de toda clase de fuentes naturales del país, lo mismo que de los medios de transporte y de las industrias. Después de terminado el gobierno del mencionado presidente, a consecuencia de una revolución, existió en el país el mayor desorden, sucediéndose rápidamente los primeros magistrados unos a otros. En 1917 fué adoptada una nueva Constitución, en la que figuran algunas cláusulas relacionadas con las tierras en que se ex-

a los que viven y trabajan en su suelo. Pero también es natural que los derechos iguales a la vida y a la propiedad sean respetados para todos los hombres que estén bajo las leyes mejicanas. Son cuestiones de principios y hay que resolverlas como tales, para poder descender con fuerza de razón y de acción a los particulares prácticos.

Si se hubiera tenido mejor criterio en el pasado, fácilmente se habrían evitado los conflictos actuales sólo con haber establecido que ninguna parte del suelo de la nación ni servicios intrínsecamente monopolísticos podrían ser vendidos o concedidos a particulares. De ese modo, claro es que ningún norteamericano habría adquirido ninguno de los derechos que hoy causan tantos quebrantos y preocupaciones. Pero el principio, para ser justo y aceptable, tendría que haber sido general; igual para nativos

plota la agricultura, la minería y el petróleo, y que pensamos que amenazan con la confiscación las propiedades de nuestros ciudadanos radicadas en Méjico.

"Privada de todo carácter técnico y discusiones legales, es ésta la principal controversia que nuestro gobierno tiene ahora con el de Méjico. No pretendemos negar su derecho a apoderarse de cualquier propiedad, siempre que pague una compensación justa.

.....
 "Es una ley principal y un principio que la propiedad privada no debe ser tomada sin una compensación justa. Este principio figura en nuestra Constitución nacional y en la de los demás Estados.

"No conozco ninguna Constitución escrita que no contenga una cláusula similar.

"Por la Constitución de 1917 y las reglamentaciones y leyes que la pusieron en vigencia, tememos que Méjico amenaza con desconocer ese gran principio elemental al adoptar una aplicación retrospectiva de su Constitución a las propiedades de nuestros conciudadanos, adquiridas mucho antes de que dicha Constitución fuera adoptada".

En absoluta coincidencia con estas declaraciones, el senador Borah ya tenía a su vez declarado en el discurso que pronunció el 21 de marzo en la Universidad de Yale:

"Nadie puede negar a Méjico el derecho de aprobar leyes de tierras, pero indudablemente ese país no tiene derecho de abolir derechos adquiridos ni de confiscar las propiedades.

"Por mi parte, creo que Méjico obra de buena fe.

"Si viera que existía un propósito deliberado y sistemático de destruir la propiedad norteamericana, lucharía como el que más para acudir en su protección, pero mientras tenga la evidencia de que existe una voluntad sincera de resolver este problema en armonía con nuestros derechos sustanciales, creo que deberíamos cooperar en ese propósito con el espíritu más amistoso que nos sea posible". (Telegrama en *La Prensa*, Buenos Aires, marzo 21 de 1927).

Tampoco puede ser otro el criterio de los políticos sudamericanos

que extranjeros. Claro es, sin embargo, que quedando así las propiedades y su renta como cosa común de los habitantes de Méjico, para todos ellos sería indistintamente el beneficio.

La cuestión habría consistido en declarar legítima e inviolable la propiedad individual, pero no considerar incluida la tierra y los monopolios entre las cosas apropiables, como tampoco le están los seres humanos desde la abolición de la esclavitud.

Estos principios no atacan en modo alguno el principio y derecho general de la propiedad; sólo son una distinción en la definición de lo que se considere legalmente susceptible de ser apropiado; y estos principios pueden sin inconveniente doctrinario ser declarados y aplicados hoy mismo, con la sola salvedad de que el gobierno respetará, sin embargo, los títulos adquiridos, a reserva, como es natural, de expropiarlos mediante indemnización, cuando lo crea oportuno, cosa que todas las legislaciones admiten.

responsables. Hace pocas semanas, refiriéndose en general a la tradición y orientación de la Argentina en política internacional, declaraba el señor Leopoldo Melo, candidato a la presidencia de la República:

“La tradición pacifista argentina data de los comienzos de nuestra organización internacional, y está presente en todos los actos de los grandes estadistas argentinos del pasado. Lo está, asimismo, el principio de la *igualdad de derechos civiles de ciudadanos nativos y extranjeros*. El tratado de paz y amistad que la Confederación Argentina concertó con Gran Bretaña en 1825 constituyó, efectivamente, la primera consagración del principio jurídico, según el cual *los derechos civiles no son un privilegio de la ciudadanía, sino un atributo humano*, y ese principio inspiró a los constituyentes, como orientó siempre la legislación reglamentaria. La Argentina, para consagrar ese elevado principio, no reclamó reciprocidad, según la norma de otras naciones. Ello constituye, sin duda, un timbre de honor para el país. Creo, en términos generales, que esas son las normas que deben continuar orientando la política internacional argentina”. (En *La Nación*, abril 30 de 1927).

En cuanto a la propuesta de someter el litigio al arbitraje, el presidente Coolidge ha sido igualmente categórico en su citado discurso:

“El Senado aprobó recientemente una resolución en apoyo de la protección de las vidas y propiedades de los norteamericanos y sugiriendo una suerte de arbitraje.

“Contamos actualmente con dos comisiones de arbitraje con Méjico, y el principio del arbitraje fué siempre sustentado por nuestro gobierno. Todo el mundo es partidario del arbitraje, cuando la cuestión de que se trata puede ser sometida a él.

En las actuales circunstancias puedo ver graves dificultades en formular una cuestión en la que los dos gobiernos pudieran convenir en someterla a tal tribunal. *El principio de que la propiedad no puede ser confiscada y el deber de nuestro gobierno de protegerla están tan bien establecidos que es dudoso que pueda permitirse el que se haga cuestión sobre el particular*”.

La ignorancia de este distinguo fundamental entre las cosas producidas por el trabajo humano, como apropiables, y las consistentes en bienes naturales, como no apropiables, es lo que en todos los países está impidiendo llevar a soluciones efectivas los modernos problemas sociales. Pero es el único que hoy o en cualquier momento puede resolver todas las dificultades, por cuanto a favor de la también genial distinción entre las peculiaridades del impuesto, ya sea aplicado a unas o a otras, es posible para el fisco recaudar gradualmente y *sin repercusión* toda la renta del suelo, con lo cual se lo puede ir desvalorizando paulatinamente hasta el punto que convenga para expropiar los títulos de propiedad, mediante una suma de dinero insignificante.

Contra una medida así no habría base jurídica para una reclamación del gobierno norteamericano ni de ningún otro, pues nada puede objetarse a un Estado que garantiza por igual la propiedad a todos sus habitantes, ni puede negársele el derecho de imponer contribuciones a todos por igual. Y esa sería, doctrinalmente, la solución completa del problema.

Otro camino a elegir, fundado en los mismos principios, sería el de declarar que para las herencias y donaciones consistentes en tierras, los impuestos serían cobrados en tierras precisamente. También de ese modo se podrían ir recuperando paulatinamente las propiedades para el Estado mejicano, como para cualquier otro, sin lesionar ningún derecho adquirido.

En tales condiciones ningún inconveniente habría en que capitalistas yanquis o de otra parte ocuparan en arriendo tierras o elementos naturales de cualquier clase, pues, por el contrario, sería de beneficio justo y legítimo para ellos y más aún para el pueblo del país.

¿Qué significa "nacionalizar" la propiedad?

Lo que acabo de proponer significa, si se quiere, *la nacionalización de las fuentes naturales de riqueza*, (y de todos los monopolios). Pero esa es una frase que a menudo se repite con sentidos muy distintos entre sí o sin sentido preciso alguno.

Al hablar de "fuentes naturales de riqueza" no siempre se entiende que, técnicamente, ellas no pueden consistir sino en lo

que en términos económicos se denomina *tierra*, y de ningún modo a lo que el hombre pueda producir en ella (los árboles plantados, por ejemplo).

Aparte de eso, es común entender por “nacionalizar la propiedad” el hecho de disponer simplemente que sean excluidos de disfrutarla los extranjeros, pudiendo los ciudadanos nativos o de adopción disfrutarla en apropiación privada, y únicamente ellos. Pero ésto, por lo que antes he explicado, es un concepto sin alcance económico alguno; además de ser fundamentalmente inaceptable para el Derecho natural e internacional, y por añadidura retrógrada, la diferenciación de nativos y extranjeros en cuanto a los derechos civiles.

A veces también se entiende la palabra “nacionalizar” en un sentido aún más restringido y nimio, o sea en el de que la jurisdicción legal sobre determinados bienes, en los países federalmente constituídos, pertenezca a la Nación y no a las provincias donde los bienes radiquen. Tal es el caso cuando en la República Argentina se discute si la legislación de minas de petróleo (sean ellas de propiedad pública o privada) ha de corresponder a la jurisdicción federal o provincial.

Nada de eso es un sentido conveniente de lo que es preciso afirmar, pues el concepto que debe tenerse en vista es el de la *propiedad común, social*, de los bienes naturales y demás monopolios. Poco importa si esa socialización o estatización es nacional, provincial o municipal. La afectación a una u otra jurisdicción de las diversas cosas sobre que recaiga el derecho de propiedad común depende de la índole y situación de las cosas consideradas, de la índole federal o unitaria del país, de costumbres y de otros factores, todos secundarios y sin importancia con respecto al concepto económico, que es el esencial.

Por eso conviene eliminar de los programas de las ligas latinoamericanas la palabra “nacionalización”, sustituyéndola por “estatización”, “socialización” o “comunización” o bien, sino, explicar en qué sentido se la emplea porque, empleándola sola, no quiere decir nada, ya que tiene tres sentidos profundamente discordantes.

A mi juicio la política en cuestión puede ser correctamente enunciada mediante la frase, “*comunización de la propiedad de*

la tierra y los servicios intrínsecamente monopolísticos", pues la palabra "comunización" expresa la idea de propiedad común, social, sin predeterminedar detalles sobre jurisdicciones, dentro, por supuesto, de la unidad Estado nacional, y, por otra parte, no implica que la explotación de dichos bienes ha de ser precisamente comunista o colectivista, puesto que lo comunizado es solamente la propiedad y no su uso, que puede y debe ser individual en la mayoría de los casos y sólo colectivo o estatal en algunos determinados, como son los de servicios públicos. (5)

Dificultades prácticas.

Aunque bien resuelto doctrinariamente, el problema presenta numerosas y graves dificultades prácticas.

La primera, en el caso típico de Méjico, es que significa un cambio total en la política agraria erróneamente admitida en la vigente Constitución. No sería posible hacer la fundamental declaración negatoria de la propiedad privada del suelo, y mantener al mismo tiempo la doctrina de la propagación de la pequeña propiedad, política ésta la más engañosa y reaccionaria que puede adoptarse, a favor de la sofisticada seducción del amor al pobre y laborioso campesino. Nótese además que si se admite para la tierra el principio de la propiedad privada, lo mismo hay que admitirlo para la pequeña que para la grande, pues nunca será posible establecer un criterio científico para la diferenciación de una y otra (6).

Otra gravísima dificultad se encontrará en el hecho de que la mayor parte de los altos gobernantes e influyentes en el go-

(5) En el programa lanzado por la nueva asociación Alianza Continental, encuentro este ambiguo enunciado: "América latina para los latinoamericanos significa, ante todo, que la propiedad de las fuentes (?) de riqueza debe ser nacional". (?).

(6) Contra lo que vulgarmente se cree, el agricultor o cualquier otro productor no necesitan absolutamente de la propiedad de la tierra para tener perfecto estímulo de arraigo y actividad productiva. Lo que necesitan es la seguridad de propiedad sobre los productos, propiedad individual de las cosas creadas sobre la tierra por su trabajo y capital, además de segura garantía de estabilidad en la finca, como la que puede dar a entera satisfacción un contrato enfiteútico con el Estado, al modo del de cánon periódicamente revaluable que Rivadavia ideara e implantara en la Argentina durante su breve gobierno, y que ahora ha sido adoptado para la ciudad de Cànberra, capital federal de Australia.

bierno mejicano son probablemente fuertes terratenientes ellos mismos; y una cosa es estar dispuestos a cercenar o suprimir la propiedad mejicana de los yankis, y otra muy distinta disponerse a cercenar y suprimir igualmente las propiedades de uno mismo, de la familia y de los amigos, aun cuando "el interés público lo requiera". La realización sólo podrá esperarse de una agitación comenzada por una minoría de intelectuales no vinculados a los intereses creados y por algunos políticos militantes que se encuentren en el mismo caso, de manera que la nueva polarización de fuerzas políticas así efectuada al propagarse la plataforma entre el pueblo, consiga la formación de un gobierno orientado en ese sentido.

El asunto, como se ve, no es breve ni fácil de conseguir, pues ya se verá que la mayor parte de los que hoy demagogizan y vociferan desde una posición aparentemente izquierdista se pasarán con alma y vida a la derecha, dispuestos a entenderse hasta con esos obispos que hoy parecen dispuestos a comerse crudos. Lo que por lo pronto hará toda esa clase de fuerzas es una persistente guerra de silencio a la propuesta, con lo que ciertamente no la sofocarán, pero le causarán gran dilación. Muy posiblemente habría también empeños turbulentos y subvenciones a revolucionarios, esto es, calamidades como las que al presente se sufren sin conducir a solución alguna, pero que en aquel caso serían para llevar a algo grande y necesario; no a bolchevicadas sin pies ni cabeza.

En el particular de la apropiación de las tierras, los gobernantes mejicanos y sus publicistas oficiosos aprovechan, para encender en su pueblo el ánimo de resistencia al extranjero, el ya muy difundido repudio del *latifundismo*. La guerra al latifundio es allí, como en el resto de Ibero-América una bandera con razón simpática a las muchedumbres. Pero los gobernantes que tan acerbos enemigos se muestran para admitir la propiedad de la tierra de su país en manos de extranjeros, no se muestran tan propensos a rechazar el latifundio "patriótico"; el que está en sus manos propias o de sus connacionales, aun cuando, como he dicho, la cuestión es, en el hecho, esencialmente indiferente para las conveniencias económicas populares.

En efecto, el señor José Vasconcelos, que como ex-ministro

de su país tiene motivos para saberlo, dice en su reciente libro *Indología*:

"Los gobiernos militares emanados de nuestras revoluciones no han hecho más que continuar el viejo sistema de las mercedes reales. Grandes extensiones de tierra se han otorgado a generales y caudillos que supieron apoderarse de ellas, y otra vez el latifundio ha sido la consecuencia obligada de la tiranía. El caudillo militar termina siempre en hacendado. Todavía, en el Méjico contemporáneo, vemos líderes influyentes de una revolución que se dice agraria convertidos en grandes propietarios de grandes fincas de campo. Improvisados Cresos usando el antifaz de Espartaco" (pág. 59)

Paréntesis anecdótico.

A propósito de ésto me parece aplicable y muy instructivo el relato de un caso sucedido aquí, en la Argentina.

Aconteció que la enorme especulación surgida en los años siguientes a 1880, debido a la grande y repentina valorización de la tierra, determinada por la pacificación del país, la avalancha de inmigrantes europeos y la extremada facilidad de crédito otorgada a todas las personas de alguna influencia, merced a la desordenada y arbitraria emisión de billetes monetarios por los bancos oficiales, llegó a un momento de crisis en que se hizo impostergable la liquidación; y una gran oposición política se levantó contra el favoritismo y la situación de bancarrota en que pusieron a los bancos sus deudores insolventes o tramposos. La campaña era llevada principalmente contra los "ladrones de los bancos".

En uno de los tantos mítines, realizado en el Rosario de Santa Fe, marchaba en la columna un entusiasta protestante que se desgañitaba gritando muy llamativamente: "¡Mueran los ladrones de los bancos!".

Viéndolo y oyéndolo al pasar, se le acercó un amigo íntimo diciéndole:

—¡Pero ché, aquí todos nos conocemos y mucha gente sabe que vos también has clavado al Banco de la Provincia! Te estás poniendo en ridículo.

—Bueno, sí, pero lo que yo le debo al banco es una bicoca; no son más que 20.000 pesos.

Sin embargo, la observación le hizo mella y, tras un rato de pensarlo, concibió una modificación que conciliaba su situación personal con sus afanes moralizadores, pues continuó gritando en esta forma:

—“¡Mueran los *grandes* ladrones de los bancos!”.

Parece que análogamente los gobernantes mejicanos y sus allegados tuvieran acomodado como lema:

—“Muera el latifundio, . . de los extranjeros”.

Pero si es así; si no están en voluntad de afrontar seria y sinceramente el problema de la propiedad de las tierras, sea grande o chica su extensión y sea ella de nativos o extranjeros, nada serio podrán hacer para resolver eficaz y patrióticamente el problema del imperialismo que los embaraza. Plantearlo con criterio de leyes de excepción, como absurdamente lo plantea el artículo 27 de la Constitución, no puede conducir a nada sinó a dejar las cosas como están, cediendo totalmente a las exigencias de la diplomacia yanqui, como ya ha comenzado a ceder el gobierno del general Calles.

Más obstáculos y facilidades.

Otra dificultad, de menor cuantía, es la de que, si en derecho nada podrían alegar los propietarios yanquis expropiados gradualmente por el impuesto, ni su gobierno tampoco, fuera de derecho pugnarían cuanto pudieran contra la reforma. Pero, a mi parecer, no llegarían a determinar una acción coercitiva contra el pueblo mejicano. Hay en los Estados Unidos muchas fuerzas de intelectuales, trabajadores, industriales y comerciantes que se opondrían a ello. El señor Ford, sea un ejemplo, nada tratará de influir ante su gobierno para impedirle garantizar en Méjico el derecho de propiedad en general; pero en cambio, se opondría resueltamente a que directa o indirectamente se crease dificultad a la venta de sus automóviles—para la que no usa ni reclama privilegio alguno—por actos de guerra, boycotts u otras coacciones injustificadas, motivadas por la política puesta al servicio de privilegios petroleros, ferroviarios u otros. Con mayor razón sería el caso por lo

que concierne a las sociedades obreras norteamericanas. No se olvide además que entidades políticas tan poderosas como los partidos Liberal y Laborista de la Gran Bretaña tienen ya adoptada como política de principio la abolición de la propiedad privada de la tierra, cualquiera que sea el procedimiento escogido para realizarla (7); y eso significa y determinaría un peso enorme de opinión mundial que paralizaría la acción coercitiva que los Estados Unidos quisieran intentar contra el pueblo mejicano por el motivo que tratamos.

Muy distinta es la situación del actualmente mal planteado problema, en la que los Estados Unidos disponen de la fuerza y además de la razón.

El conflicto mejicano y centroamericano, lamentable en varios sentidos, es en otros aspectos venturoso. En resumidas cuentas no está aquel pueblo en situación distinta a cualquier otro. Todos están igualmente "imperializados" por compatriotas o extraños; pero las circunstancias de posición geográfica y momento histórico han venido a mostrar allí con relieve singular los espantosos caracteres del enfeudamiento de los pueblos bajo los dueños del suelo. El ser allí extranjeros y afines por nacionalidad los más acaudalados de ellos, ha hecho fijar la atención mundial en el asunto; y los caudillos que emprendan la tarea de conducir al pueblo a su emancipación pueden contar con el sano sentimiento nacionalista como coadyuvante de su acción redentora; factor muy importante de que se carece donde explotados y explotadores son connacionales en su casi totalidad.

La cuestión de los empréstitos.

Ya ha sido, felizmente, fijada la atención de los publicistas iberoamericanos sobre la inconveniencia y grandes peligros de que los gobiernos enfeuden a los habitantes, vivientes o por nacer, mediante empréstitos de capitales o de dinero en general; pero el conocimiento usual de la cuestión es aún demasiado ru-

(7) Por eso hemos podido leer en *The Times* (marzo 3 de 1927) que "la cuestión de la tierra va a ser [en la Gran Bretaña] el centro de tormenta de las controversias políticas".

dimentario y requiere también ser aclarado, siquiera sea muy sucitamente.

Hasta hace poco se creía sin reparos que es una bendición para un país que su gobierno disponga de crédito y obtenga préstamos, y tanto mejor si son de dineros extranjeros, "que vienen a aumentar la riqueza nacional". Pero esa es una falsa y muy nociva creencia. Si son esos dineros invertidos en los gastos usuales del Estado, resulta una ficción onerosa no costearlos directamente con impuestos, a cambio de costear, con impuestos también, el servicio de amortización de la deuda, agravaado con los intereses. Es arbitrio de pésimos administradores. Si son para obras públicas reproductivas, siempre queda siendo un enfeudamiento innecesario, ya que todas las razonablemente posibles las haría cualquier gobierno *al contado* si percibiera, como es justo, la renta de la tierra, en lugar de consentir que se la apropien los particulares.

Se protesta ya contra el enfeudamiento a prestamistas *yankis*, como si no fuera igualmente funesto el enfeudamiento a prestamistas de cualquier otro país, incluso del propio. Siempre se traduce el empréstito en un pesado fardo de obligaciones públicas cuyo servicio, en todos los países, absorbe gran parte de los ingresos fiscales, dividiendo a la población (si son empréstitos internos) en una clase de productores que sudan para que otra clase de cortadores de cupones vivan en la holganza. Si el empréstito es externo, el caso es igual, pues no hay otra diferencia que la que conste en la partida de nacimiento del cortador de los cupones.

Claro es que si, como en el caso de tantos embrollones gobiernos iberoamericanos, se singulariza la cuestión por el hecho de que la mayor parte del dinero recibido en préstamo proviene de banqueros *yankis* y, para peor, el servicio de las deudas no anda muy corriente, se llega a tener que darles, como fianza, intervención en las aduanas y a otros aspectos igualmente depresivos de la soberanía formal, ya que la sustancial soberanía del pueblo productor lo mismo está perdida en todos los casos.

Hay, sí, que hacer bandera de la oposición a los empréstitos, pero no sólo contra los de dinero *yanki* sino también contra cua-

lesquiera otros; no sólo contra los externos, sino igualmente contra los internos.

La pavorosa verdad es que entre deudas públicas y otros derechos de privilegios adquiridos de la torpeza y venalidad de los gobernantes iberoamericanos, los plutócratas yanquis son acreedores de estos países por valor de 3.041.000.000 de dólares, según una estadística recientemente publicada en el *Repertorio Americano* (marzo 26 de 1927), y que esa terrible deuda no se podrá eludir con infantiles resistencias a reconocerla sino con el austero acatamiento de las obligaciones contraídas y el severo estudio de los principios económicos y procedimientos prácticos que permitan ir aliviando y extinguir finalmente esas dolorosas obligaciones, dentro de la justicia y la ley, dentro de los altos y sólidos principios jurídicos del verdadero liberalismo, que no consiste precisamente en la arbitraria persecución al clero ni en hacer mangas y capirotos de los derechos individuales.

Yo pienso que en las directivas consignadas en este ensayo, y no en ninguna otra, se hallará la de todos modos larga y penosa salida para el duro problema del llamado "imperialismo yanqui".

De los Estados Unidos nos viene ocasionalmente el motivo para que tomemos conciencia del mal, pero también de los Estados Unidos procede la doctrina, la del genial pensador economista Henry George, que nos permitirá remediarlo.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

POEMAS

Invocación

(A la sombra de Safo)

A HORA hermana lejanísima, ven a mí, háblame con tu boca de siglos.
Ven ahora hermana, que es de noche y vive el silencio.
Nadie a mi lado, nadie oirá nuestro coloquio.
Sólo estará junto a mí el buho fiel del recuerdo.
Mira, las estrellas se dejan caer en el lecho oscuro de la noche,
Y para nosotros va a dar marcha atrás el Tiempo.
Me dejarás que llegue hasta tus brazos acogedores;
Me dejarás que acerque mi cuerpo tibio a tu mármoleo cuerpo,
Y que apoye también la frente calenturienta
Para mejor escucharte, sobre tu seno.
Todo me lo dirás entonces al oído, muy bajo,
Aunque nadie más que yo habrá de escuchar la voz de tu duelo.

Y me dirás el dolor de la pasión que te ensombreció los instantes,
Y la angustia del desamor, flagelante como látigo récio.
Y me dirás del hombre aquel en quien concentraste la vida,
Por el que tu frente se sumergió en el misterio.
Me dirás si eran sus dos pupilas de ámbar anochecido,
Me dirás si era su boca, en la caricia, sabia hasta el tormento;
Y si podía en su frente albergarse un pueblo de ideas,
Y si toda la sombra nocturna dormía entre su cabello...
Y me dirás también qué emoción te agitó la noche aquella,
Sobre el desolado promontorio griego,
Y si en el momento de la muerte más que nunca lo ansiaste,
Y si más que nunca te castigó implacable el recuerdo,
Y si más que nunca te agobió la desesperación impotente,

*Entonces, entre el cielo y el mar, sola en el instante supremo...
Y si la salsedumbre de tus lágrimas,
Venció en amargor a la balsámica salsedumbre marina,
Y si en espíritu lo besaste aún con un beso resúmen de besos...*

*Todo me lo dirás, ¡oh, hermana! aquí, en la noche,
Muy bajo, mientras nos envuelve el silencio,
Ahora, que estoy ya entre tus brazos acogedores,
Ahora, que está ya mi cuerpo tibio junto a tu marmóreo cuerpo,
Ahora que apoyo la frente calenturienta sobre tu seno,
Frio como las helénicas ondas que te dieron el reposo eterno...*

Tarde de primavera

TE evoco en esta tarde pletórica de fuerza
Vital, con tu sonrisa y tus ojos de ocaso...
Y entre las yemas nuevas y las flores rosadas,
Siento envidia del polvo que deshago a mi paso.

El "Eros" de Praxiteles

AMO este noble mármol delicado y severo.
Bajo los rizos múltiples de su larga melena,
La tristeza infinita y la armonía plena,
Se funden en el bello semblante del Arquero.

*Tiene la boca grave; boca de prisionero
Que sufre de los besos la férvida cadena...
Boca que a la sonrisa es totalmente ajena,
Donde el placer vulgar se hallaría extranjero.*

*Vive el Amor en este marmóreo adolescente.
La fatalidad pesa en su inclinada frente,
Y en su mirada fija, la obsesión invencible.*

*Nos retiene cautivos, al pasar a su lado,
El poder de un ignoto hechizo indefinible...
Cuando lo esculpió, el griego estaba enamorado.*

Palabras al ídolo

IDOLO,
*Idolo mío,
Desdñoso, impasible, indiferente,
Como todos los ídolos.
Aquí estoy a tus pies, ídolo mío,
Ya para siempre esclava,
Yo, que fuera tan libre!
Aquí estoy a tus pies como una llama
Fervorosa, tremante, exasperada;
Como llama que sabe
Que inútilmente arde,
Yo, que fuera tan fría!
Aquí estoy a tus pies, humilde, humilde,
Como voz de mendigo,
Yo, que soy tan altiva!
Aquí estoy a tus pies estremecida,
Mordida sin piedad por el recuerdo,
Por la visión de aquella vez primera
En que bajaste lentamente del pedestal soberbio,
Y sonriente y seguro, me abrasaste
La boca maravillada, con un beso.*

NYDIA LAMARQUE.

EL TEATRO DE PIRANDELLO

EN su conferencia del Odeón, Pirandello por primera vez — y esto no fué notado — se presentó bajo el aspecto de crítico de su propia obra. Es el signo de madurez del genio que — terminada la creación — siente la necesidad de colocar en el tiempo el “mundo de cosas” dichas y polemizar contra la crítica que se las devuelve transformadas. Y Dios sabe si también en la Argentina la obra pirandelliana ha tenido intérpretes fáciles por entusiasmo como por fantasía!

Pero lo que importa al dramaturgo más discutido del mundo y a nosotros, es que su obra ha penetrado en la sensibilidad de nuestro público, el cual demostró su interés afluyendo numeroso y selecto a sus funciones con voluntad siempre en aumento de comprender la voz nueva. La emoción determinada por ciertas representaciones transformaba el público en un espectáculo de caras contraídas e inmóviles que desde hace mucho no se veía en Buenos Aires.

No queremos con esto juzgar un arte por la emoción producida en nuestro público. Pero notamos que dicha emoción confirma con la expansión la exquisita actualidad de este arte fundamentalmente crítico y cerebral, que dramatiza la Razón — medio o mejor atributo no indispensable de la vida — en el eje mismo de una Vida que por la impotencia de aquella a explicarla, en la obra pirandelliana tambalea y tiende a deshacerse como un edificio de equivocada armazón.

Se nos han escapado dos adjetivos, *crítico* y *cerebral*, para el arte pirandelliano, los cuales, especialmente el último, son como el humo en el ojo para el Maestro siciliano y para sus últimos y por cierto no más profundos comentadores, quienes afirman que dicho teatro es de pasión y no de pensamiento, de acción y no de dialéctica,

de situaciones y no de contrastes. La interpretación bajo ciertos aspectos metafísica del más culto crítico italiano moderno, Adriano Tilgher (1) es actualmente impugnada, como siempre sucede, por los mismos que de ella más se beneficiaron: Pirandello, que así obtuvo la notoriedad y luego la celebridad, y los críticos que comenzaron a ver y comprender un arte ya vivo en cuentos, poesías y novelas veinte años antes. Pero de lo que Pirandello dijo y sobrentendió en las conferencias sobre su propia obra poco importa a sus cultores, si no por agregar a la fama del gran escritor las cualidades de orador límpido y de razonador sutil. Él mismo ha remachado tan fuertemente en nosotros el concepto que la obra de arte una vez realizada no pertenece más al autor, que no sabemos considerar a Pirandello como intérprete de la obra pirandelliana diversamente de cualquier otro crítico, con sólo un defecto de parcialidad, que lo coloca en segunda línea. ¿Como explicar en otra forma el clasificar a D'Annunzio en la categoría de los artistas de palabras y a Pirandello en la categoría de los artistas de cosas, en aquella ya mencionada conferencia del Odeón, si nó recordando el viejo adagio del Sur de Italia "il bove dice cornuto all'asino"? Querer negar la cerebralidad de Pirandello es trabajo de reaccionarios, es disminuir uno de los mayores méritos del arte pirandelliano, es decir su formidable *actualidad* en esta época de movimientos críticos destructores y no creadores, que teorizan en lugar de realizar, anuncian el Arte Nuevo, para abandonar a mitad la tentativa de hacerlo, en forma que si queremos obras dignas y completas — a pesar de nuestra ansia de 900 — tenemos que volver a golpear a las puertas de aquel que León Daudet llamó *le stupide 19ème. siècle*. Los personajes pirandellianos no son criaturas, hombres o mujeres, personas sacadas del drama de la vida caduca para hacerlas vivir eternamente en la escena, sino *tipos* de la vida en síntesis, marionetas vestidas y animadas por el insomne Pensamiento del autor, la sola *persona* — en el sentido trágico clásico de la palabra — verdaderamente viva en el teatro del gran siciliano. *Lamberto Laudisi* vivo? *Leone Gala* vivo? *Il Padre* vivo?

(1) Adriano Tilgher, desde las columnas de *Il Mondo*, difundió e impuso — en una serie de batallas periodísticas que seguían a batallas escénicas, el mérito de muchas de las cuales asciende a Lamberto Picasso — la expresión *nuovo teatro* que en torno al gozne pirandelliano llamaba a examen todo el *teatro di pensiero*, de Andreieff a Unamuno, de Jean Sarment a Crommelink, de Millington Synne a Chiarelli y a San Secondo.

La Signora Frola viva? *Donn'Anna* viva?..... Sí, vivos todos, pero en la fantasía del autor, que los viste de su propia pasión dialéctica con tal fuerza de hacerlos actuar sobre las tablas, mas como *construcciones* y no como personas, cuyas vicisitudes dramáticas pueden, siempre que ya somos iniciados, pasar de nuestro cerebro a nuestro corazón, no como las creaturas eternas del gran teatro — y citamos solo una que recuerda la palabra cerebral, Hamlet — cuyas acciones aun cuando son de pensamiento nos impresionan primero el corazón y después pasan al cerebro, es decir: primero las sentimos, después las comprendemos, medimos, juzgamos. Y, puesto que lo citamos, quedémonos en Shakespeare. King Lear no habla nunca como Hamlet, ni como Machbet, ni como Yago, y ninguna de las personas del gigante inglés, en ningún momento de su vida escénica repite palabras o recuerda hechos de la vida escénica de otra. Cada una está viva en sí y para sí, en absoluta independencia del autor el cual se limitó a traducirlas. Los personajes pirandellianos en cambio—hecha la debida proporción—hablan o mejor razonan en la misma forma, resolviendo en crítica el ímpetu lírico; repiten las mismas palabras, a menudo hasta las mismas frases, los mismos períodos, y esta tara de hablar y razonar en la misma manera se nota también en aquellos que representan en la escena social papeles opuestos. Esto ocurre porque todos los personajes pirandellianos sufren sin distinción la obsesión de un único drama, *ver a los otros y a sí mismos vivir*, que Pirandello en cada novela, comedia o cuento nos revela bajo un nuevo aspecto, como las facetas idénticas pero diferentemente coloreadas de un mismo cristal. De aquí la acusación que los personajes pirandellianos, aun cuando son reproducidos con geométrica exactitud de los tipos de la galería social, son metafísicos y no humanos, destilados por el pensamiento y por esto privados de colorido, personajes que, presentes, no están nunca en nuestra perenne calma pasión, sino en nuestra pesadilla.

Escuchar a Pirandello, sentir, leer, comprender a Pirandello, es tener la fiebre, una fiebre intelectual de las más excelsas y contagiosas que la historia del pensamiento recuerde, pero que como toda enfermedad pasará, para dejar un surco de profunda experiencia, quizás el más significativo de los extraños tiempos que vivimos.

EL POLIFACETISMO DE PIRANDELLO

AUNQUE el autor de este artículo está convencido que es imposible analizar así de paso, en un trabajo casi periodístico, la compleja personalidad de Pirandello, quiere adelantarse ahora a un ensayo más documentado que prepara para fijar, "grosso modo", algunas consideraciones sobre el dramaturgo siciliano.

La crítica porteña — el cargo tanto va para la de los diarios como para la de las revistas — ha dado al público de Buenos Aires una versión equivocada de Pirandello. La piedra angular de este error informativo no ha sido desgraciadamente otra que el desconocimiento casi absoluto de la obra del escritor italiano. Los críticos de Buenos Aires han tomado demasiado en serio la fustimería pirandelliana (1) de *Sei personaggi in cerca d'autore*. Los críticos de Buenos Aires han pretendido explicar una cosa de por sí tan inexplicable como la auto-exégesis que el autor de *Il giuoco delle parti* inició hace tres años en aquellos incomprensibles artículos de *La Nación*.

El resto sólo es imputable a la fantasía. Pirandello ha salido caricaturizado y disminuido de este abortado empeño de paráfrasis. El todo ha sido confundido con las partes y del dramaturgo formidable que ha enriquecido el teatro moderno con una producción tan valiosa como *Enrico IV*, sólo se conoce el juego escénico-cerebral de *Così è (se vi pare)*.

Pirandello está siendo para la crítica porteña un ente incomprendible. Menester es confesar, sin embargo, que esa misma crítica porteña que se ha echado sobre sus espaldas la pesada tarea

(1) En un trabajo especial sobre la obra citada aclararemos ampliamente este concepto.

de la exégesis de Pirandello, no aplica, para lograrla, ni el principio más elemental de la filosofía pirandelliana.

La clave, no obstante, es mucho más sencilla de lo que parece. Para Pirandello (1), no hay “una realidad”, sino “varias realidades” distintas; para Pirandello no hay “una verdad” sino “varias verdades” diferentes. *La señora Frola y el señor Ponza, su yerno*, aquel cuento escenificado luego en *Cosí é (se vi pare)*, bastaría para probar el aserto si este concepto del conocimiento subjetivo, y por lo tanto, variable, no se ahondara luego en infinidad de cuentos y en infinidad de escenas. Para Pirandello, como para Freud, la personalidad no es un todo único e indivisible. “Así como hay hijos ilegítimos—dice un personaje de *Ciascuno a suo modo*— hay pensamientos bastardos que uno no conoce” (2). “De los actos — corregiría Freud — sólo conocemos el último motivo revelado, pero esto no quiere decir que él sea el único; hay centenares en la subconciencia que nosotros ignoramos”.

Dentro de Pirandello, hay por lo menos cinco Pirandellos distintos que la crítica porteña desconoce. El estudio de este doblamiento artístico, tan manifiesto en el escritor italiano, es casi inabordable en un artículo como el presente que — bueno es repetirlo — no lleva pretensión alguna. Podemos señalar, no obstante, “periodísticamente”, cinco personalidades distintas en el autor de “*Sei personaggi...*”. La sexta se la dejamos generosamente para que él, desde Roma, nos la devuelva jeroglífica y brumosa, en sus artículos de *La Nación*.

(1) La aserción precedente no quiere decir en modo alguno que sea Pirandello el primer informador de las “realidades subjetivas”, ni que sea necesario, tampoco, remontarse hasta Uexküll para descubrirlas.

(2)

DIEGO

“...Credi di non averle mai pensate!
E invece le hai pensate, le hai pensate.—

DORO

—come? quando?—

DIEGO

—di nascosto a te stesso!—Caro mio! Come ci sono i figli illegittimi, ci sono anche i pensieri bastardi!”

(*Ciascuno a suo modo*, atto primo)

I. — El autor teatral

El autor teatral que hay en Pirandello es de una personalidad tan compleja que sufre, al llegar al escenario, un segundo desdoblamiento. Por eso en el teatro de Pirandello — desde *Sei personaggi in cerca d'autore* a *Ma non è una cosa seria* — se mueven dos dramaturgos o dos comediógrafos diferentes.

El primero de ellos — no se nos escapa que estamos en contra del orden cronológico — es un devoto de la antigua fórmula de “la exposición, nudo y desenlace” y tiene todavía — *La ragione degli altri* bastaría para probarlo — algunos resabios de aquel pacífico y fenecido profesor universitario.

El otro es un poco más intrascendental. En su frivolidad franceana, necesita que Lucio D'Ambra se complique en el asunto para desenterrar *Così è (se vi pare)*. Hay en él exceso de salud cerebral y exceso de fumistería para que se le pueda creer a pie juntillas. Pergeñado en los cuentos — *La señora Frola y el señor Ponza, su yerno, La tragedia de un personaje* (1), etc. — necesita llegar al tinglado para desenvolverse plenamente.

Dinamitero de técnicas viejas, se ríe homéricamente en la escena de aquel principio de la “unidad de tiempo” que preocupaba tanto a Ibsen. El palco escénico es una prolongación de la platea. El tinglado ya no es más el lugar de las cosas fantásticas (2). Hasta el apuntador — probablemente calvo — se queja de “aquel airecito” que viene de la platea...

Para nosotros, este desdoblamiento del Pirandello autor teatral, está dado por los tres vértices siguientes: *Sei personaggi in cerca d'autore*, *Così è (se vi pare)* y *Ciascuno a suo modo*.

En la última, el juego cerebral ha culminado. Freud, como un inteligente dueño de cambalache, da vuelta en escena los trajes introspectivos de los personajes. La técnica, en tanto, escapada por la tangente, gira en torno del autor que, agazapado entre

(1) *Revista de Occidente*, enero de 1924.

(2) FERNANDO VELA: *Seis personajes que buscan autor*, “Revista de Occidente”, enero de 1924.

las bambalinas, aprovecha el escenario para una reclame utilitaria muy a lo Bernard Shaw (1).

De los dos autores teatrales, éste es el único Pirandello que la crítica porteña parece conocer. El ha cargado con todos esos arrestos de fumistería que nunca, ni en sueños, han preocupado a ese dramaturgo formidable volcado íntegro en cualquiera de esas obras maestras — el lector puede elegir libremente en la trilogía — que se llaman *Il piacere dell'onestá*, *Il giuoco delle parti* o *Enrico IV*.

De las dos personalidades de Pirandello autor teatral, ésta es para el articulista, la más definida e interesante. Ceñido por completo a la “antigua manera”, la técnica no ha salido esta vez del tinglado arrojada por esa falta de gravitación escénica que deja, por ejemplo, desierto el escenario en el primer acto de *Sei personaggi...*. Tampoco se resiente la “emoción humana” (2) en ninguno de los tres actos de *Enrico IV*. No es puramente “des-humanizado” el juego del alambique cerebral pirandelliano en esa fuerza silogística platónica que mueve los razonamientos de *Il piacere dell'onestá*. La pasión, rompiendo el dique de la dialéctica, se mete como un torrente en aquella formidable escena del renunciamiento final en que Agata — la protagonista (3) — seca con su propio pañuelo las lágrimas que han escalonado en forma magnífica, la “humanización”, que, al levantarse el telón del tercer acto, ya inicia el personaje (4).

En *Il giuoco delle parti*, el juego es más sencillo aunque no menos formidable. De la “cerebración pura” — en la cual, por cierto, hasta se complica Bergson — se llega hasta la “pasión pura”, desnudada en escena por la solución liminal de aquel problema de adulterio que a buen seguro no han de olvidar muy fácilmente los que han acudido al teatro de Pirandello con el pre-concepto cerebral.

(1) “Quando venite invece ad ascoltare una commedia di Pirandello aferrate con tutte e due le mani i braccioli della poltrona, così, vi metete—così—con la testa come pronta a cozzare, a respingere a tutti i costi quel che l'autore vi dice”. (*Ciascuno a suo modo*, primo intermezzo corale). El mismo juego se repite también en el primer acto de *Sei personaggi in cerca d'autore*.

(2) J. ORTEGA Y GASSET: *La deshumanización del arte*.

(3) *Il piacere dell'onestá*, atto terzo.

(4) BALDOVINO.

Del mismo corte y dentro de la misma personalidad, están *Ma non é una cosa seria*, *Diana e la Tuda*, *La ragione degli altri*, *Vestire gli ignudi*, *Tutto per bene*, *La signora Morli*, *una e due*, *Come prima, meglio di prima*, *La vita que ti diedi*, etc., etc., y cuyo análisis estaría fuera de lugar en un trabajo como éste en el cual sólo hemos querido bocetar los rasgos más salientes del polifacetismo artístico del mal comprendido escritor italiano.

II. — El cuentista

El cuentista que hay en Pirandello es un cuentista vigoroso y personalísimo. De tendencia casi cerebral en pergeños como *La luz de la otra casa*, *La tragedia de un personaje*, *La señora Frola y el señor Ponza, su yerno*, llega hasta la narración primitiva y simplista de *El turno* o *Limonas de Sicilia*.

El cuento, para Pirandello, es un plano de dos caras perfectamente viables por las cuales, aún a riesgo de equilibrios cerebrales, puede transitar el buen cuentista. Por eso, según por donde camine, Pirandello narra o sugiere. Pero las dos cosas — y esto es lo maravilloso de su ductilidad — las hace magníficamente.

Para probar lo primero, hay ya tres nombres en las líneas anteriores; para convencerse de lo segundo, bastaría leer nuevamente esa pequeña obra maestra que se llama *Doña Mimma*.

III. — El novelista

Para el cuentista, acostumbrado a los trazos fuertes y a las impresiones rápidas, nada más difícil que este desdoblamiento de observación detenida y de análisis minucioso que debe realizar el novelista.

El cuento exige del artista sólo lo “esencial”; la novela necesita también las líneas accesorias. Hay entre el cuento y la novela, ese mismo parentesco que — salvando las diferencias de dos artes distintas — existe entre el retrato y la caricatura. La novela es un retrato de cuerpo entero donde a veces el novelista— Balzac sabe algo de estas cosas — se preocupa hasta del color de las medias que gasta el personaje. De la vida interior, ni hable-



A. Ellis 1978-83

PIRANDELLO

(por Ellis).

mos. Las páginas de una novela guardan para el autor el imperativo categórico de un fichero emocional que, llámese éste Proust, Apollinaire o Joyce, lo constriñe a dar al lector una versión emotiva completa del o de los personajes.

Como realización de detalles, la novela exige del artista una observación sostenida y una labor de abstracción no tan desintegrada, en cuanto a lo esencial, como la que debe efectuar el cuentista. El cuento no puede existir sin los trazos de relieve. El cuento es el almacén de los rasgos fundamentales. No se puede ser cuentista de otra manera. Proust, como cuentista, hubiese sido realmente detestable. Klipling se salva en *Kim* por la sencilla razón de que, desdoblado, deja allí de ser cuentista (1).

La labor de desintegración que en este sentido realiza Pirandello, es sencillamente admirable. Más que un desdoblamiento, que siempre, al fin y a la postre, evoca la idea de la unidad, parece que hubiera dentro del cerebro de Pirandello dos Pirandellos distintos que, zafándose de la "organización cerebral determinada por la costumbre", escribieran, también, con dos cerebros diferentes. Únicamente de esta manera pueden explicarse obras tan personales y tan acabadas — psicología, *métier*, etc. — como *Il fu Mattia Pascal* o *L'esclusa*.

El cuentista, vigoroso y aguafuertista, de *Doña Mimma*, etc., no aparece allí por ninguna parte. El novelista no rastrea, tampoco, en los carbones gruesos del apunte apurado. No hay, en las trescientas páginas de *Il fu Mattia Pascal* una sola cosa improvisada. Otra inteligencia, quizás. Otra *personalidad fisiológica*, tal vez del Pirandello cuentista y autor teatral, pero una personalidad desenvuelta, total y terminada en aquel principio del "*fîn en si*", que para Kant era la premisa fundamental en todo género artístico.

IV. — El humorista

Destacando la ironía como manifestación aparte del humorismo puro, podemos señalar en éste dos grandes fragmentaciones: el humorismo fisiológico u orgánico y el humorismo cere-

(1) Fenómeno que no se advierte por cierto en *Los capitanes valientes*, libro más episódico.

bral. El humorismo fisiológico u orgánico, no es nada más que la resultante de un exceso de hemoglobina proyectada sobre la riqueza sanguínea del individuo. Dentro de este grupo, a la par que caben escritores tan divulgados como Mark Twain o Pittigrilli, pueden también reclamar su puesto todos los obesos chistosos profesionales que, según Azorín (1), colmarían el ideal de Montaigne.

La segunda delimitación es un poco más difícil de penetrar. Pasando por Bennet, haría falta algo más para llegar a ella que esos espíritus todavía tan plebeyos de Harrison (2) o de Jerome (3). En el punto de transición, si algún eslavófilo irreductible no se opone, podríamos colocar la gracia plenamente humanizada de Averchenko.

Pero aquí la cuestión primigenia era Pirandello. ¿Dónde, dentro de la clasificación propuesta, puede domiciliarse el celebrado autor de *La signora Morli, una e due?*

Pirandello, como Averchenko, es un término de transición. No tan integralmente frío como para aclimatarse en esa delimitación que en las líneas anteriores hemos denominado "humorismo cerebral", no puede tampoco, por la aristocracia de su buen gusto, encuadrarse dentro de la segunda.

El humorismo de Pirandello es un humorismo sano, pleno de vigorosa humanidad. Cuando Pirandello escribe cosas humorísticas, se "humaniza" sin saberlo. En *L'uomo, la bestia e la virtù*, no hay, por ejemplo, un sólo trazo de aquel dialéctico formidable de *Il piacere dell'onestá* o de *Cosí é (se vi pare)*. Lo mismo sucede en *El turno*, *La tinaja* o *In corpore vilí*. Es el quinto Pirandello. Un Pirandello que dentro de su arte, ignora cabalmente la existencia de todos los demás. Un Pirandello desdoblado y completo que realiza a las mil maravillas, su auto-concepto del humorismo moderno (4).

(1) *Los pueblos*.

(2) *Queed, el doctorcillo*.

(3) *Divagaciones de un haragán*.

(4) "El humorismo antiguo — dijo Pirandello en el Odeón — exigía para su risa "materializaciones corporales"; personajes grotescos; el humorismo moderno exige, por el contrario, sutilidad".

El dolor no preocupa a este quinto Pirandello que — fiel a su principio — se limita “únicamente a vivir” (1). Panzini (2) no podría ni asomarse a la risa pirandelliana. Cercano en la realización, Herczeg tiene en su contra toda la frialdad de su sonrisa desdeñosamente aristocrática. Por eso, entre los húngaros (3), sólo quedaría el nombre de Heltai. Pero Heltai no es tampoco el punto de similitud de ese temperamento amablemente burlón que se adivina tras las ridiculizantes escenas de *L'uomo, la bestia e la virtù*. En ese fracasado empeño de comparaciones, el celebrado autor de *Manuel VII y su época*, podría, a lo sumo, convencernos de dos personalidades distintas.

Para nosotros, el caso es también esta vez bastante sencillo. Pirandello humorista, es tan personal como Pirandello dramaturgo, novelista, comediógrafo o cuentista. Y ello — según la modesta opinión del autor — es el mayor elogio que puede suscribirse de esta su quinta y por cierto menos compleja personalidad.

AUGUSTO CÉSAR VATTEONE.

Buenos Aires, 10 de julio de 1927.

(1) “El hombre razona únicamente cuando sufre; cuando goza sólo se limita a vivir.”

(2) *El mundo es redondo*.

(3) Para no agotar este inofensivo exceso de erudición, hemos excluido de intento los nombres de Gabor, Mikszáth, Szomaházy, etc., etc.

RETRATO ECUATORIAL DE MARIA INES

MARÍA Inés, María Inés,
eres porteña y trigueña,
pero hablas con la desvaída languidez de las mujeres de los
María Inés, [trópicos.
tienes unos blancos dientes de arroz
y eres tan perezosa
tan despaciosa y ondulante
tan lenta en todo,
que un sí de tu boca
es mucho más largo que cualquier otro sí.

Sobre tus palabras
(¡esas eses caídas imitadoras del murmurar de las olas!)
como en la cubierta de un transatlántico,
he viajado hasta más arriba del paralelo 8
adivinando las siestas de las Islas Bermudas
y las noches asombradas de San José de Costa Rica.
¡Cuántas veces
he gustado en tu tono tropical
un refresco de ananás
o una confitura de guayabate
que eran azúcar sobre tus besos de ojos cerrados!

María Inés,
porteña nata
clara flor familiar a las luces de Florida
tienes el alma ciudadanizada
en Tegucigalpa o en Managua.

*¡Si hasta tu boca siempre madura sabe a aguacate
y hay en tus risas lentas
algo de canto de quetzal!*

*¿Qué traje de pálidas sedas hizo sobre tu cuerpo una larga caricía
aquella noche en que tu figura
dibujó sobre el Lago de las Victorias Regias
una dúplice sombra?*

*¿Cuál fué el poeta
que se mató de amor por tí
en un romántico fervor de diez y nueve años
y entre dos sonetos con ojeras
disparándose tres metáforas en la sién?*

*María Inés,
animadora de un film en el que los paisajes se tambaleaban de-
ya no proyectas tus imágenes [bajo del sol
en mis lienzos de media noche.
Ahora eres apenas un recuerdo
que ata los dos extremos de tu ausencia.
Un recuerdo como una llama fija
que arderá bajo un cielo mejor
cuando llegue hasta ese balcón olvidado donde me esperas
y desde donde miras la última estrella.
¡Tu estrella frutal y tropical
temblando sobre el Mar de las Antillas!*

LISARDO ZIA.

CUATRO EXPOSICIONES DE PINTURA

EN los salones de los Amigos del Arte, se han inaugurado simultáneamente dos exposiciones de pintura, de los señores Arturo Gramajo Gutiérrez e Italo Botti. Sería materialmente imposible imaginarse nada más opuesto que el arte de estos dos pintores. Gramajo Gutiérrez es el pintor de los colores vivos, brillantes, de los rojos y verdes plenos, en cuya técnica parece alentar el fervor de los primitivos. En general, nos chocan un poco esas telas medidas en un marco de madera porque indudablemente este artista es un hondo realista, y nos imaginamos sus figuras transportadas a la tela de grandes dimensiones, o a las vidrieras de una catedral. Hay en este artista la garra de un gran decorador, y le resulta estrecho el límite de un marco para describir con amplitud el vuelo de su fantasía.

Italo Botti, en cambio, es el pintor de las tonalidades suaves, de las malencolías otoñales. Botti como Pissarro, el gran impresionista, es el pintor de los grises. El recuerdo del maestro francés nos viene a la memoria frente a esas escenas portuarias de Botti, tan finas de color, con esa atmósfera transparente y sutil que les da a sus cuadros un aire de inconfundible encanto.

El paisaje de Botti, sabiamente hecho, nos interesa menos que esos aspectos de nuestro Riachuelo de los que este temperamento, tan fino y comprensivo, sabe darnos una visión única en nuestra pintura. Después de Malharro, es este pintor quien más se acerca al procedimiento de los impresionistas y el que más recuerda por la elección del color a aquel poeta de los grises que fué Pissarro.

*

* *

En el salón Witcomb, ha expuesto la señora María Obligado de Soto y Calvo, una nutrida colección de sus "apuntes de viaje". Son cuadros de proporciones pequeñas, apuntes, en realidad, en que la pintora ha querido retener fijando en la tela, la impresión

que ha ido recibiendo en su viaje. En verdad, estas telas no son otra cosa que el cuaderno de un turista. En algunos casos el paisaje está evocado con fuerza, con un colorido a veces dispuesto arbitrariamente, pero en general de tonalidades agradables. No siempre la tela representa un paisaje o una figura; a veces, es sólo una mancha de color. Sin embargo es grato comprobar cómo el amor a la belleza puede llevar a realizar el esfuerzo manual que representa esa exposición, en una señora que sólo pinta por devoción a su oficio, a la edad en que otros buscarían el reposo o el halago de la vida mundana.

Creemos que la señora de Soto y Calvo es víctima de su asombrosa facilidad. En toda manifestación de la inteligencia, la cantidad malogra la calidad de la obra. Sin embargo hay algunos aspectos del puerto de Génova, vistos con mucha penetración, muy bien logrados.

*
* *

En el salón Müller, se ha inaugurado una exposición de la obra pictórica del señor Mario Bacchelli.

Es esta la tercera exposición que realiza en nuestro país este joven pintor italiano. Hay una notable diferencia, comparando la obra recientemente expuesta, con la que exhibió por primera vez en el salón Van Riel. Entonces el artista buscaba los colores tenues; la realización de las figuras de niños, revelaba la presencia de un gran pintor. El señor Bacchelli ha abandonado ese colorido que manejaba con acierto, para ofrecernos algunos paisajes de colorido agrío, unos verdes intensos que no siempre dan el resultado que de ellos se espera.

En conjunto esta exposición nos parece inferior a la obra que conocíamos de este pintor. En sus telas se nota afectación, una vaga inquietud mundana y cierta condescendencia con la moda, que contrastan con el abandono y sencillez que acusaban sus primeras telas expuestas en el país.

Dominar un color no es tarea muy fácil. Eso lo saben todos los pintores. Por eso es de lamentar esa incursión del artista, que en esta exploración ha descuidado el color que daba a sus obras un carácter tan sugestivo y tan lleno de encanto.

ANTONIO AITA.

CRONICA MUSICAL

TEATRO COLON

LA empresa del teatro Colón sigue portándose bien. Ha brindado al público argentino tres estrenos interesantes: *El Ruiseñor* de Igor Strawinski, *La Gárgara*, de Alfredo Casella y *El Zar Saltan* de Nicolás Rimsky-Korsakoff. El 28 de junio fueron estrenadas conjuntamente las dos primeras.

El público del gran abono parece que se va habituando poco a poco a escuchar con cierto interés, las obras más representativas de las tendencias ultra-modernistas, aquellas que traducen la nueva sensibilidad, que, dicho sea de paso, nadie sabe en qué consiste. En esta época de afanosa búsqueda de novedades donde se confunde la fiebre malsana con el saludable entusiasmo, la lujuria desenfrenada con el amor viril, el capricho inconsistente con la sabia firmeza, resultó extraño que una obra ultra-moderna como *El Ruiseñor*, no alcanzase un éxito rotundo, pero solamente un si es no es éxito de minoría — ¿convencida? — y de gente bien educada que aplaudió para ahogar algunos silbidos, con seguridad vertidos más sinceramente que los aplausos. Y con esto no queremos decir que *El Ruiseñor* sea una obra despreciable, no, de ninguna manera. Es una obra de un compositor de gran talento, de un talento tan grande que algunos lo confunden con el genio, que cuenta en su haber musical una obra tan magnífica como *Petruska* y otra tan obsesionante como *Bodas*. Pero lo que en *Petruska* y *Bodas* da la impresión de la sinceridad en sus estupendos hallazgos rítmicos, en sus flexibles armonías disonantes, en ciertas frases — sobre todo en *Bodas* — extrañas, hondas, de una penetrante

monotonía, en *El Ruiseñor* da la impresión del refinado, del quintaesenciado rebuscamiento de algo, que, a pesar de sus esfuerzos, se escapa, como un pájaro esquivo, de manos del compositor que en vez de un ruiseñor auténtico nos ofrece un ruiseñor automático, sin alma, vale decir, sin verdadera inspiración. Cabe preguntarse: ¿pertenece este *Ruiseñor* realmente al reino de la música o acaso a un nuevo arte del sonido que aun no tiene su denominación? Un buen amigo nuestro, literato de campanillas entre los de la nueva sensibilidad, nos decía seriamente: no deben juzgar al *Ruiseñor* como obra musical: pertenece a otro arte del sonido que aun no sabemos cómo se llama. Si lo juzgan con este criterio, no pueden menos que aplaudirlo de todas veras.

Quizás nuestro amigo tenga razón, pero nosotros no podemos menos que juzgarlo como si de música se tratara: y como música —salvo el fino preludeo, el canto del pescador y algunos gorgoritos del ruiseñor, humanizado en la orquesta por la soprano Toti Dal Monte — nos parece sencillamente y aunque nos tilden de pasatis-tas, de una abrumadora monotonía.

La ejecución del *Ruiseñor* ha sido excelente. Alejandro Sanin, prestigioso director escénico, dotado de una rica imaginación y de sólida cultura, se encargó con óptimos resultados de la interpretación y movimiento escénico de dicha obra. El maestro Calusio, dirigió hábilmente la difícil, complicada y desconcertante partitura. Los intérpretes estuvieron bien, distinguiéndose vocalmente Toti Dal Monte en el nada fácil y poco airoso papel de ruiseñor.

Pasar del *Ruiseñor* a *La Giara* es como salir de una visión brumosa para entrar en una visión de alegría y de salud... Temas populares sicilianos de una fresca y jugosa belleza, forman por decirlo así el cuerpo de esta acción mimo-sinfónica inspirada en un cuento del célebre dramaturgo Luigi Pirandello: el alma del autor está dentro de ella en la ágil y novedosa instrumentación, en el centelleo continuo de graciosas melodías, que, aunque ocultas como violetas entre complicadas y ricas armonizaciones y curiosos ritmos, dejan percibir su perfume. El maestro Gino Marinuzzi supo imprimirle a esta pequeña obra maestra la alegría desbordante de que está saturada, alegría que se convierte en una son-

risa de placidez en la dulce canción que se oye cantar en la lejanía...

Es muy probable que hoy por hoy, el teatro lírico eslavo sea el primero del mundo y lo sea por la evidente originalidad y riqueza de sus ritmos, por la hondura y generosidad de sus ideas, reformadas y ampliadas sobre las de su cancionero tan sugestivo y convincente, por el colorido de su instrumentación que rima a las mil maravillas con los trajes y decoraciones ebrios de color y, sobre todo, por la fuerza dinámica y la vibrante humanidad de las escenas populares, vale decir, el coro que posee la sugestión y el hondo sentimiento que convienen a la multitud cuando algún hecho trágico, épico o festivo la sacude. Estas consideraciones convienen en gran parte a *El Zar Saltan* de Rimsky-Korsakoff, bellísima ópera que revela que quien la concibió es un compositor de primer orden y un colorista singular. La leyenda que inspiró a Rimsky-Korsakoff es de Alejandro Puchkin, célebre poeta ruso que supo mezclar en ella con exquisito buen gusto la realidad con la fantasía, en forma tal que un buen discípulo del arte de Euterpe como Rimsky-Korsakoff, pudo desplegar toda la gama de su inspiración. La partitura de *El Zar Saltan* es como un suntuoso manto sonoro el cual estuviera magníficamente bordado con todos los colores del iris.

Su paleta orquestal, débil a veces y hasta poco original en el dibujo, en cuanto al colorido no ignora secretos y rima perfectamente con los fastuosos y policromos decorados y trajes de Nicolás Benoist. El oído y la vista gozan por igual en esta hermosa producción que participa algo del carácter de una grandiosa revista de vastas proporciones.

Entre las partes que gustamos más se cuentan: el prólogo, cuadro de vida rústica, magistralmente realizado; el grandioso final del primer acto, — página elocuente y conmovedora — en el trágico momento en que la zarina y su hijo encerrados en un barril son echados al mar ante la multitud profundamente emocionada; y el espléndido prelude del segundo cuadro del último acto... Las partes donde hace su aparición un cisne — esta vez encarnado por una mujer — recuerdan demasiado en ciertos momentos, a otro

cisne inolvidable que creó el genio de Ricardo Wagner en su preciosa ópera *Lohengrin*, y por descontado no nos convencen... En cambio cada vez que los coros entran en acción no podemos menos que aprobar calurosamente. El maestro Héctor Panizza fué insuperable en la concertación de la obra y obtuvo una larga ovación después del interludio del último acto. Ezio Pinza destacó con singular relieve su papel de protagonista; Eva Turner fué una excelente zarina; Isabel Marengo fué un cisne encantador. Los demás intérpretes menos el tenor Melandri, francamente mediocre, dignos de mención.

En las veladas dedicadas a Donizetti en *Elixir d'amore* y a Rossini en el *Barbero de Sevilla*, actuó en forma admirable como cantante y como actor, el tenor Tito Schipa, que desde hace varios años estaba ausente del cuadro de intérpretes del Colón. Este delicado artista posee un suave y hermoso caudal de voz que maneja en forma asombrosa.

Su escuela de canto no puede ser más perfecta: hay una tal claridad en su dicción, una tal espontaneidad, frescura y limpidez en la emisión de las notas, un arte tan consumado en los matices de expresión, de sonoridad, de flexibilidad vocal, que oírlo cantar es llenarse de un puro deleite el oído y el corazón.

LOS CONCIERTOS

SOCIEDAD CULTURAL DE CONCIERTOS

El notable conjunto de músicos de la Sociedad Cultural de Conciertos tienen en el maestro Ansermet, un gran animador. Posiblemente haya en la actualidad pocos que puedan superar a Ansermet dirigiendo obras de autores modernos. Debussy, Ravel, Strawinsky, Honegger, Milhaud, hallan en dicho maestro su intérprete ideal. Amante del matiz, del claroscuro, de las sonoridades sutilmente graduadas, de una fina variedad de los ritmos, de los detalles más pequeños en apariencia pero que contribuyen eficazmente a la belleza del conjunto, toda obra moderna, aún la más caprichosa y extravagante, bajo su batuta se muestra en toda su desnudez.

El 25 de julio después de una inteligente versión del *Concerto grosso n.º 1* de Haendel y del *Septimino* de Beethoven (Ansermet dirigiendo a los clásicos, sin sobresalir como cuando dirige a los modernos que parecen amoldarse mejor a su temperamento inquieto y refinado, es también digno de loa: severo, sobrio, enemigo de todo efectismo, cuando no entusiasmo, por lo menos agrada) nos dió a conocer *Les Pâques a New-York* de Honegger para canto y orquesta de cuerda; *Le Printemps* de Darius Milhaud; *Chansons madecasses* para canto, flauta, violoncelo y piano de Maurice Ravel. Estas tres obras son desiguales y desconcertantes, llenas de frases raras, demasiado rebuscadas, y de paupérrima inspiración, que gracias a la batuta de Ansermet, fueron soportables.

En la primera y última de estas obras ultramodernas, un buen cantante no puede lucir sus dotes. Jane Bathori, espíritu selecto que comprende las obras modernas de modo excepcional, no es una cantante propiamente dicho, porque carece de voz, pero suple en lo posible esta falta con una *interpretación?* correctísima.

Finalizó el programa, la bella Suite para orquesta *Le tombeau de Couperin* de Ravel, página en que el maestro Ansermet, se superó a si mismo.

ASOCIACIÓN DEL PROFESORADO ORQUESTAL

Hemos asistido a conciertos de la Asociación del Profesorado Orquestal que cuenta con un magnífico núcleo de ejecutantes, tanto para escuchar los programas en general poco interesantes — de algunos de los cuales ya hemos hablado — como para conocer bajo sus diferentes fases, según el carácter de las obras, la batuta del maestro Hadley. Y nos hemos convencido plenamente que dicho maestro está lejos de ser un gran director. Su comprensión de los clásicos es casi nula: confunde serenidad con frialdad, ternura y emoción con languidez, gracia con carcajada, alegría y luminosidad con ruido... Por eso sus interpretaciones del *Concerto grosso en re mayor* de Haendel, de lo *Sinfonía VII* de Beethoven y otras obras clásicas anteriormente escuchadas, fueron — salvo alguno que otro tiempo de las mismas — de una mediocridad demasiado fácil de comprobar... Un poco más, muy

poco, parece comprender a los modernos. Su interpretación del *Amor brujo* de Falla — página llena de riquezas rítmicas y de color, que escuchamos por primera vez — fué discreta, lo mismo que la de la estupenda página de Respighi *Los pinos de Roma*, sentida evocación de los pinares en Villa Borghese, donde gorjean en el atardecer pájaros y niños, y la sombra de los pinos que ennoblecen y emocionan la entrada de una catacumba; y los pinos bajo la inmensa lágrima de plata del plenilunio embrujados por el canto del ruiseñor; y los pinos en la Vía Appia evocadores de antiguas glorias desvanecidas... En *Aíres montañoses* delicada página, llena de un sutil aroma de sinceridad, de nuestro malogrado compatriota Armando Chimenti, el maestro Hadley aceleró considerablemente el tiempo, falseando el carácter de la obra.

Ni en *Parsifal* de Wagner — en la *Obertura de Tanhauser*, sí — ni en *Muerte y Transfiguración*, de Strauss, ni en las *Danzas del Príncipe Igor* de Borodin, frenéticamente dirigidas, logró convencernos. Una novedad que nos ofreció de un compatriota suyo podía habérnosla ahorrado: se trata de la epopeya jocosa de Converse titulada *Diez millones de autos Ford*, página vulgar ruidosa, efectista, a nuestro juicio nada humorística, más propia de un circo que de un teatro serio.

JOSÉ ITURBI

El miércoles 29 de junio se presentó en el teatro Odeón el pianista español José Iturbi, que viene precedido de gran fama, fama que no hallamos del todo justificada. Por de pronto no nos parece un gran pianista; nos parece, eso sí, un pianista bueno, correctísimo, equilibrado, buen conocedor de los secretos técnicos — aunque a veces no nos resulte del todo diáfano, en los pasajes escabrosos — que maneja el pedal no demasiado notablemente y cuyo poder comunicativo, en muchas obras, brilla por su ausencia.

Los que ven en Iturbi un músico de excepción, poseedor de una técnica también excepcional y de una gran personalidad interpretativa, en nuestra modesta opinión, exageran. Su versión de la *Sonata* de Mozart con que empezaba el primer programa, fué

admirable: ¡con qué gracia, finura y sobre todo elegancia, una clara elegancia llena de amables sugerencias, la vertió!

Esta excelente impresión creíamos que se reproduciría en las otras interpretaciones, pero no fué así: ya amenguó algo en la *Sonata op 14 n.º 2* de Beethoven, ejecutada *correctísimamente* pero nada más.

Sus interpretaciones de la música moderna, aún la de sus compatriotas, nos parecen demasiado medidas, calculadas, pesadas, graduadas, clasificadas, correctas en una palabra. A la música rusa le quita toda pasión, todo fuego interior, toda elocuencia dramática; a la española la alegría, el colorido, los sugestivos ritmos, la honda melancolía que a veces flota en algunas de sus páginas, y nos interpreta, por ejemplo, la *Danza del amor brujo* de Falla, sin la salvaje emoción de que está saturada; y las *Seguidillas y Triana* y otras obras de Albéniz sin los luminosos contrastes; y las *Danzas* de Granados y las más modernas páginas españolas y casi todo — no se salvan ni aún los románticos tan llenos de emoción — como si se tratara de obras severamente clásicas.

Creemos con firmeza que si José Iturbi se dedicara especialmente a interpretar los clásicos puros, como Clementi, Scarlatti, Haydn y, sobre todo, Mozart, haría un gran servicio al arte pianístico; queriendo interpretarlo todo, no hace más que dar a conocer, en muchas obras, su escasa comprensión.

ALEJANDRO BRAILOWSKY

He aquí un concertista completo, tan admirable bajo el punto de vista puramente pianístico como bajo el artístico, tan digno de loa por su técnica impecable como por sus interpretaciones únicas.

Nosotros creemos que música es la emoción reflejada en el sonido y que Brailowsky es el pianista, de todos los que nos han visitado después de la guerra, que mejor sabe reflejar esa emoción: parece haber nacido con la noble misión de deleitarnos el oído y conmovernos el espíritu. Es el único concertista que nos hace la impresión de que cuando toca se olvida del público y de los críticos y solo piensa en dejar hablar su corazón con la ayuda de sus maravillosas manos puestas al servicio de almas de compositores

luminosos que han dejado, para felicidad nuestra, páginas inmortales.

La técnica de este artista, verdaderamente excepcional e incomparable, es interior y le sirve como vehículo para deslizar su emoción que se refleja sutilmente en sus inolvidables interpretaciones. Espíritu comprensivo como pocos, es capaz de ofrecernos versiones igualmente interesantes de los autores más diversos. Sabe ser severo, claro, sobrio, interpretando a Bach; le imprime a Beethoven la serenidad y nobleza que éste requiere; sonríe con Mozart; es brillante con Liszt; es flexible, elegante, sutil, con Debussy. Pero donde descuella es interpretando a los rusos y a los románticos, sobre todo al divino Chopin. Con este último llega por momentos a la sublimidad. Sus versiones de los preludios, estudios, sonatas, nocturnos, baladas, scherzos, impromptus, polonesas, mazurcas y valsos de Chopin, no pueden en general ser más fieles, comunicativas, geniales. ¡Cuánta pasión, ternura, delicadeza, gracia o melancolía — según se requiere — sabe poner en ellas! ¡Qué riqueza de matices expresivos, de claroscuros de emoción, de oro de ensueño! ¡Es tan profundamente humano, tan sugestivamente artista interpretando a Chopin que

los oyentes estamos recojidos
al peso de la carne adormecida,
casi sin respirar, mudos, inmóviles,
con un asombro vago en las pupilas.

El poeta del piano, el mago Chopin, tiene en Brailowsky a su más genial traductor.

MARK HAMBOURG

Mark Hambourg, que venía precedido de gran fama o mejor dicho de gran reclame, nos ha decepcionado por completo como también al público en general. Entre los pianistas más o menos famosos que nos han visitado, Mark Hambourg es el que menos puede justificar esa fama. Jamás hemos oído nada peor, dentro de un plano elevado. Inútil es hablar de sus versiones de Beethoven en la *Sonata en mi bemol mayor op 31 n.º 3*, de diversas obras de Chopin y de autores modernos, porque fueron sencillamente grotescas, carentes de ritmo, de equilibrio, de limpieza, de matices...

Sin duda este pianista, del que teníamos buenas referencias de personas que lo habían escuchado en Europa, está en una lamentable decadencia artística.

JORGE C. FANELLI

En la Asociación Filarmónica Argentina dió una audición de piano nuestro compatriota Jorge C. Fanelli. A través de sus versiones de *Variaciones y fuga sobre un tema de Haendel* de Brahms, de *Balada en fa menor, mazurca, Berceuse y Gran valse en mi bemol mayor* de Chopin, del *Soneto 123 del Petrarca, Danza de gnomos, Sueño de amor* y la *Campanella* de Liszt, nos hemos convencido que lo que dijimos de un joven pianista chileno — más interesante en conjunto — podríamos aplicarlo también a Fanelli: que hay en él más buena voluntad que arte, más buena intención de conmover que emoción y más estudio tenaz que técnica sólida o en una palabra, que estamos ante un concertista formado más a fuerza de una consagración severa y constante que de naturales dotes.

BRONISLAW GIMPEL

Con un concierto extraordinario en el teatro Coliseo, se despidió de Buenos Aires el joven violinista Bronislaw Gimpel del que nos hemos ocupado extensa y elogiosamente.

A través de los varios conciertos que le habíamos oído, en los cuales desarrolló interesantes programas que le permitieron dar a conocer en todo su esplendor las diferentes facetas de su personalidad artística, nos habíamos convencido plenamente de que Gimpel era un artista nato, poseedor de un arco excepcional por la calidad y la radiante pureza del sonido, y que sabía aliar admirablemente luminosas cualidades técnicas con hondas cualidades de emoción...

En el programa desarrollado la noche de su despedida del público argentino, confirmó aún más si cabe estas cualidades apuntadas, descollando en el difícil e interesante *Concierto* de Goldmark, en *La Follia* de Corelli, en el *Capricho Vienés* de Kreisler,

en la lindísima *Sonatina VI* de Paganini y en la *Zingaresca* de Sarasate, mereciendo entusiastas aplausos de la concurrencia...

Asombra pensar hasta donde puede llegar este genial muchacho, si se piensa que sólo tiene 16 años y que desea regresar a su patria para estudiar nuevas obras y perfeccionarse en el Arte en el que ya está por encima de muchos considerados y aplaudidos como grandes.

Deseamos que vuelva pronto, convertido seguramente en el primero o uno de los primeros violinistas del mundo.

ARMANDO CHIMENTI

El 12 de julio falleció, en plena juventud, Armando Chimenti, víctima de una larga y penosa enfermedad. El arte musical argentino pierde con este delicado compositor su artista más intuitivo y sincero, el que mejor estaba ornado de naturales dotes, que no tuvo la constancia de disciplinar y purificar en un severo estudio que lo hubiera conducido al triunfo, indudablemente.

Tenía un alma luminosa e inspirada, un corazón sencillo y fiel, una simpática modestia. Cuando interpretaba en el piano sus encantadoras producciones, frescas, espontáneas, llenas de un ingenuo lirismo — entre las que recordamos sus tres finos *Impromptus* dedicados a Ricardo Viñes que éste estrenó con gran éxito en París, su lindo *Chant du matin*, su jugosa página *Aires montañoses*, el precioso *Nocturno* dedicado a Alfredo A. Bianchi y su vigorosa y original *Rapsodia argentina*, — Chimenti se transfiguraba y les imprimía a todas ellas un hechizo singular, una rara emoción que les triplicaba la sencilla belleza de que están embebidas.

Entre nuestros compositores, algunos de ellos muy versados en armonía y contrapunto, hay pocos que superen a Chimenti en inspiración y ninguno lo sobrepuja en sinceridad.

Su muerte ha dejado un gran vacío en los corazones de sus amigos y admiradores que lo recordarán mientras vivan.

MAYORINO FERRARÍA.

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

Crítica y Polémica, por *Roberto F. Giusti*. Tercera serie. "Buenos Aires", Cooperativa Editorial Limitada, 1927.

ACABA de aparecer la tercera serie de los artículos de crítica y polémica, que bajo este nombre genérico va sucesivamente publicando el director de NOSOTROS, Roberto F. Giusti.

"Las recopilo — dice el autor en el prólogo, hablando de estas páginas — porque no las creo enteramente inútiles como contribución al esclarecimiento de nuestras modalidades espirituales y a la fijación de valores en nuestras letras."

Contiene este libro los siguientes artículos y estudios: *Petit-Pierre ha muerto*, escrito a raíz del fallecimiento de Anatole France, a cuya obra ya había dedicado el articulista un primer estudio en la segunda serie de *Crítica y Polémica*; *Benito Lynch*; *Notas sobre Paul Groussac*; *Victor Juan Guíllot*; *Sobre un jurisconsulto toledano del siglo XV* y *Un filólogo exasperado*, ambas de carácter crítico y polémico sobre materias de erudición; *Manuelita Rosas*, a propósito del libro de Ibaguren; *Nuestros novelistas*; *Dos novelas del campo argentino: Don Segundo Sombra y Zogoibi*; *Baldomero Sanín Cano*; *El teatro en la plaza*.

Nuestros novelistas es el título del ensayo leído en junio del año pasado en el Instituto Popular de Conferencias, y hasta ahora sólo conocido por los fragmentos que de él publicó *La Prensa* al día siguiente. Es un estudio de la evolución de la novela y el cuento argentinos desde el 80 hasta nuestros días. El trabajo sobre Sanín Cano, aparece por primera vez en este libro, para el cual ha sido escrito.

Nos.

Catamarca. (Cuadros de aldea), por *Ramón Suaiter Martínez*. Edición de NOSOTROS. Buenos Aires, 1926.

ESCRITOS en prosa sobria, con sabor entre clásico de novela picaresca y regional a la vez, se suceden estos "cuadros de aldea" en que el señor Ramón Suaiter Martínez ha dicho la palabra casi obligada para el poeta o artista puesto en emotiva convivencia con la naturaleza. En un pueblo que desde ahora deja de ser anónimo, Capayán, tendido al pie del Ambato, en Catamarca, sitúa la acción del libro y desde él, a modo de altozano estético, ha visto la pequeña vida de en torno. Un libro más sobre el interior argentino, exclamará alguien con admirativa desazón. Es un volumen más, en efecto, pero replicamos que no está mal para las letras la frecuentación de la tierra nativa, y sin llegar a decir que debe bus-

carse allí sólo la patria espiritual tampoco es justo asignarle sede excluyente en los centros cosmopolitas, así den éstos la pauta de la civilización. Cada obra regional algo agrega a la común construcción literaria; el ambiente que diríamos puramente físico de los pueblos y regiones de provincia adquiere significado espiritual y de esa paulatina formación estética surgirán las obras bienvenidas y expresivas del arte y cultura autónomos.

Por de pronto este que ofrece ahora Suaiter Martínez no será de los rezagados y hasta es posible que tenga puesto en las filas primeras. Eso lo dirá a su tiempo quien haga la clasificación crítica de la literatura de raíz autóctona, tarea cuyo cumplimiento se impone por la cantidad, y, en proporción más limitada, por la calidad de los obras de dicha tendencia aparecidas en los últimos diez o doce años.

Dijimos que *Catamarca* es una serie de cuadros de aldea, como lo advierte el subtítulo. Por el índice desfilan temas como estos: "Recogiendo algarroba", "Vendedoras geórgicas", "Los pueblistas" (un cuadro de Gramajo Gutiérrez los acaba de exhibir bajo esta denominación: "Vendedores del Valle"), "Verdades en égloga" y una decena más.

Y bien, ¿qué palabra nueva trae la presente colección? Es grato recorrerla, os lo advierto. Son cosas viejas o bastante conocidas, sí, pero están referidas en forma atrayente, amena, novedosa. El lector concluye el librito sin sopor y aún siente deseos de releer algunos títulos. No es, sin embargo, el puro placer artístico de los pueblos castellanos que se aquietan bajo la pluma de Azorín, ni es la meditación, el sentido cósmico o de trascendencia histórica que Joaquín González, Rojas, Carlos Quiroga o Dávalos han puesto — siguen poniendo algunos — en sus prosas del interior argentino; un placer espiritual de otro orden, no fundamentalmente distinto pero sí diferente es el que procuran las páginas de *Catamarca*. Cierto que no falta la emoción de la tierra, pero la visión desinteresada, el punto de vista del arte puro y en no escasa medida la reminiscencia de altos modelos, apuntan aquí por muy placentero modo. Alguna frecuentación de los clásicos castellanos acusan estas páginas, y no poco de emoción virgiliana y de remotas arcadias patentiza la tonalidad de algunos paisajes, en los que la estilización se insinúa sobre la realidad.

Nombramos al comienzo las novelas picarescas y creemos no haber hecho ociosa mención. Hay un capítulo: "Hermógenes", donde traza la figura de un auténtico "tacaño" — según la definición de Covarrubias — nacido y criado en tierras norteañas pero tan despierto inventor de recursos fulleros y casi tan hambriento como sus antecesores remotos de la novelística española.

Las figuras de *Catamarca* no muestran ornatos retóricos fuera de los indispensables y puede decirse que antes de definir las o trazar prolijos retratos el autor las exhibe, dejando a cada personaje la tarea de mostrarse como es. Procedimiento inobjetable, éste, y sin duda más acorde con nuestro presuroso afán de sentir y comprender. Resulta de ello que el panorama viviente prima sobre la contemplación, lo actuado sobre lo descrito. El hecho pasa entonces al primer plano, y ya se sabe que no hay pincelada de artista que le supere en eficacia persuasiva. Convencer por hechos y no por razones: he ahí una recomendable receta para los novelistas discursivos. O como Ortega y Gasset afirma: "Nada de referirnos lo que un personaje es: hace falta que lo veamos con nuestros propios ojos".

Suaiter Martínez presenta a sus tipos en acción — escena, denomina a cada capítulo —: ya los vemos en el campo recogiendo algarroba o miel silvestre, ya en la feria de la estación, ya en el baile familiar o en

los viñedos aldeanos entregados a la milenaria vendimia. Cuando conversan el diálogo es breve, enjuto de expansiones, expresivo; a veces estalla en cohete de burla como en las dos descomunales mentiras de los "pueblistas", o en el embuste famoso de Hermógenes a don Belisario, caudillo político del lugar, pero luego retorna la mesura del hablar parco aunque saturado de intención burlesca de los campesinos.

Merece señalarse, además, como característica de esta serie de cuadros, la vinculación que entre los varios capítulos impone la permanencia de algunos tipos que en hilo novelesco recorren de uno a otro extremos del libro. Audifacio y las dos enamoradas: Tránsito y Rosaura, definen su situación, sobriamente dramática, en las páginas finales, habiendo sido presentadas al lector en el primer capítulo. Claro que esto no basta para lograr una novela — que si tal fuera algunos otros serios reparos formularíamos aquí —; pero, como muestra de lo posiblemente hacedero por el autor en el género, el hecho merece ser considerado.

En cuanto a la forma ya hemos expuesto, en término general, nuestro acuerdo; sin embargo, se notan ciertas imperfecciones de que debió cuidarse el autor. Tales, algunos giros y palabras usados con innecesaria frecuencia, y algunas citas — pocas, por fortuna — que sin mengua para el período pertinente pudo, con más oportunidad, haber dejado en el tintero.

JUAN B. GONZÁLEZ.

La enseñanza de la vieja química. (*Recuerdos de la vida universitaria*), por Belisario J. Montero. Imprenta y casa editora "Coni". Buenos Aires, 1926.

POR culpa de cosas que nada tenían que ver con nuestra buena voluntad, estábamos en deuda con el señor Montero al no haber acusado antes recibo de su libro y de la atención con que el envío fué acompañado. Para nosotros tuvo una gran importancia que en momentos de comenzar, con todas las esperanzas y temores inherentes a los pocos años y a la altura, tanto más respetable cuanto menos conocida nos era, de la tribuna en la que nos mostrábamos por primera vez, la llegada de un voto de aplauso proveniente de una mano ennoblecida en el trato continuo de los grandes maestros de todos los tiempos. El voto pesó lo suficiente como para decidirnos en la tarea empezada y tuvo el valor de hacer menos incisivas las puntas de las primeras espinas de la corona que la vida se encarga de poner sobre la frente de los que hacen algo por el único hecho de hacerlo. Queremos dejar constancia de nuestra gratitud.

El señor Belisario J. Montero posee un espíritu bello y profundo. Gran viajero, gran estudioso, puede deleitar, a los que como nosotros sienten nostalgia de ciudades y tierras que no han visto y de vidas que nunca podrán vivir, con el relato de extraordinarias peregrinaciones por los caminos del mundo y de la sabiduría. Y puede hacerlo enseñando, lentamente, con gracia y con precisión. En la charla amenísima saldrán nombres de ciudades que huelen a pasado maravilloso y a vida nueva y fuerte, nombres de seres que dijeron unas palabras y que ya jamás morirán por haberlas dicho. De todo eso puede hablarnos nuestro amigo con gracia y con conocimiento, porque su espíritu es el de uno de esos humanistas europeos de los siglos XV y XVI de los que él sabe las vidas y milagros.

Y si, como en este caso, deja sus viajes y se queda en su tierra y en sí mismo, con gracia y prudencia puede hablarnos de las cosas pintorescas de su recuerdo. Y estas cosas serán dignas de él, porque en todas las obras está presente su creador.

He aquí que ahora nos ha relatado casos y cosas de la vida universitaria de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo pasado. Con motivo de explicarnos el método de enseñanza de una materia, nos ha abierto las puertas de la vieja universidad y nos ha hecho andar por los patios húmedos y oscuros. Y nos ha señalado con el dedo algunas de las figuras sobresalientes de nuestro pasado más próximo, alumnos y profesores de la casa. Y hemos asistido al espectáculo — porque es también un espectáculo — de la formación de las ideas, de sus revueltas, de sus encuentros. Y lo más interesante en nuestra opinión, lo que pone de manifiesto que el narrador es un escritor, es la historia de este átomo que se coloca delante del lector como una cosa sensible, palpable, con voluntad propia, con conciencia, con inteligencia, con convencimiento de su importancia y hasta con un no se sabe qué de burlesco ante las requisiciones de la ciencia que quiere ir demasiado aprisa. En estas palabras, copiadas de los apuntes tomados durante la clase de un sabio maestro, el señor Montero viene a simbolizar la tragedia de la inteligencia ante el misterio universal: “nos ocuparemos de los cuerpos que hoy consideramos como simples. Es muy posible que para los hombres del futuro no lo sean”. Y ésto, en la marcha del relato, es lo que hace sonreír al átomo de la ciencia humana.

Estado social, estado ideológico, proceso de formación de las ideas nuevas, actos aislados que demuestran el temple de las conciencias o simplemente el estado económico de la universidad, todo éso se encuentra diseminado por las páginas del volumen.

¿Que no es literatura? ¿Que no es obra de creación? Conformes. Resultaría imposible encasillar esta obra en un género literario cualquiera. Memorias, recuerdos, etc., cualquiera vaga definición de ésas está bien. Porque bien mirada, la historia y la química no tienen tal fuerza como para dar nombre al género híbrido en que el libro está concebido. Fuera de género, pues, ha de considerárselo.

Como una charla amena, limpia, sabia y espiritual.

M. LÓPEZ PALMERO.

Iguazú, por *Francisco Soto y Calvo*. J. Samet, librero editor. Buenos Aires, 1926.

Si algo, un hombre omnipotente, un poder superior a todos los poderes humanos nos pusiera en el trance de elegir nuestra vida, pediríamos una que se asemejase a la del autor de este libro. Porque la del autor de este libro es una vida poco menos que maravillosa.

Libre casi todo su tiempo de la obligación oprobiosa de conquistar el mendrugo diario, don Francisco Soto y Calvo ha podido vivir dedicado enteramente a las nobles cosas del espíritu. Ha sido y continúa siendo bellamente edificante esa larga y no interrumpida comunicación con los grandes maestros de la humanidad a quienes, como habrá contados en nuestro país, conoce. Es la suya un alma de elección, alma de gran señor, generosa, fresca y entusiasmada, después de haber pasado los sesenta años, con el mundo y con el milagro, que a pesar de su buena fortuna no fué en todos los momentos fácil de sobrellevar para él, con la vida y con los hombres a quienes tan bien conoce, ayuda, perdona, y de los cuales se sabe burlar con gracia. Todo lo ha tenido en su vida don Francisco Soto y Calvo: tiempo, soledad, presente seguro, entusiasmo siempre renovado, facilidad para andar por caminos desconocidos, ojos de niño para amar el mundo, alegría para trabajar sin fatiga, ju-

ventud para poder esperar, talento para poder aprender y para poder enseñar. ¿Qué más se puede apetecer?

Ha escrito libros bellos, hoy injustamente desconocidos. *Cuentos de mi padre*, *Croquis de Italia*, trabajos de juventud, suscitaron un voto unánime de aprobación que se prolonga todavía como un eco. Ha traducido versos de todos los grandes poetas de la humanidad. Ha escrito los suyos, porque como poeta tiene elevación de pensamiento, facilidad de inspiración, intimidad lírica, fuerza y dulzura. Este libro, *Iguazú*, rápidamente escrito, es una obra ligera que no obstante adolecer de falta de revisión y selección, encierra toques de verdadero poeta. Como prueba de esto, no podemos dejar de citar la pieza que va al pie, documento que a nuestro juicio atestigua la juventud de esta alma de viejo, temblante en el aire oscuro de nuestra hora como una flor luminosa.

VAMOS, CABRITA MÍA DE SESENTA AÑOS...

Vamos, cabrita mía, por donde el agua corre...
Tenemos muchos años, pero más corazón...
Porque el ramaje espeso nuestro vial no borre
Dejó un beso cual rama rota en cada rincón...

Por nosotros, inquietos ya estarán en la casa...
Y acaso es lo más dulce ésto de la excursión!
El agüita sincera nos copia cuando pasa.
Y el relente en su gasa cubre la refracción.

A mil leguas, mil siglos, estamos de lo humano!
Nuestros sesenta años cabrillean de amor...
Primavera en todo nuestro contento sano,
Y vamos de la mano, que es cual abrirse en flor!

Vamos, cabrita mía, que ya la noche llega:
Y el roquedal diez cuadras dilata su ascensión...
Carga tú con tus labios y tu pupila griega,
Que el peso me doblega ya a mi de tu pasión!

Soto y Calvo, insistimos, es un alma grande y delicada, llena de sabiduría y de poesía. El consigue exaltar eso poco de noble que hay en el rodar de la vida y ennoblecer lo mucho que hay de vulgar o de feo en ella por la poesía. Ya es gran virtud. Y más grande todavía es, bien si él no tiene conciencia de ella, mejor si ello es producto de reflexión o de filosofía, poner a sus años tal cantidad de amor, fresco y nuevo, sobre las pequeñas cosas del mundo. Que eso es *Iguazú*: un poco de su alma joven y enamorada sobre la insignificancia de las cosas pequeñas.

M. LÓPEZ PALMERO.

Días como flechas, por *Leopoldo Marechal*. Colección Índice. Gleizer, editor. Buenos Aires, 1926.

PARA el que con ojos de estudioso haya seguido la historia literaria y asistido a la tempestad fugaz y más o menos estéril que en ella ha significado la aparición y muerte repentinas de tantas modas y tendencias, el surgimiento de una moda más no ha de provocarle sino una sonrisa descreída. Porque las modas, en poesía como en cualquier otro género literario, nunca han ido a lo fundamental, a lo esencial de la poesía. Sin dirigirse al lirismo, tanto más silencioso cuanto de mejor ley es, han dado en considerar como primordial aquello que no es sino secundario o todavía menos que secundario: el método de construcción, la forma expresiva, el tema de inspiración. Manifestaciones que fueron más que modas, movimientos que respondieron a estados colectivos de sensibili-

dad, que estuvieron nutridos de un gran aliento humano, pasaron dejando esa vibración de vida real que latía en ellos, vibración que por otra parte estaba por encima de todos los cánones y que se hubiera producido con principios contrarios. Tal fué el romanticismo, movimiento en el que por predominar el lirismo tanto significa en la historia literaria.

¿De los demás qué se puede decir? Muerto el romanticismo como escuela, el naturalismo que le suplanta se pierde en la grosería y en la insignificancia. Aunque el naturalismo ha afectado tan poco a la poesía se hace necesario citar el caso, ya que su muerte viene a representar el derrumbe de una causa que apasionó en su hora al mundo entero.

Pasa Hugo, se va el Parnaso y el decadentismo y el simbolismo que han deshecho lo anterior caen por su propio peso. Y de toda esta guerra queda un eco apagado de palabras apasionadas y unos cuantos versos bellos, los escritos porque sí, sin preocupaciones de escuela, fuera de la moda, fuera del tiempo, en la gran inconsciencia, madre de las cosas eternas.

Un hombre inquieto, un poeta de hoy que en la desorientación del momento quisiera dar con el *camino suyo*, con la *poesía de hoy*, ¿qué debería hacer? ¿Hacia dónde debería encaminarse? Y yo, que en homenaje a Marechal, poeta y crítico de más o menos mi edad, decido abandonar mi habitual y humilde *nosotros* para hablar en primera persona, recordaría lo que a Apolonio de Rodas, un poeta de la edad de Marechal y mía, le aconteció con su maestro Calímaco, dictador literario de la ciudad de los Ptolomeos.

Pretendía Calímaco que la poesía debía reducirse a cantar el momento presente, a ser epigramática, a responder a las circunstancias. Nada de trascendental, nada de hondo. Gracia, ligereza, brevedad, brevedad sobre todo. El gran poeta no sería Homero sino Anacreonte. Y un muchacho que debía tener la edad de Marechal y mía se levantó y dijo que Anacreonte era un delicioso poeta, pero que el gran poeta era Homero. Y en eso estamos. Fué perseguido, anduvo errante por todo el archipiélago y solamente Rodas se atrevió a desafiar la cólera de Calímaco dando asilo al revolucionario. Apolonio terminó allí *Los Argonautas*, un poema de algunos millares de versos que Sainte-Beuve y Girard han encontrado admirable y del que yo conozco algunos fragmentos de la traducción francesa de De la Ville de Mirmont, sencillamente magníficos. Y Calímaco es más célebre por la famosa querrela que por su poesía.

Yo vengo a sacar de eso que el fracaso de tantas escuelas y principios encierra una provechosa lección. Y no creo ver el cielo oscuro, habiendo llegado a la conclusión de que lo mejor es decir lo que yo tengo que decir, si tuviera algo, con mis palabras, con mi particular manera de ver, sincera, valiente y claramente, que es como yo veo las cosas. Y poniendo mi alma en mis palabras.

Y entro en materia. La materia, más que un libro, es un caso literario. Y el caso es éste:

Leopoldo Marechal debe estar renegando actualmente de un libro publicado por él hace algunos años. *Los aguiluchos* es un libro de poemas donde alientan la grandilocuencia, la amplitud, la presunción, el socialismo sentimental, — (¿digo bien? Socialismo... cristianismo... ¿cuál es la posición ideológica de Hugo? Al paso de los años, ¿a qué ha quedado reducida su doctrina social? ¿A nada? Pues he ahí la importancia de las ideas, o mejor, de los sentimientos sociales de *Los aguiluchos*). — La delicadeza, la emoción románticas: todos los muchos defectos y los pocos pero excelentes méritos del romanticismo de Víctor Hugo.

¿Era eso un camino? Si no lo era lo parecía mucho. Y no de los peores. Todo poeta necesita andadores y los que Marechal empezó usando

son de aquellos que dejan andar, que se pueden abandonar pronto, que no son una traba.

Por lo menos que no traban tanto los pasos como los que ahora lleva. Porque aquí el niño, que quiere ser hombre, desaparece entre ellos. Y es lástima, pues Marechal tiene la inteligencia necesaria como para andar solo y hasta para pisar con armonía, fuerza y seguridad.

Del romanticismo victorhuguesco de *Los aguiluchos* ha dado un salto en el vacío y ha caído en este otro romanticismo al revés, con mayores defectos que el otro y sin ninguno de sus méritos, que constituye el fundamento de esta poesía que pomposamente se quiere llamar *nueva*. Y principiando por aquello de que la *novedad* se opone a lo viejo porque lo viejo carece de sensibilidad — y eso es cierto aunque no del todo — se ha caído en la insensibilidad absoluta, dando, en el método de fabricación, en el *made in* inconfundible en que tanto él como los del grupo construyen su *belleza*. Belleza es la de este libro que no sabe de las reconditeces del alma, sino de los recovecos del cerebro lanzado voluntariamente hacia un camino trazado en frío, con especulación y puja de vanidades.

Con ello se pretende hacer arte. ¿Cómo puede ser posible llegar al arte si falta la medida, la proporción, su cualidad imprescindible? Abro al azar y transcribo:

Tu calle dibujaba otra calle en el cielo,
toda empedrada de sóles nocturnos
donde no tropezó jamás el sueño de las costureras.

En su ronda los niños
encarcelaron toda la tristeza del mundo.

Los árabes fumaban un tabaco de hastío
en sus narguiles redondos como la fruta que hace dormir.
Había ojos donde se operaba
una lenta descomposición de paisajes muertos...

El viento hacía tambalear
la canción ebria de los marinos.

Si esto que se quiere llamar poesía fuera juego de ingenio sin importancia, si con ello se pretendiera destruir todo el pasado poético del mundo para crear la poesía del futuro, yo no me hubiera tomado el trabajo de escribir esta nota. Pero no; tiene tales presunciones y eso ya tiene que hacer sonreír a las personas sensatas. ¿Porque cómo definir y situar en el campo de la belleza literaria toda la incoherencia y disparate que hay en esos renglones que ni como prosa tienen sentido? El arte, repito, es orden, proporción y cordura, y lo transcripto puede leerse de arriba a abajo, de cualquiera manera, sin que su significado altere. No se hacen esas cosas en broma, no, sino muy en serio. ¿Cómo podrá nunca levantar vuelo esa poesía que pesa tanto, hecha de tan mal barro, de tan bastarda preocupación?

Porque yendo a la definición global se encuentra uno con que el estado de sensibilidad es fabricado, las ideas literarias preconcebidas, los temas de inspiración elegidos e impuestos con anterioridad en un campo visual decorado exprofesamente para el intento, con influencias visibles e injustificadas y todo en una forma de arte falsa que ama lo descoyuntado y lo detonante. No hay más que colorínche y ruido estéril. Vehemencia expresiva sí y exotismo, aunque un exotismo alucinado, chillón, inlocalizable.

Y a pesar de todo Marechal tiene temperamento poético, el suficiente como para que pueda notarse en este océano de desorbitación y de fealdad. Posee su módulo emocional, estrangulado a cada paso. Una sola vez en que desenvuelve ordenadamente el hilo de un motivo — en *Siesta*,

sobre cuya originalidad corren por ahí algunas hablillas — se pone de manifiesto un estado emocional, un sentimiento lírico. Después, se percibe el borboteo de la sangre juvenil, el grado de temperatura propio de su talento.

Marechal es joven. Acaba de hacer un viaje al viejo mundo y tal vez haya vuelto convencido del valor real de la gente que por allá preconiza estas cosas. Por lo menos habrá visto en el Louvre a la Venus de Milo, que siempre ha sido para mí la incomparable maestra. ¿Su sonrisa un tanto irónica no le habrá enseñado que el equilibrio es la ley suprema? Sería de desear. Yo se lo deseo sinceramente.

M. LÓPEZ PALMERO.

Tierra amanecida. Poesías, por *Carlos Mastronardi*. Editorial Latina. — Buenos Aires, 1926.

CERRADO el libro de Mastronardi después de la última hojeada, queda persistiendo en nuestros sentidos la visión de campo abierto y de cielo claro que gravita sobre sus páginas. Decimos en todos nuestros sentidos porque esta visión es algo más que una estampa o que un escenario de cinematógrafo: es una visión con color, olor, ruido, movimiento. Esta tierra de Mastronardi, vista y vivida con ojos y sentidos de niño, recordada con alma nostálgica de hombre, como él diría, es la Gea potente y nutridora, madre de los hombres y de las cosechas, como dijera un poeta griego o latino.

Hay en Mastronardi un simpático temperamento de poeta en el que nada falta para serlo completamente: lirismo, sinceridad, facultad de exaltación, don de darse enteramente en el verso y, como artista, sentido del color, del ruido, del movimiento, y dueño de un idioma rico en matices, colorista y vigorosamente expresivo.

Tratándose de un primer libro, *Tierra amanecida* conquista de lleno nuestro aplauso más cordial, porque es un libro espontáneo, fresco, sincero, bien logrado. Abundan las páginas llenas de verdad, de sugestión, de exactitud expresiva, de calor emotivo conseguido sin esfuerzo. El autor, en quien corren parejas el don lírico con la habilidad artística, ensambla ambas cosas ocultando bien el nexo de unión, llegando al conjunto casi acabado.

Ahora, si él nos lo permite, si nos deja hacer de los puntos de nuestra pluma una especie de palanca para separar, desbrozar, hacer un Agosto limpio en la parva de sus ideas estéticas o de sus simples intenciones, nos atreveríamos a decir cosas no sabemos si agradables o desagradables, sin que, naturalmente, él se viera en la obligación de tomarlas solemnemente en cuenta, pues que una cosa es la obra de creación y otra la de desmenuzamiento, a nuestro juicio menos noble ésta que la otra.

Y serían las siguientes: aquello que más nos ha llamado la atención en su libro ha sido la descripción realista y el poder de sugestión que hay en *Parva incendiada*. Copiemos los versos del final:

Un manojo de afanes sube a Dios en el humo,
y unos cuantos silencios indigentes
en la sañosa hoguera miran arder un año.

Y bien: ¿sabe Mastronardi adónde nos llevan esos versos, o mejor dicho, el espíritu que campea por toda la pieza? Al recuerdo del canto de Argensola, *A la esperanza*. Tanto en la fuerza de sugestión que le da ese último verso como en la intención artística que informa la composición, el poeta de hoy se da de manos con el de ayer. Queremos decir que el autor de este libro, mal que pese a sus audacias idiomáticas, a sus imágenes novisi-

mas, es espiritualmente clásico. Al fin y al cabo esa poesía de imágenes no va más allá del método de la manera de decir. No llega a lo fundamental, a lo eterno de la poesía. Obra de sistematización, es patrimonio de todo aquel que habiendo logrado hacer un hoyo en la arena consigue después sin dificultad hacer muchos conos de plomo con vaciar el metal líquido una y otra vez en el mismo hoyo. Hay de eso en Mastronardi, pero con ello no sale de lo puramente artístico. Lo demás, que es el tener algo que decir, la manera de ver, la luminosidad del trazo, es de ayer y de hoy, por ser cosa de verdadero poeta.

Y Mastronardi lo es. Y presumimos que si se decidiese a estudiar, aunque fuera con trabajo, a los viejos poetas castellanos, hoy despreciados por desconocidos, se libraría de las influencias que manchan la corriente, como de arroyo entre piedras, de su poesía.

M. LÓPEZ PALMERO.

La divina locura, por *Emilio Menéndez Barriola*. Buenos Aires, 1926.

LA que se enaltece en las páginas de este bien presentado volumen estaría explicada en la composición que sirve de pórtico y cuyos dos primeros quintetos transcribimos:

Cruza la vida medroso y austero;
tiene un jardín y una lírica fuente;
lleva un chispazo genial en la frente,
y el corazón, que parece un lucero,
vívido albor de amorosa simiente.

Pero la turba, feliz e inconsciente,
vibra tan sólo a compás bullanguero;
y ébrios de tango, deporte y dinero,
todos a coro le juzgan demente
porque no sigue el alegre sendero.

Es decir, que el señor Menéndez Barriola tiene el concepto del poeta indómito, insociable, orgulloso y benefactor que constituyó una de las cosas predominantes del Romanticismo y que aquí en América puede decirse que no murió hasta ayer.

En un corto plazo las cosas han cambiado bastante. Hoy el poeta llena los requisitos de aquella definición (¿la de Boileau?) que reza: el poeta es un hombre capaz de hacer todo lo que hacen los demás... más versos. El genio literario de hoy es una cosa modosita, burguesa, vulgar. ¿Por qué no? El talento nada tiene que ver con la vestimenta. La cuestión es tenerlo, que ya saldrán las cosas bellas o profundas.

En cuanto a la posición moral del poeta frente al mundo, el señor Menéndez Barriola se halla en las postrimerías del siglo pasado, del siglo a nuestro juicio grandilocuente en demasía, sonoro y... vacío. Aquellos románticos fueron una nota siempre en la última línea del pentagrama. Con cuatro o cinco cosas o temas — el amor, el trabajo, el arte, la ciencia — nos dejaron unos pobres mitos y unas enormes bolsas de truenos. Lo que de eso se ha de salvar fué lo dicho a media voz, temblando, que es la manera de decir las cosas en poesía.

En una especie de reflujo de fuerzas y de sonoridad se halla el autor de *La divina locura*. En su verbo, vigoroso y colorista, se exprimen sin vacilaciones ideas y sentimientos que responden al estado de sensibilidad del romántico que habla románticamente. La composición que maneja — por cierto que con arte y maestría, — el soneto, no se presta mucho que digamos a la intimidad, a la emoción fugitiva, al inefable escalofrío. A nuestro juicio, ni el arte más consumado puede disminuir del todo su

violencia, eso que tiene de pesado, de sórdido, de juego de artificio o alarde de habilidad, en fin, tantas cosas que conspiran contra lo esencial de la poesía. El señor Menéndez Barriola consigue en ocasiones dar ese toque, lo que en escritor de sonetos ya es gran virtud.

El Rosedal tendrá mi busto,
y entre las flores, ¡con qué gusto
si tú me escuchas, cantaré!

Notamos, en cuanto a lo artístico, cierta tendencia hacia la perfección parnasiana, hacia la pureza de líneas que hace de los sonetos de Heredia verdaderos medallones. Lo cual quiere decir que si filosóficamente o ideológicamente está con los románticos, por el procedimiento artístico se halla cerca del Parnaso, del Parnaso visto a través de Darío; pero sobre estas buenas influencias está la propia personalidad del autor, perfectamente definida, fuerte y sincera.

M. LÓPEZ PALMERO.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

El manantial y otros cuentos del campo, por *Vicente A. Salaverri*. Prólogo de *E. Suárez Calimano*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1927.

LA pluma de Vicente A. Salaverri, tan fuerte y varonil, tan justa y observadora, hace tiempo que permanece en silencio y las letras rioplatenses echan de menos los volúmenes antes frecuentes que llevaban el sello de uno de sus cultores más altamente colocados.

Ahora aparece *El manantial y otros cuentos del campo*, libro en el que ha recopilado Salaverri algunos de sus más famosos cuentos, aparecidos en *La Nación* y revistas porteñas, hace cinco o seis años. En puridad, si el libro es reciente, para quienes no han seguido de cerca al fecundo novelista, no lo es para los que estamos al tanto de su producción.

El silencio — no creemos en la esterilidad de Salaverri — que le reprochamos, debiera tener fin. Al releer *El Manantial*, después de algunos años, nos ha parecido tan substancioso, tan sólido, como en la primera lectura; y la sensación de frescura y novedad se ha repetido igualmente. Ha sido esta una prueba que nos ha satisfecho, por lo que ella importa como consolidación de nuestros juicios acerca de la obra de Salaverri — el hombre es un animal vanidoso, dijo no sabemos quien — y por lo que significa la existencia en nuestra literatura de este nombre, en plena madurez intelectual, así demostrada.

Vicente A. Salaverri ha sido uno de los que con más penetración y agudeza ha visto nuestro campo y, al mismo tiempo, uno de los que afortunadamente lo ha hecho ver.

Tienen un sabor inconfundible, bien personal, sus novelas y cuentos del campo. En nuestro libro *21 Ensayos* le dedicamos un capítulo, procurando poner de relieve estas facultades del novelista uruguayo.

Al frente de *El Manantial* figuran algunas líneas nuestras y entendemos que copiándolas aquí completamos esta nota.

Dice así nuestro prólogo:

"Cuando Vicente A. Salaverri publicó su primera novela de ambiente campero, entró en las letras rioplatenses un observador seguro, de visión aguda y penetrante sinceridad. El renombre de que gozaba por su tesonera labor de publicista, afirmóse desde entonces sobre sólidas bases.

Era una nueva fuerza que se revelaba, uniendo la salvaje potencia y la gracia sencilla de un centauro joven.

Original, solo, este hombre que se hundía en la vida circundante con inquisidora apetencia de realidad y sensibilidad de artista, caracterizóse además en lo externo, por métodos constructivos dentro de lo moderno, personales, por el estilo hermoso, plástico, la invención fácil y un sagaz sentido de las proporciones muy del momento.

La crítica de Hispano-América fué perspicaz y justa reconociéndolo y señalándole casi unánimemente. Y Salaverri pasó al primer plano de los novelistas de nuestra lengua, en estas tierras transatlánticas. Como *La Barraca* empujó a Blasco Ibáñez, *Este era un país...* hizo a Salaverri.

Y *El hijo del León* lo consolidó.

Nadie como Salaverri ha descubierto entre nosotros la intimidad espiritual de la verdadera vida campesina, de por sí recatada y huraña.

El hombre de nuestros campos, por estar en tan solo y hondo contacto con las fuerzas madres de la Naturaleza, vive cercano a la tragedia y ella casi es cotidiana en su existencia. Lo trágico surge ante él a cada instante del desequilibrio de sus fuerzas en oposición a las de la naturaleza y de la violencia de sus instintos, del clima de sus pasiones, frente a los demás hombres.

Vicente A. Salaverri ha fijado con nobles y amplios trazos de agua-fortista el panorama de este mundo, violento y áspero, apacible y suave, a un tiempo mismo, fértil vivero de tipos característicos, dentro de su armazón ideológica.

La recia lucha con los elementos, el choque de su moral instintivamente nietzscheana con la ley y la sociedad, el encuentro de su voluntad soberana y salvaje con el medio hostil, es la triple tragedia del hombre de nuestro campo.

El Manantial, *Los troperos*, *La huella*, son cuadros magistrales del enfrentamiento del hombre con las fuerzas ocultas de la tierra. La fatalidad planea en ellos como en la tragedia griega y ya hemos dicho a propósito del capítulo titulado "Valor heroico", en *El hijo del León*, que "Salaverri da la nota más alta de sus obras cuando precipita a los hombres en sus destinos".

La Muralla de oro, *Bajo nubes*, *Solo en el Monte*, son algunas de las corrientes tragedias del paisano frente al medio y *La Aripuca*, *Caraguatá* — animado por un fuego a lo Dostoiewsky — *El horno de ladrillos*, otros tantos problemas de índole puramente personal e íntima, que dan con aquellas la pauta del vivir en nuestro campo ajeno a las dulzuras geórgicas del campo tradicional y libresco, preñado, en cambio de la ambición de cien razas que vienen a violarla con ímpetus de conquistadores.

En un punto tienen contacto todos los campesinos de todas las tierras y épocas: en su medido silencio y sentenciosidad. El silencio nace de la soledad y de la contemplación el espíritu sentencioso. En ese punto encuentran los paisanos de Salaverri a sus iguales de la literatura universal, que quedaron como arquetipos de razas y lugares, siendo ello otra muestra definitiva de la escrupulosa verdad y observación con que los junta la pluma maestra que los ha creado.

Salaverri hace sus paisanos silenciosos y meditativos. Hombres de proa, saben del callar y del obrar. Los paisanos de nuestra literatura de cromo que pretenden llamarse de ambiente son charlatanes como mujerzuelas de feria.

Hemos dicho alguna vez que el clasicismo no es sino la perfecta compenetración del autor y su obra con la raza y el momento en que vive y produce. Salaverri ha llenado suficientemente los requisitos de

este aforismo, para que se le considere como clásico por excelencia en la literatura rioplatense. *Este era un país... El hijo del León y El manantial*, son sus títulos."

E. S. C.

LETRAS ESPAÑOLAS

Las eternas mironas, novela, por José María de Acosta. Renacimiento, Madrid, 1927.

CONOCÍAMOS de José M.^a de Acosta su novela *Las pequeñas causas*, escrita bajo la influencia de la filosofía capusiana del *tout s'arrange*, pero de ambiente bien madrileño, construída en estilo sencillo y con una arquitectura exenta de complicaciones, muy dentro de los modelos en que floreció la novela española durante los últimos años del siglo XIX, antes de que viniera la renovadora influencia de los Baroja y los Pérez de Ayala.

Ahora nos llega *Las eternas mironas*, su última producción que guarda, en cuanto a estilo y a arquitectura, la misma línea de influencias, si se quiere más de manifiesto aún, pues desarróllase *Las eternas mironas* en forma dialogada, como muchas de las novelas de Galdós.

Las pequeñas causas, era la novela de la frivolidad, a pesar de algunas escenas donde se encerraba el sentido dramático que es el reverso de aquélla. *Las eternas mironas* — llama así el señor Acosta a las solteronas — muchachas en estado de merecer, es una novela francamente de tesis. Nosotros, por principio, no simpatizamos con quienes mezclan las inquietudes sociales al arte aun cuando se haga con la más alta maestría. El problema femenino, y si se quiere feminista, que nos presenta el Sr. Acosta revelando excelentes dotes de observador y costumbrista, está ya resuelto en casi todas las naciones civilizadas y creemos que se está resolviendo en España. La mujer ya no mira el matrimonio como la solución de sus problemas materiales, puesto que cada día se independiza más financieramente, desde que entró en las carreras liberales y en las profesiones más variadas, antes del exclusivo ejercicio masculino. La solterona no es ya una carga familiar ni es más o menos bien mirada por la sociedad de sus amigas. Esto en cuanto al problema visto desde el punto de vista material. En cuanto al que presenta el físico y el espiritual, que también toca el Sr. Acosta, se están resolviendo solos, por el cambio estupendo de la moral, que trajo consigo la gran guerra, — la que, también, por otra parte, influyó en el cambio de las condiciones financieras en que se desenvolvía la mujer.

El viajero avisado que observa en torno a sí, comprende sin ser un experto psicólogo, cómo las muchachas — digámoslo con el vocablo que traduce literalmente la palabra *girl*, por venir de Yankilandia la moda — de hoy, un poco en todas partes, han perdido los encantos de la inocencia, de la dulzura, del sentimiento y hasta la virginidad, a poco que pasan de la pubertad. En tales condiciones es difícil se les plantee con agudeza el problema físico o sentimental; pero, aún si así fuera, lo resolverían con más facilidad que un problema de palabras cruzadas. El ejemplo del cine les daría la clave lo mismo en los casos más sencillos, que en los árdus.

El señor Acosta ha escrito fluidamente un libro de prédica bajo el aspecto novelesco.

Si como novela no entra en nuestros gustos artísticos, como alegato contra una moral que esclaviza y unas costumbres que ahogan tiene

nuestra simpatía. Los remedios tal vez no sean muy claros en la exposición del señor Acosta. Nosotros creemos que el poder vital de la raza da la solución a los problemas que se le crean sin que la mano del hombre tenga más iniciativa que la de seguirla. Esto, comprendemos, es dejar librado a la *Providencia* muchas cosas de aquí abajo... Pero la contemplación de los hechos nos hace hablar así. El Santo Padre y todos los Padres de la Iglesia truenan contra las faldas cortas y los escotes exagerados hace ya buen tiempo. ¿Qué han sacado tan ilustres señores? Salid a la calle, aún ahora que nos regala un buen viento sud el vecino polo y tendréis la contestación.

Es posible que algunos problemas sociales de orden material puedan ser resueltos por los hombres; pero los físicos y los espirituales no. En estos actúa, por encima y contra del poder humano si es necesario, el genio de la especie.

El *recrudescimiento* de las aficiones deportivas, antes casi olvidadas o circunscritas a escasos pueblos de climas muy fríos, esa *sans façon* de las muchachas, esa ansia de vivir el placer, después de una hecatombe que costó al género humano tantos millones de vidas, es el remedio sobrehumano del genio de la especie para balancear las pérdidas de vidas y la debilidad de las nuevas generaciones nacidas en condiciones precarias.

Damos un ejemplo nada más. Contra esa fuerza no podrá nada ni el Santo Padre, ni aún el señor Mussolini, que comienza a legislar bajo pena de ricino, contra la disolución de las costumbres.

Y volvamos al libro del señor Acosta.

El hecho de que no simpaticemos con las obras de tesis, no quiere decir que ello nos impida reconocer sus méritos intrínsecos. *Las eternas mironas* los posee, como es natural, tratándose de un autor que ha entrado con buen pié en el campo de la novela y sabe lo que hace y a dónde va. Y nos place reconocerlo aquí.

E. S. C.

LETRAS FRANCESAS

Histoire de la Poésie Française depuis 1850, por *Paul Fort* y *Louis Mandin*. París. Ernest Flammarion. — Henri Didier. Toulouse, Edouard Privat. 1926.

Los poetas Paul Fort y Luis Mandin, nos ofrecen, con sendas dedicatorias amistosas, la *Historia de la Poesía Francesa desde 1850*, que han compuesto en colaboración. El poeta de las *Baladas francesas* no necesita ser presentado al público argentino, ante quien dió pocos años atrás una serie de conferencias tan deliciosas como sus versos. Luis Mandin, el celebrado autor de *Ariel esclavo*, mereció en las páginas de NOSOTROS a Francisco Contreras, un extenso estudio crítico.

Reseñan ambos una historia que en parte han vivido y en la cual también han participado como actores; sin embargo, saben conservar una loable objetividad hasta cuando tratan de teorías, tendencias y obras diametralmente opuestas a sus gustos y opiniones, naturalmente sin asentir a todo, lo que sería tan ridículo como antipático. Si un granito de ironía se mezcla a su juicio sobre los suprarrealistas y dadaístas, tendencias que, no obstante, intentan explicar genéticamente, ¿hemos de sorprendernos y se lo reprocharemos? Demasiado se han esforzado, a nuestro juicio, al aplaudir o rendir justicia, como quiera pensarse, o por lo menos, al presentar sin animosidad, y aun con simpatía, a Jules Romains, a Mari-

netti, a Apollinaire, a André Salmon, a Reverdy, a Cocteau, a cien más que mal pueden agradar a la tradición poética tan francesa de Paul Fort y a su sensibilidad, o al ardiente lirismo de Luis Mandin, quien se ha impuesto este lema artístico: "disciplina en la base; libertad en la cúspide". ¿Qué mucho que alguna vez rehuyan el juicio, saliendo del paso con evasivas? Nosotros no habríamos sabido guardar tanto equilibrio.

La historia que han escrito, probablemente con propósitos más editoriales que exclusivamente literarios—, como reseña de escuelas, autores y libros es satisfactoriamente completa. Catálogo a veces, y no podría ser de otro modo en una obra donde desfilan varios centenares de nombres, no todos de poetas, según ha de suponerse, ni todos vivientes en la memoria aun de los más enterados de la evolución literaria francesa de los últimos setenta y cinco años. Versificadores y poetas, allá van mezclados, esperando una más severa decantación crítica, acaso ya relativamente hacedera con respecto a los epígonos del romanticismo, a los parnasianos y a los simbolistas, pero no a los escritores posteriores a aquéllos y contemporáneos nuestros. Es obra de información y divulgación. Su valor reside, más que en los juicios particulares, condensados y rápidos, los cuales no se apartan de lo ya establecido—, en que nos ofrece una visión a la vez panorámica y de detalle, hasta ahora no abarcada, que recordemos, en ningún otro libro semejante. Poetas de escuela y poetas independientes; precursores, maestros y discípulos; artistas originales y meros versificadores; la canción refinada y la popular (Ponchon, Bruant, Privas, Xanroff, etc.); el regionalismo literario; la lírica y el teatro — nada de cuanto constituye la historia del verso francés de 1850 a 1926, es olvidado por los autores. Ellos se excusan en la conclusión, de haber "ciertamente omitido, por ignorancia o por olvido, nombres que hubiera sido justo recoger": cuáles, en verdad, no sabríamos nosotros decirlo. Si el libro peca es por exceso — no ya, si se le considera como obra de pura información—; no por defecto. Los dos poetas que en él faltan, son sus autores, Paul Fort y Luis Mandin, quienes no se han atrevido a incorporarse a esta historia, juzgándose a sí mismos. Por ellos lo hace, en el apéndice, el prologuista Paul Crouzet. Cierra el libro una rica bibliografía.

R. G.

Impressions, por *Émile Verhaeren*. Deuxième série. Paris, Mercure de France, 1927.

AQUEL vigoroso poeta flamenco que fué Émile Verhaeren, fué también un crítico informado y original, de copiosa labor. Bajo el título general de *Impressions*, el *Mercure de France* ha reunido en tres volúmenes sus artículos más característicos. Los contenidos en esta segunda serie, aunque de valor desigual, pueden ser leídos con provecho. Si no todos son estudios cumplidos, observaciones agudas y originales se leen en casi todos. Versan principalmente sobre la poesía clásica y la romántica; abre el libro una conferencia sobre Racine, lo cierra otra sobre el genio. Aunque pertenecía a la escuela simbolista, Verhaeren de corazón era romántico y de inteligencia ecléctico y comprensivo: amaba el arte de Racine, admiraba el de Hugo, el de Balzac, el de Barbey d'Aurevilly, apreciaba las sólidas cualidades de los realistas y de Zola. A Racine lo defiende inteligentemente contra los lugares comunes de la crítica romántica y la pedantería profesoral, mostrándolo escritor genial, ardiente, libre, moderno. Muy moderno e independiente le parece también Sófoles, cuyo Edipo analiza en un artículo finamente irónico. Más que en

las repentinas revoluciones literarias, creía Verhaeren en la filiación de las escuelas, y todas las que se sucedieron en Francia en el siglo XIX, parnasianismo, naturalismo, simbolismo, las refería como consecuencias y desenvolvimientos a la sola grande y fundamental revolución que fué el romanticismo. Por Hugo sentía más que admiración: idolatría. Hugo está por encima de la crítica; quien lo niega, blasfema: su sitio está junto a Esquilo y a Shakespeare.

R. G.

HISTORIA

Lavalle y la Batalla de Quebracho Herrado, por *Ernesto Quesada*. — Editorial Artes y Letras, 1927.

EL tercer volumen de la serie histórica del doctor Ernesto Quesada sobre la guerra civil argentina trata del general Juan Lavalle y de los antecedentes de la batalla de Quebracho Herrado, como enuncia el epígrafe.

Del mismo modo que en las dos obras anteriores de la referida serie, en ésta el autor observa el método analítico, es decir, que abona sus afirmaciones con la publicación de partes, oficios y cartas de los actuantes en aquellos hechos. La circunstancia de haber pasado el archivo particular del general Angel Pacheco a manos del doctor Ernesto Quesada — por razones de familia — ha permitido a éste en condiciones de realizar una concienzuda labor de investigación. Según hemos dicho antes, durante la segunda mitad del siglo pasado se conocía nuestra historia exclusivamente a través de los autores llamados unitarios, o sea los enemigos de Rosas y su sistema. Quesada fué uno de los primeros que disintieron de aquellos autores. Y no hay duda que ha documentado sus juicios, si bien se advierte que las fuentes de su preferencia son las del campo rosista.

El doctor Quesada toma a veces posición de beligerante y sus formas de expresión adquieren el modo polémico. Tal, por ejemplo, cuando recrimina a Lavalle y a los demás jefes unitarios sus desaciertos, por las rivalidades que éstos mantenían entre sí y cuando habla de la indisciplina reinante en las tropas que estos mismos jefes guiaban por distintos rumbos del país. Pero al fin reconoce que es historiador y, después de haber dicho que Paz, Lavalle y Lamadrid eran incompatibles, que jamás pudieron actuar juntos, porque cada uno desdeñaba al otro, lo consideraba en menos, ambicionaba para sí la gloria y aun miraba con secreto júbilo los desastres de los émulos, por la jactancia de creerse cada uno que solo bastaba para triunfar y dominar; después de decir todo eso, censura a los federales López, Pacheco y Oribe en razón de que tanto les costaba decidirse a aceptar el comando único, lo que en definitiva Rosas consiguió en favor de Oribe, a quien dió el primer rango, y censura especialmente a este último porque no supo sacar partido de la victoria de Quebracho Herrado, por haber permitido que escapase Lavalle y que las tropas federales se cebasen en el botín que les ofrecía la provincia de Córdoba y, en fin, por el favoritismo de Oribe hacia los oficiales orientales.

La figura que el doctor Quesada saca en limpio es la del general Pacheco, al que considera un organizador de milicias por excelencia y el verdadero triunfador sobre los unitarios en la acción del 28 de noviembre de 1840, acción que tuvo por resultado afirmar y prolongar por espacio de 12 años más la dictadura de Rosas en el país.

Además de trazar el cuadro de la famosa batalla, el autor dilucida un punto interesante de nuestra historia: por qué Lavalle, que en su marcha sobre Buenos Aires llegó hasta Merlo — “ad portas” — en lugar de atacar a Rosas, retrocedió, con el pretexto de perseguir a López sobre Santa Fe. Explica las causas, las que en síntesis son las siguientes: Lavalle creyó que al aparecer en la campaña bonaerense y acercarse a la ciudad porteña, el pueblo, descontento de Rosas, se pondría contra éste, y en ello se equivocó porque se halló en el vacío; las marchas de Lavalle fueron excesivamente lentas, debido a la falta de caballos y a que venía con un tren de carretas y bagajes muy pesados, lo que dió tiempo a Rosas para prepararse a la defensa; Lavalle no tenía sino 3.000 y pico de hombres de pelea, mientras que Rosas reunía ya arriba de 7.000 hombres. ¿Cómo había de atacar Lavalle?, se pregunta el doctor Quesada. Además, dice, trabajaban en contra del ejército libertador las fanfarronadas de los unitarios que, siendo ellos la minoría culta, no comprendían que el pueblo, la masa, estaba por el gobierno constituido, conservador, que iba ya radicando en el suelo del país la mayor suma de los intereses agropecuarios.

Esta nueva obra del doctor Quesada — la llamaremos “nueva” porque, si bien apareció en monografías, en 1897, en la revista *La Quincena*, las colecciones de aquella revista han de ser muy raras, si las hay y, ciertamente, la mayoría de los lectores actuales ni siquiera sospechan su existencia — encierra positivo interés, se lee con agrado y con facilidad, por la soltura, propiedad y elegancia del estilo y, sobre todo, tiene la virtud de traer al tapete un tema no bien estudiado y de indudable importancia.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

POLITICA

Histoire de Mussolini, por *Louis Roy*. Douzième édition. “Les documentaires”, Simon Kra, Paris, 1926.

Mussolini, Garibaldi et Cie., por *Louis Santini*. 32 mille. Librairie Baudinière. Paris, 1926.

CUANDO libros como los que me ocupan en esta nota, pueden alcanzar el número de ediciones que anuncia su carátula, es forzoso reconocer que es tanta la curiosidad en Francia acerca del fascismo como son pocas las publicaciones serias sobre el mismo. Que de existir estas últimas, no se justificaría este éxito inmerecido. Del de Santini, ni debiéramos ocuparnos, pues está al margen de la historia y aun de la simple crónica. Esa es la historia contada por Paul Féval. Complots, signos misteriosos, embozados, detectives, colores crudos, contrastes violentos, diálogo, mucho diálogo, cortado, sarcástico, dramático...

“*Le soir, on frappe à la porte de Mme. Matteotti. Espérant contre toute espérance, elle accourt... Elle se trouve en présence de deux hommes masqués, elle recule épouvantée.*”

“—*Prends garde!... dit l'un. Si tu parles trop, tu mourras!...*”

“*Elle se redresse:*”

“—*Je parlerai!...*”

“*L'homme au masque reprend:*”

“—*Si tu parles, tes enfants mourront.*”

“*La veuve hésite, mais le devoir est plus fort que l'amour maternel.*”

“—*Je parlerai!... dit-elle.*”

"L'homme fait un pas... Son camarade le tire en arrière, et ils s'en vont dans l'ombre propice."

El folletínista ciertamente es francés, a pesar de su apellido en ini. Así lo declara su visión pintoresca y teatral de Italia y el frívolo desdén con que trata su desconcertante política.

El libro parece condenar al fascismo y al *duce*.

De intención más seria, pero, bien mirado, igualmente superficial, es el tan cacareado libro de Roya. Aunque pretende ser un estudio sobre la génesis del fascismo, un examen de las razones psicológicas y sociales que explicarían su nacimiento y primeras manifestaciones, no va más allá de una exposición de los hechos conocidos que pusieron a Benito Mussolini frente del Partido Socialista y de sus compañeros de la víspera; cosa por cierto bien distinta de aquello, por más heroica que sea nuestra concepción de la historia. Pero el autor parece pensar de otro modo. "El fascismo... es Mussolini". Ello explica sus contradicciones aparentes o reales, su maridaje de elementos contrarios, sus traiciones, su ilogismo, sus sorpresas de ayer y las inevitables de mañana. El fascismo es "un juego de un diletante caprichoso, un juego conducido con mano maestra por un hombre que se venga de haber padecido demasiado, de haber sido desconocido, renegado por aquellos en favor de quienes había combatido, un juego de Mussolini que se embriaga con el éxito, porque en él bebe la voluptuosidad de su fuerza, de su destreza, de su desdén por los demás, de la autoridad que esparce la sonrisa y hace derramar lágrimas..."

Por este camino, que es el de referir retóricamente la *vendetta* de Mussolini, nos exponemos a no entender nada de cuanto acontece en Italia, o, concedamos, a entender escasamente a medias. Por otra parte el autor no es muy original en su relato, y lo que es más grave, por la propia fuente en que bebe, es más anecdótico que histórico. Tengo por delante la colección de artículos que bajo el título de *Mussolini* publicó en 1924 Paolo Valera (Milano, Casa editrice "La Folla"), cuya prosa espasmódica y crepitante de *chroniqueur* ha sido puesta a contribución por Roya ampliamente en todo su libro, más veces de cuantas él cita al viejo panfletario socialista. He ahí la turbia fuente de su información esencial. Se pasa luego a los crímenes del fascismo, y entre ellos, naturalmente, al más monstruoso, al asesinato de Matteotti, para concluir con algunas frivolidades sobre el imperialismo de Mussolini ("por consiguiente, si Napoleón volvióse dueño de Italia y engendró un rey de Roma, Mussolini espera ciertamente extender sobre Francia una mano imperial y enviar a París tarde o temprano un procónsul o un *ras*... a menos que no prefiera venir a instalarse él mismo en París como Julián el Apóstata"); pero lo que es explicaciones sociales del fenómeno, dignas de tomarse en cuenta, no las veo por ningún lado.

El fascismo es un fenómeno histórico, social, económico, político, como quiera decirse, y psicológico, de la postguerra, de fisonomía marcadamente italiana: sin Mussolini, histrión y *condottiero*, no habría sido indudablemente lo que es; pero no se explica con el solo Mussolini y su ruptura con el socialismo. Lo principal el señor Roya se lo ha llamado, porque era incapaz de investigarlo. Siendo así, identificando como él lo hace, aquel sorprendente movimiento popular con su caudillo eminente, nada extraño que concluya su libro con este sermoncillo hipócrita, después de recordarnos que "en Roma, la roca Tarpeya está siempre a la misma distancia del Capitolio":

"Mussolini tiene demasiadas cualidades reales para no recobrar. Parecía llamado a voltear las autocracias y a asegurar el triunfo del proletariado: ha decepcionado al pueblo, al verdadero pueblo, cumpliendo lo

contrario. Le queda una obra por realizar, — la más hermosa de su vida — la de reparar el mal que ha hecho a la Libertad y a la Humanidad. Que se acuerde de la profunda frase del filósofo Vauvenargues: "No existe mayor valor que el de reconocer sus propias culpas..."

Amén.

R. G.

L'espiazione socialista, por *Guido Mazzali*. Prefazione di Adriano Tilgher. Librería editora "La Cultura". Milano, 1926.

Esos "Apuntes para una historia crítica del socialismo italiano", como dice el subtítulo, son la obra de un socialista que ha presenciado la *débâcle* de 1921-1922 y razonado sus causas ideológicas. Es un trabajo de análisis objetivo y severo, de carácter más filosófico que propiamente sociológico, con exclusión completa de lo anecdótico personal, al cual sólo le encontramos el defecto de cierto árido abstractismo en las ideas y en la terminología, muy común en el pensamiento italiano nutrido de filosofía germánica.

Como autocrítica de la mentalidad socialista italiana, y por extensión, de toda mentalidad socialista, este trabajo de Mazzali es una útil contribución a la necesaria revisión de ideas y valores que ha impuesto la post-guerra; como explicación indirecta del triunfo del fascismo, nos levanta a una esfera muy superior a aquella en que se mueve el libro de Royce que acabo de comentar. La silueta mental de Mussolini que traza en el capítulo V (págs. 62-66) ofrece una seguridad y riqueza de rasgos que no encontramos en los groseros borroneos antes citados. Mussolini "no era socialista, no lo ha sido nunca. Científicamente se había quedado en el socialismo de Pareto, el socialismo de las categorías circulantes, de las jerarquías que se turnan sobre la haz de la tierra. La jerarquía giolittiana había cumplido su término: había llegado su turno, debía ser su turno. En resumen, una mezcla de Pareto, Bakunin y Blanqui, en un temperamento que todo lo convierte en cosa suya y pone todas las enseñanzas a arder en el propio fuego."

No sabríamos cómo resumir en pocas líneas el contenido de este libro, en el cual el autor comenta paso a paso, anotando críticamente programas y manifestaciones tácticas, — los errores, los equívocos, las contradicciones e indecisiones del socialismo peninsular y sus diversas fracciones, desde el Congreso de Génova de 1892, hasta los días de la mayor prueba, los de la guerra, la Revolución Rusa y la reacción capitalista internacional, de la cual el fascismo es, a su juicio, la manifestación italiana.

Según él, el reformismo italiano es la deformación del marxismo, acusación que contra todo reformismo fué lanzada desde tiempo atrás por el sindicalismo revolucionario y en el último decenio por el bolchevismo ruso internacional. Reposa sobre el absurdo teórico de fraccionarse en un programa mínimo y uno máximo, en algo posible y algo quimérico, de distinguir entre la doctrina y la práctica, entre lo ideal y lo real, lo que es marxísticamente inaceptable. Su escasa orientación filosófica, su materialismo metafísico, su desdén de toda filosofía idealista, le hicieron ver en la voluntad un mero producto de condiciones objetivas, y volviéndolo fatalista le quitaron la capacidad de luchar. Vivió alejado de las corrientes modernas del pensamiento europeo, ha ignorado o desconocido las tendencias a las cuales la guerra dió impensada vitalidad; no ha sabido comprender y aprovechar en beneficio de su causa el espíritu heroico y la voluntad de sacrificio del hombre. No supo utilizar el espíritu de las masas que al cesar la guerra volvían sus ojos a él; no supo educarlas, or-

ganizarlas, lanzarlas al asalto de las posiciones adversarias, entonces débiles, y de la frágil armazón del estado burgués. Tampoco el colaboracionismo, cuando se le ofreció la ocasión, se atrevió a asumir la responsabilidad de participar en el poder. Esperando siempre la ocasión, no supo cogerla al vuelo, consumiéndose en la inacción y en estériles disputas, en busca de una ficticia unidad. No se decidía a obrar, ni a asumir el poder político, por el temor de perderlo todo. Estuvo siempre en retardo sobre los acontecimientos. Denunciaba las crisis, pero no mostraba la voluntad de superarlas. Desaprovechó así todas las contingencias revolucionarias de la post-guerra, hasta que la iniciativa se le escapó de las manos, pasando a las fuerzas burguesas, animadoras de los *fasci di combattimento*. En una palabra, no supo, no osó hacer la Revolución. El reformismo dejó de existir en 1914, y documentó su fin irrevocable en octubre de 1922, con el advenimiento al poder del fascismo.

En el sustancioso prólogo, el ilustre crítico y pensador Adriano Tilgher, después de rendir homenaje a la obra nobilísima de los dirigentes del socialismo italiano, recalca y completa estos conceptos. "El socialismo — escribe — forma exquisitamente moderna y concreta de la aspiración universalmente humana a la justicia, a la libertad, a la igualdad, mesianismo del siglo XIX, en el sentido ideal y no sólo cronológico de la palabra, fué convertido en negocio que sólo interesaba a la clase obrera en perjuicio de las demás clases, o indiferente hacia ellas, dejándoles a lo más, cuando estaba bien dispuesto, las migajas del botín" ... "Faltándole el aliento verdadera y grandiosamente humano, y por consiguiente, religioso, del marxismo, se descompuso la síntesis fecunda y original que éste había sabido operar entre fatalismo y voluntarismo, entre determinismo y libertad" ... "No se comprendía, no se quería ni podía comprender que el socialismo es, en su fondo último, religión, que se alimenta de fe, engendra mitos, se realizará si es que se realizará, sólo a condición de sacrificios y renunciamientos infinitos; que acaso podrá imponer, por un larguísimo curso de años o por siempre, un régimen de vida más severo en comparación con los años de abundancia de la anteguerra"... "no se comprende, no se quería comprender que el socialismo no aspira a nada menos que a crear una nueva sociedad, con una propia tabla de valores"... "Para los socialistas italianos, la civilización burguesa no era la antitesis por superar, era el modelo que debía copiarse, la meta que debía alcanzar el proletariado. Hacer de cada proletario un burgués, he ahí el ideal máximo que se sentían capaces de concebir."

Extravíos? sueños? utopías? frases retóricas? Esta concepción voluntarista, religiosa, mesiánica (esa ilusión del Milenio como la calificué yo en el prólogo de mi segunda serie de *Crítica y Polémica*) fué la ardiente fe animadora de legiones de espíritus, en todo el mundo, allá en los inolvidables años de 1918, 1919, 1920. ¿Se ha apagado la luz? No creo; pero la llama ya no arde tan alta como entonces. Refugiémonos por ahora en la consoladora ilusión con que Tilgher cierra su prólogo, expuesta en una bella página que deseo traducir íntegramente:

"En Italia el socialismo ha aprendido a sus expensas que la historia humana es cosa esencialmente trágica y dolorosa, que los *ocazos* nunca son *plácidos* sino sangrientos y oscuros. El es ahora, literalmente, causa perdida. Pero por eso mismo los aprovechadores y sostenedores de las causas victoriosas o que prometen serlo, le han vuelto las espaldas, lo han libertado de su presencia. Han quedado con él solamente quienes han atado su vida a la causa de la liberación humana. Fatalmente, poco a poco, con el andar del tiempo será olvidado lo que fué en la realidad histórica; en él se verá lo que quería y debía ser y no fué. Purificada por el dolor, la imaginación lo verá a través de la leyenda, proyección fantástica de la

historia, en la cual, bajo las formas del pasado revive la esperanza del porvenir. El socialismo revivirá en la memoria y en la fantasía de los hombres como un rostro de mujer amada a través del dolor de quien la amó en vida: más bello y más puro de lo que realmente fué. Perdida en la tierra, la causa revivirá en el cielo. También para él se producirá el milagro de la resurrección y la ascensión.

“Y entonces él estará pronto para volver a descender a la tierra entre los hombres que le fueron fieles en los años de la prueba dolorosa y lo aguardaron, esperando en él, y de él vivieron y se nutrieron; y la causa perdida volverá a ser aquella por la cual se marcha, se combate y se muere. Pues los partidos socialistas pueden morir, pero el socialismo no puede, y hasta que la actual sociedad dure sobre sus cimientos, vivirá atado a ella como la sombra al cuerpo. Porque en él se ha encarnado, en nuestra sociedad, para vivir entre nosotros, el más grande sueño humano: el de libertad”.

R. F. G.

CUESTIONES EDUCACIONALES

Pláticas docentes. (Discursos y conferencias), por *Antonio Sagarna*. — Buenos Aires, 1927.

EN un volumen de 364 páginas, un núcleo de amigos del Dr. Antonio Sagarna edita gran parte de los discursos y conferencias pronunciados por éste en su carácter de Ministro de Justicia e Instrucción Pública.

“La conquista de la naturaleza por el hombre y la conquista del hombre por el espíritu resumen todo el programa de la cultura”, un párrafo de Raúl Orgaz, que el ministro cita en uno de sus discursos, podría servir también de leyenda para la portada del volumen. Discursos y conferencias, leídos casi todos en escuelas, colegios, universidades e instituciones privadas de cultura, durante el trienio que va de 1924 a 1926, dejan ver, a veces, señales del apuro con que fueron trabajados en ratos sustraídos, no del todo, a las interminables tareas del despacho, dejan destacar también la constante preocupación del autor por los problemas básicos de la nacionalidad. El realismo idealista del ministro, que es en ocasiones censura acre para nuestros defectos sociales, tiene así oportunidad de pasar, con brillo y erudición en más de un momento, por cuestiones como el analfabetismo, el pauperismo, la insalubridad ingente de ciertas regiones del país y de una parte del pueblo en todas las regiones; la precariedad de los capitales nacionales y sus industrias; la falta de comprensión de las necesidades económicas del pueblo, como necesidades sustanciales de la Nación; la mutua ignorancia entre los pueblos de América, el imperialismo lógico de los E. U. de N. A.; las deficiencias de la enseñanza pública, las injusticias para con el “menospreciado” maestro de escuela, el olvido excesivo de la poesía y de los héroes civiles, etc., sacando siempre motivo — mediante comparaciones en la historia nacional y en la internacional, y apelaciones a la lucecita que vive en el alma colectiva de esta “tierra de la esperanza” — una lección de optimismo.

Entre los discursos que se destacan, figura el pronunciado en el Colegio de Concepción del Uruguay con motivo de su 75º aniversario, que bien podría titularse *Urquiza y su obra en la cultura argentina*. En él, el ministro, desbordante el alma de recuerdos promisoros, hace también un justo panegírico de la acción del rector Larroque y expone ideas

acerca del plan de estudios implantado por éste que pueden ser consideradas como una profesión de fe.

MARCOS M. BLANCO.

Cómo educa el Estado a tu hijo, por *Julio R. Barcos*. — Buenos Aires, 1927.

EN un volumen en 8º de 260 páginas, el autor trata de las deficiencias más notables, numerosas por cierto, que se encuentran en nuestra enseñanza nacional, de la primaria a la universitaria. Es un libro de combate destinado a poner de manifiesto la inutilidad y, más aún, el perjuicio del Estado como director de la instrucción pública. Para el señor Barcos, el Estado en nuestro país, a semejanza de lo que ocurre en otros, sobre la base de un sentimiento de clase bien marcado, atenta contra los derechos del niño, falseando el concepto de los valores personales, lo que, por gravitación natural, es asimismo atentado contra el pueblo y el carácter nacional. Dicho sentimiento de clase, con su politiquería concurrente, se ha infiltrado tanto en lo técnico que lo técnico ha dejado de ser. El remedio primero está, comenzando por la escuela primaria, en la transformación del Consejo Nacional de Educación (lo mismo habrá que aplicar a los consejos de provincia) "en un cuerpo técnico-administrativo constituido por las personas que elijan los padres de familia y el magisterio, mediante un sistema de *responsabilidad*, que no existe hoy, porque nadie les pide cuenta de sus actos a los funcionarios que debutan en el gobierno de las escuelas, por grandes que sean sus infracciones de la ley, sus inmoralidades administrativas y sus desaciertos pedagógicos". El plan consiste en reedificar el mecanismo administrativo y el instrumental didáctico de la educación pública "dándole por columnas: el concurso económico del Estado; la dirección técnica del magisterio; y la cooperación social del pueblo". El libro pone en evidencia con citas de hechos verdaderos, variadas zurderías y otras deficiencias de la burocracia que interviene en la administración de nuestra enseñanza. Sobre la base de apostillas a hechos de crónica como diría mi amigo Roberto F. Giusti, desarrolla sus tesis y anti-tesis mostrando casi siempre, al par que un espíritu combativo, brillo y erudición. Lástima grande que todo esto no esté sazonado como el asunto y las intenciones del autor lo merecen. Da la impresión de que ha habido una gran fábrica en el plan que luego ha sido concluida con apuro, con mucho apuro, o sin la necesaria selección de materiales y de líneas. Hay acopio de elementos básicos y páginas que acusan estudio y agudeza pero, en general, la obra se resiente de vaguedad y espontaneidad ligera. Allí aparecen confundidos por una parte los conceptos de Estado, gobierno y dictadura y, por otra, su individualismo se excede por momentos hasta lo inhumano, lo que lo hace incurrir en contradicciones, aumentadoras de esa vaguedad que mentamos. Su individualismo está en un tris de romper del todo los hilos que lo unen a la colectividad, no obstante su noble interés por mejorarla. Enamorado del Rousseau de la libertad absoluta según quien tenemos que escoger entre formar un hombre o un ciudadano, "pues no podemos formar los dos a un mismo tiempo", se olvida a ratos, como su propio autor se olvidaba, del *contrato social* según el cual el individuo sacrifica al bienestar colectivo que es el suyo propio, parte de su libertad, y de que, de esta manera, se puede ser ciudadano y hombre a la vez y, además, se respeta la Naturaleza. Ciertamente que el autor, con una cita de Durkheim (págs. 215-216), hace una aclaración importante en favor de la ley de adaptación a la vida colectiva coexis-

tente con la ley de diferenciación individual, pero es como un punto perdido (y no es el único) que quiebra de repente su lógica.

Más que de buscar el progreso, la justicia, el bienestar, en un contenido común a todos los individuos, en una posibilidad colectiva de unidad, desde luego mejor que lo existente, en un equilibrio de la libertad individual con la armonía social, parece preocuparse de pronosticar ese bien en la plenitud de las idiosincrasias individuales. Por tal manera lo vemos librarse del actual lazo social y no dejarse caer en ningún otro. Verdad que a poco andar se da cuenta de que se va fuera de la bía humana y vuelve sobre sus pasos pero, es inútil, salta otra vez desconfiado. No se aviene al lazo. La libertad individual plena de que nos habla con fe tan grande no es posible en ninguna vida social. La realización más completa de ésta vendría a estar fuera de sí misma, en su disgregación. Aquí nos hemos encontrado cuando por un momento nos dejamos llevar por el optimismo del autor. Vamos a romper, nos dijimos entonces, nuestro vínculo con la cadena que tira de nuestro dogal pero en tal golpe ¿saltará también nuestra cabeza? ¿No será posible buscar por otro camino, mejor dicho, por algún camino, una liberación de la vida actual?

Es interesante que el autor cite en su apoyo — y con una intensa pasión de simpatía — a los E. U. de N. A. donde el concepto de Estado es tan fuerte en la teoría y la práctica. Nos viene a la memoria, relacionado con este asunto educacional, el caso del maestro de escuela condenado hace poco por apartarse en sus lecciones cosmológicas del dogma de la iglesia oficial. El hecho de que allí esté muy desarrollada — ejemplarmente desarrollada — la acción particular en materia de enseñanza pública, no significa tampoco que el Estado le sea ajeno. Es un grado de su evolución y nada más. Volvemos a expresar que el autor asimila demasiado los conceptos de Estado, gobierno y absolutismo del gobierno. En otras páginas cita con entusiasmo modelos de otras naciones: Suiza, Rusia, Inglaterra, Méjico, Costa Rica; empero, lo que detiene especialmente nuestra atención es el caso de la Grecia clásica “que realizó plenamente, integralmente, libérrimamente, el sueño de la democracia absoluta en la organización de su auto-cultura”, “República insuperadamente democrática”, a la que el autor dedica sus mejores elogios, repetidamente. Por ello escribe: “nos falta esculpir sobre el bloque del presente la cuádriga triunfal de la libertad, la justicia, la sabiduría y la belleza, símbolos de la cultura integral y armoniosa que no alcanzó a realizar ninguno de los modernos pueblos europeos y que sólo colmó la antigua Grecia, por obra y gracia de una extraordinaria libertad de pensamiento”.

También nosotros hemos escrito con arrobamiento acerca de la cultura griega pero, no alcanzamos como puede su recuerdo sostener las declaraciones del autor. Participamos en gran parte de la afirmación de él según la cual tres problemas fundamentales de la sociología moderna son la emancipación del proletariado, la emancipación de la mujer y la emancipación del niño; y no vemos, según lo que puede desprenderse de las crónicas llegadas, que la Grecia los hubiera resuelto. Su democracia no excluía la esclavitud. Su liberalismo y sus cátedras de filosofía al aire libre no eran inconciliables con la preeminencia del Estado. El vigoroso individualismo socrático no iba contra el Estado sino contra la fosilización de una de sus formas. Tal vez por aquí se pueda llegar al fondo último del libro que comentamos, pero hay maleza ante él. Con todo, es una semilla con condiciones de fecundidad echada al campo de nuestra vida social. Y este campo está trabajado por más de una falla y una injusticia, indignas de nuestro grado de cultura.

Si no una clara exposición sociológica, si no un plan realizable o

preciso de enmiendas, este libro es un grito de protesta, ciertamente fundado en gran parte. También vemos en sus páginas la posibilidad de obras más acabadas.

MARCOS M. BLANCO.

FILOSOFIA

El problema epistemológico en la Filosofía actual, por *Carlos Astrada*. — Córdoba (Rep. Arg.), Imprenta de la Universidad. 1927.

EL autor, uno de los pocos que entre nosotros se interesan por los grandes problemas teóricos que agitan el pensamiento actual, pasa en revista algunas de las formas relativamente recientes del examen filosófico de la ciencia. La información, segura y de primera mano, y el esfuerzo de previa aclaración y elaboración a que ha sometido sus datos, contribuyen a asegurar al trabajo del señor Astrada una significación especial dentro de la producción filosófica (?) del país.

Los puntos de vista analizados son los de Poincaré, Mach, Duhem, Meyerson, Croce, Rickert, Husserl, Scheler, — y más de pasada, los de Messer, Riehl y Moog. El centro de gravedad del trabajo lo constituye la exposición de Husserl, que aquí intenta por primera vez un escritor de nuestra lengua. Una exégesis detallada del escrito importaría rehacerlo a gusto del crítico, tan vasto es el asunto y tan abundante en aspectos diversos y en relaciones. Si no esta tarea, acaso acometa el autor de esta nota la de exponer más puntualmente más adelante algunos de los reparos que le sugiere el trabajo.

FRANCISCO ROMERO.

FILOLOGIA

Cantigas d'Amigo dos Trovadores Galego-Portugueses. Edição critica acompanhada de Introdução, Comentário, Variantes e Glossário, por *José Joaquim Nunes*. Vol. II (Texto). Coimbra, 1926.

EL descubrimiento y publicación de los grandes cancioneros medievales gallego-portugueses, reveló el siglo pasado a filólogos y artistas un mundo poético-musical hasta entonces desconocido o apenas entrevisto, y modificó sustancialmente las ideas tenidas por ciertas sobre el nacimiento y desarrollo de los diversos sistemas líricos peninsulares; del mismo modo que en este siglo han abierto nuevos horizontes sobre este particular, las magníficas investigaciones del arabista y musicólogo Julián Ribera, sobre la poesía y música de los musulmanes andaluces.

Ningún tesoro mayor en esos cancioneros de los siglos XIII y XIV que la riqueza y variedad de sus cantigas de amigo, mezcladas en el de la Vaticana y en el Colocci-Brancuti con las cantigas de amor, de tradicional inspiración y forma provenzales, y con las de escarnio y maldecir, tantas veces torpes y soeces hasta la brutalidad. Esa fresca e ingenua poesía en la cual cantaban sus quejas de amor las raparigas del Minho o del Mondego, recogida de labios del pueblo por los trovadores cortesanos gallegos y portugueses de las cortes del rey don Dionis o de Alfonso IV y convertida en materia artística, en idilios todavía vivientes algunos a través de los siglos, fué una revelación, tanto mayor cuanto que ella contrasta con la sequedad, pobreza y artificio decadente de los cancioneros castellanos, en primer término el de Baena. Efectivamente, había que llegar por

lo menos a mediados del siglo XV para que se iniciase en Castilla, con Santillana (recuérdese su "Villancico a unas tres hijas suyas") y con los poetas de los reinados de Enrique IV y de los reyes católicos, la compenetración entre el arte culto y los motivos populares, que había de continuar en algunos líricos renacentistas y en los cancioneros sagrados, para realizarse plenamente en el teatro anterior a Lope de Vega y sobre todo en la opulencia de éste.

Este tesoro de las cantigas de amigo, vagarosas y musicales, con sus ritmos melancólicos y el remansado encadenamiento paralelístico de sus estrofas, tiernas e idílicas, hondas y misteriosas, es el que nos ofrece el Dr. José Joaquim Nunes, en un volumen de la Biblioteca de Escritores Portugueses, editado por la Universidad de Coimbra. Los grandes cancioneros han sido publicados, pero en ediciones costosas y raras: el códice de Ajuda, que no hace a nuestro caso, por Carolina Michaelis de Vasconcellos (Halle, 1904) con doctísimo comentario; el Vaticano, por Monaci en 1875, y el de Colocci-Brançuti, por su discípulo Molteni en 1880; de estos dos últimos, y sólo por excepción del de Ajuda, en que no aparecen cantigas de amigo, ha separado el doctor Nunes su completa colección presente de una de las tres especies fundamentales de poesía que aparecen en aquellos códices. El coleccionista explica brevemente en el prólogo el criterio a que se ajustó en su selección, el cual no pudo ser otro, naturalmente, que el de recoger aquellas canciones características en que habla la doncella enamorada, quejándose de amor, si bien por afinidad de forma o de espíritu, ha acogido también algunas pastorelas, algunas cantigas de maldecir y unas cuantas composiciones narrativas. En total forman el volumen 512 composiciones, atribuidas a unos noventa autores — reyes, grandes señores, gente de corte, trovadores de aldea, oscuros juglares — de los que se nos ofrece el texto mejor, con sus variantes, prolijamente logrado por la confrontación de ambos cancioneros, de uno de los cuales, el Colocci, ha podido el editor estudiar cómodamente el manuscrito, perteneciente, desde 1923, a la Universidad Nacional de Lisboa.

Este volumen que contiene el texto, es el segundo de la obra. Ahora esperamos con impaciencia, el primero y tercero, en los cuales el docto filólogo nos dará el comentario y el glosario, completando su notable edición crítica.

ROBERTO F. GIUSTI.

Compendio de ortología española para la enseñanza de la pronunciación normal en relación con las diferencias dialectales, por T. Navarro Tomás. Prólogo de R. Menéndez Pidal. Madrid, 1927.

APARECE en el presente *Compendio*, sin el aparato científico, la doctrina del *Manual de pronunciación española* (3ª edición, de 1926), del mismo autor. Estudia los sonidos españoles, y las diferencias dialectales españolas y americanas: densidad de materia científica, apareada con una discreta apreciación de lo que es culto o vulgar y la posibilidad de corrección.

Puesto en manos del profesorado de primeras letras y del de enseñanza secundaria, este *Compendio* desterraría inexactitudes e inconsecuencias de los manuales corrientes en nuestro país. Tomo uno de ellos, aprobado por el Ministerio de J. e I. Pública: Nemesio Rubio, *Tratado de prosodia y ortografía*, p. 9: "Llámase dialecto el lenguaje que teniendo un origen común con otros, sin embargo se diferencia de ellos por algunos accidentes analógicos y sintácticos". En realidad, la diversidad fonética es la que se toma como base para la diferenciación dialectal. El alba-

nés tiene más léxico latino que el rumano, y éste y no aquél está considerado como neolatino. Y la inconsecuencia, p. 10: "*Gramática general* es la que dá a conocer los principios comunes y fundamentales de todos los idiomas. *Gramática particular* es la que dá reglas para hablar y escribir con acierto un idioma determinado". ¡Viva la rutina!

La creencia de que el castellano se pronuncia como se escribe hace decir al señor Rubio, p. 71: "La letra *h* no es más que un signo de aspiración que no tiene sonido alguno, y únicamente cuando precede al diptongo *hue* se confunde con la *g suave*". Es el error de ver la fonética, sonido, a través de la ortografía, signo. Otro ejemplo, p. 43: "la sílaba *trans* es más larga que la sílaba *por* debido a que hay que pronunciar mayor número de letras". ¡Y así se analizan en clase de gramática los sonidos!... y la *b* es suave y la *p* fuerte y la *u* es labial débil y la *i* paladial débil según el triángulo de Orchell. Los programas ministeriales insisten en la resobada cuestión de las *funciones gramaticales* (1). ¿Y los sonidos? Paralelamente, ya que debe considerarse la palabra dentro de la oración, el sonido debe considerarse en la palabra y en el grupo fónico. Se ha enseñado que la *b* de *banco* es una y la de *resbalar* otra, y, la *i* de *partir* es muy otra que la de *conciencia*?

Recordamos con demasiada inconciencia las diversidades dialectales hispánicas, itálicas y gálicas al compararlas con las nuestras, menores. El correntino pronuncia la *c* como un castellano, y se acerca la *ll* de un santiagués o un riojano a la pronunciación correcta. La *y* de *mayo*, un cordobés la pronuncia correctamente, en oposición a un porteño o bonaerense; estos, a su vez no asibilan la *rr* de *carro* y la *r* de *cuatro* como un riojano. Un porteño no articula, cuando se le enseña, la *z* interdental española (2); hace un sonido ápico-alveolar superior o bien con el ápice de la lengua, sobre el borde de los incisivos superiores. Los cordobeses aspiran la *s* en posición final: *lah onse* "las once" *loh ombre h* "los hombres", lo que hace anotar a C. Bayo (*Dic.*): *jochar* por *ochar* observado en frases como *lah ochaba*, etc.

Si los primeros capítulos del libro del Sr. N. Tomás desterrarían errores de concepto que se transmiten a los niños en la enseñanza, los que se refieren al *yeísmo*, al *seseo*, *formas dialectales de la y*, entre otros, (y de la influencia del teatro en la pronunciación, terreno en el que andamos descuidadísimos?) permiten no seguir ignorando cuál es la pronunciación correcta. Malo, no es que subsistan las diferencias dialectales argentinas — ojalá no se pierdan —; lo no disculpable es la ignorancia de como debe pronunciarse.

RAÚL MOGLIA.

VARIOS

Obras completas de *Carlos Octavio Bunge*. — Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1926.

DESPUÉS de la tan deplorada muerte de Carlos Octavio Bunge, ocurrida en mayo de 1918, sus obras conocidas no habían sido reeditadas ni sus inéditos editados por nadie, con excepción de *Nuestra América* y los tres volúmenes de *La Educación* que incorporó Ingenieros a su colección

(1) En realidad es una cuestión de nombres: *partes de la oración*, o *funciones gramaticales*.

(2) La afirmación de Lenz en el folleto *Problemas del diccionario castellano en América*, Buenos Aires, 1927, p. 33, "la experiencia ha probado que el americano no aprende la *z* interdental del centro de España", hay que limitarla. En la Argentina, un salteño, articula si se le enseña la *z* interdental.

de *La Cultura Argentina*. Gratamente nos sorprende por eso la empresa de darlas todas a conocer en hermosos y uniformes volúmenes, firme y nitidamente impresos en elegantes tipos, acometidas por la editorial Espasa-Calpe, de Madrid. Estas *Obras completas de Carlos Octavio Bunge* comprenderán según el prospecto, 18 gruesos tomos, los cuales nos exhibirán la poliforme personalidad del ilustre pensador y escritor en sus diversos aspectos de sociólogo, jurista, filósofo, educador, historiador, novelista y autor dramático. Es lástima que el prospecto no anuncie ninguna colección de versos suyos. Sabemos que Bunge compuso no pocos poemas, muchos de los cuales nos leyó en las horas de la expansión confidencial; sabemos también que tenía decidido no entregarlos a la pública curiosidad en vida, pero sí reservarlos para que fueran conocidos después de su muerte. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Los quemó el autor o su albacea y hermano, Jorge Bunge, que ha dirigido esta edición, no ha juzgado oportuna la publicación de aquéllos? Es importante saberlo; pero desde ahora descartamos lo primero, porque de entre sus versos inéditos pudo escogerse un poema para publicarlo en el número de *Nosotros* extraordinario que le dedicamos en julio de 1918.

Sus últimos años los consagró Bunge a revisar su vasta labor, a reformar sus escritos juveniles, sobre todo a pulir su prosa, a corregirla, limpiándola de impropiedades, impurezas y solecismos. De ahí que esta edición tenga un mérito más sobre todas las otras anteriores de sus libros.

Ha sido iniciada con *Sarmiento* — estudio biográfico y crítico que dejó, al morir, no enteramente retocado, y del cual sólo se conocían hasta ahora uno o dos capítulos. Es, pues, una obra inédita y hemos de comentarla oportunamente en nuestra sección especial, con la amplitud que merece. Lo mismo haremos con aquellas obras que por su carácter así lo pidan, entre las ya publicadas y las que vayan apareciendo. Las primeras hasta el momento en que trazamos estos renglones, son: *La novela de la sangre* (7.^a edición); *El sabio y la horca* — narraciones ejemplares que merecen particular comentario—, los *Estudios Jurídicos*, la *Historia del Derecho Argentino*, en dos tomos, *Nuestra América*, *Los Colegas*, teatro, y *La Sirena*, narraciones fantásticas.

Es justo felicitar a la editorial Espasa-Calpe por esta simpática empresa que la honra y nos honra, de divulgar en el mundo de habla española la obra varia y llena de sugerencias del que fué en vida, nuestro maestro, colaborador y amigo.

Nos.

Vida de Dominguito por *Domingo Faustino Sarmiento*. Prólogo del Dr. Antonio Sagarna. Clásicos Argentinos. — Director: Alberto Palcos. M. Gleizer, editor. Bs. Aires, 1927.

ALBERTO Palcos, asociado con el editor Gleizer, ha resuelto lanzar una nueva colección de autores ilustres argentinos que puedan instruir y deleitar al pueblo. "Clásicos Argentinos" se titulará la colección; confesamos que hubiésemos preferido para ella un nombre más modesto; pero la cuestión es secundaria. Lo que importa es que la elección de las obras — nada fácil después de haber agotado la lista de las mejores y más populares, divulgándolas en numerosas ediciones, otras editoriales, principalmente *La Cultura Argentina* de Ingenieros, y *La Biblioteca Argentina* de Rojas — sea acertada: el programa cultural que el director Alberto Palcos expone al frente del primer volumen publicado, su reconocida capacidad y el libro elegido para ese primer volumen, así lo hacen esperar. Efectivamente ha sido una feliz idea popularizar la *Vida de Dominguito* de Sarmiento, libro, si escrito al correr de la pluma por el viejo luchador,

periodísticamente y ya al borde de la tumba, vale decir, con mil defectos—, no obstante, fresco y juvenil por virtud del sentimiento y del genio, y lleno de pasajes animados, pintorescos y tiernos.

Ha prologado el libro y la colección el doctor Antonio Sagarna, con aquella cordial simpatía con que acompaña y alienta toda empresa de cultura, siempre olvidando en ello el estiramiento ministerial aunque no sus deberes bien entendidos de ministro de instrucción pública.

No nos satisface en esta edición del *todo*, ni la impresión, algo descuidada en las tintas, ni la corrección del texto. Así, si en el mejor de los casos, el que ha servido para la reproducción tiene la puntuación descuidada, cosa que en este momento no podemos comprobar, debieron los nuevos editores enmendarla allí donde era absolutamente necesario. Si se corrige la puntuación de los mayores clásicos de la lengua, acordándola con la vigente, ¿cómo no hacerlo con la de un folleto malamente impreso en un periódico?

Nos.

I Racconti della Terra Nuova. — *María Yole Fornoni*. Buenos Aires, 1927.

ESTE libre para adolescentes no fué hecho deliberadamente, dice en el prefacio V. D. Caranci, y recuerda que la mayoría de sus quince cuentos vieron la luz en *La Patria degli Italiani*. Aquí está tal vez el motivo que impulsó a María Yole Fornoni, argentina hija de italianos, a escribir en un idioma que si bien domina con propiedad y a veces con elegancia, la priva de la ventaja de un mayor número de lectores, quedando éstos limitados al ambiente de la colectividad de la cual la autora desciende. Ella escribió para publicar, cuentos que en su primera intención podían ser ejercicios más completos del idioma que enseña en las escuelas italianas de la capital, pero el ejercicio se fué transformando en materia de arte, la prosa le resultó fácil y propicia a su manera reflexiva de observar y ver la vida, especialmente de los niños, y tal vez hubiera tenido menos probabilidades de eficacia en idioma castellano. Es, a la inversa del fenómeno que se manifiesta en otra joven escritora, María Cerro, italiana residente desde hace tres años en el país, que en *La Nación* publica una serie de cuentos pensados y escritos en castellano, y que ella declara encontraría dificultad en componer directamente en italiano, lengua que sin duda alguna conoce mejor por práctica y por estudio.

Los cuentos más interesantes de María Yole Fornoni reflejan situaciones espirituales de los hijos de italianos en este país, es decir, que ellos tienen razón de ser perfectamente argentinos a pesar de que están escritos en otro idioma. Ya es el diario de la abuelita que en el fondo de su corazón guarda el recuerdo de su tierra que nunca más verá, y en torno suyo estalla la vida de los nietos que crecen en el sol y en la abundancia, en una alegría de cosas que le son extrañas, de las que no puede participar, sintiéndose aislada y sola, a pesar del cuidado y del cariño que le brindan. O bien es la fiesta de la niña, educada en el colegio, en la casa demasiado rica de una madre argentinizada desde pequeña, de un padre trabajador que hubiese deseado oír su mal italiano fluir correctamente de la dulce boca de sus hijos. A la fiesta no ha sido invitada la abuela "un po' curva, un po' goffa negli abiti modesti foggianti all'antica, il volto raggrinzito, aspre le mani, e generose di carezze lievi."; las nuevas amigas compañeras de tennis no la hubiesen comprendido; y cuando llega con un regalo, su nieta la echa con una subterfugio tan natural como doloroso, y artísticamente realizado por la Srta. Fornoni con admirable sobriedad de medios. Pero los temas poco cuentan, han sido sacados de la crónica de la vida

diaria de la colectividad italiana. El fenómeno inmigratorio en sus nuevos aspectos de rápida desnacionalización, es un drama siempre vivo, rudo y preciso como una operación quirúrgica que permanentemente renova el injerto de la carne y la transfusión de la sangre de una nación de demasiados habitantes, que con violencia se adaptan, se introducen en la carne y en la sangre de otro país de escasa población. El choque de sentimientos que nace del aluvión de la masa inmigratoria a través de la amalgama de los hijos es enorme, y lanza chispas de mil ansias, esperando no satisfechas renuncias y posibilidad de nuevas alegrías que María Yole Fornoni acepta con serenidad. "Así debe ser". S. Magnani Tedeschi, en una crítica de este libro hace notar la forma elevada en que la Fornoni resuelve el proceso espiritual de los padres que a través de los hijos se adaptan al gusto y a las costumbres del ambiente.

La Srta. Fornoni ha procedido como los verdaderos artistas: aguzar el oído, escuchar la vida misma, comprender e interpretar. Y tanto amor ha puesto en su difícil obra que de golpe se ha situado en el buen camino. Irá librándose de algunas prolijidades superfluas, de algunas complicaciones propias del principiante, que por ejemplo dañan la narración del niño de *Personne Ricercate*, hecha para vivir de por sí, y no como complemento de otro episodio más débil.

Y hagamos votos porque la Srta. Fornoni sepa, en el porvenir, por razones esenciales de vida literaria, hallar en la lengua castellana un medio de expresión que dé también forma argentina a su obra de inspiración tan necesariamente local.

LAMBERTI SORRENTINO.

Ballade de la Geôle de Reading, de Oscar Wilde. *La Vie de prison en Angleterre. Poèmes en prose.* Traduits et annotés par Henri D. Davray, accompagnés de l'*Histoire de la ballade de la geôle de Reading* par le traducteur. Cinquième édition. Paris. Mercure de France. MCMXXVII.

LA magnífica balada de la cárcel de Reading de Oscar Wilde, de la cual NOSOTROS ofreció en el año 1925 dos hermosas traducciones en verso, de Jacinto Cárdenas una, y de Mariano de Vedia y Mitre y Luis María Díaz la segunda (ver los Nos. 191 y 196), aparece aquí vertida en prosa francesa por Henri - D. Davray, tal como apareció en 1898 en el *Mercure de France* con aprobación del autor. El traductor la acompaña de una circunstanciada historia de las vicisitudes de su composición, realizada en uno de los periodos más atormentados de la existencia de Oscar Wilde.

Integran el libro las dos cartas admirables que Wilde publicó en 1897 y 1898, salido de prisión, en el diario liberal *The Daily Chronicle*, denunciando las crueldades del régimen penitenciario de que él mismo había sido víctima, las que promovieron una viva campaña de prensa y de parte del gobierno un proyecto de reformas que el parlamento votó, y la versión de sus sugestivos poemas en prosa, todo ello debidamente historiado y anotado por el traductor.

Nos.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN JUNIO Y JULIO

Novelas, cuentos, poemas en prosa, etc.

- ALCIDES GRECA: *Viento Norte*. Novela santafesina. Editorial Inca. Rosario de Santa Fe. 1927. 1 vol. de 240 págs. Precio: \$ 2.50.
- CARLOS OCTAVIO BUNGE: *La Novela de la Sangre*. (Escenas de la vida argentina de mediados del siglo XIX). Séptima edición. Obras Completas de C. O. Bunge. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1926. 1 vol. de 334 págs. Precio: 2 pesos.
- CARLOS OCTAVIO BUNGE: *El Sabio y la Horca*. (Narraciones ejemplares). Obras Completas de C. O. Bunge. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1926. 1 vol. de 292 págs. Precio: 2 pesos.
- CARLOS VEGA LÓPEZ: *La muerte vencida*. Novela. Editorial Latina. Buenos Aires. 1926. 1 vol. de 198 págs. Precio: \$ 2.50.
- ENRIQUE M. AMORIM: *Tráfico*. Buenos Aires y sus aspectos. (Cines. Tipos porteños. Tranvías. Vidrieras. Avisos luminosos. Autos. Boca calles). Edición especial de Editorial Latina. N° 3. Junio de 1927. 1 vol. de 88 págs. Precio: \$ 1.50.
- ALBERTO HIDALGO: *Los Sapos y otras personas*. Colección Artística Numerada de Autores Americanos Novisimos. Sociedad de Publicaciones El Inca. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 160 págs.
- CARLOS MARÍA OCANTOS: *Tulia*. Novelas Argentinas. Tomo XVIII. Madrid. Imp. S. Hernández y Galo Sáez. Mesón de Paños, 8. 1927. 1 vol. de 362 págs. Precio: 5 pesetas.
- PAUL SCHURAT: *Entfesselung*. Der Roman des Jungen Monfchen. 1924. Carl Schunemann Verlag. Bremen. 1 vol. de 228 págs.
- ARNOLD ZWEIG: *Frühe Fahrten*. 1925. I. M. Spaeth. Verlag. Berlin. 1 vol. de 208 págs.
- ARNOLD ZWEIG: *Regenbogen*. Erzählungen. 1925. I. M. Spaeth. Verlag. Berlin. 1 vol. de 448 págs.
- ADOLF LAPP: *Die Trift Sottes*. I. M. Spaeth. Verlag. Berlin. 1925. 1 vol. de 204 págs.
- JENS PETER JACOBSEN: *María Grubbe*. Interiores del siglo XVII. Traducción del danés de M. de M. "Los Principes de la Literatura". IX. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona. 1927. 1 vol. de 298 págs. Precio: Pesetas 3.50.
- MARGARITA E. ARSAMASSEVA: *Sugestión*. Relato. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 112 págs.
- J. CABRERA ARROYO: *Fundadores de Vidas*. Novela. Primera edición. 1927. Compañía Nacional Editora "Aguilas", S. A. México. Avenida 5 de Mayo y Filomeno Mata. 1 vol. de 246 págs.
- ARTURO S. MOM: *La Estrella Polar y otros cuentos*. "Babel". Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 180 págs. Precio: Dos pesos.
- VICENTE A. SALAVERRI: *El Manantial y otros Cuentos del campo*. Lecturas selectas. Volumen XXVII. Editorial Tor. C. Pellegrini 62. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 112 págs. Precio: Un peso.
- HÉCTOR PEDRO BLOMBERG: *Naves*. (Las veladas del Bar Garibaldi). Narraciones. Portada ilustrada por Alejandro Sirio. Biblioteca Sol. Vol. I. Publicada por Eden. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 156 págs.
- BENJAMÍN T. SOLARI: *El país de los pinares*. Novela de las misiones jesuíticas. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 144 págs.

- ANA MARÍA GARASINO: *El estanque de Siloé*. Novela. Buenos Aires. Librería y Editorial "La Facultad". Juan Roldán y Cía. Florida 359. 1927. 7 vol. de 224 págs.
- ROBERT LOUIS STEVENSON: *La Resaca*. Traducción del inglés por José Torroba. Novela escrita en colaboración con Lloyd Osbourne. Madrid. Publicaciones "Atenea". N.º 57. 1 vol. de 248 págs. Precio: 4 pesetas.
- LADISLAW REYMONT: (Premio Nobel de 1924). *Los Campesinos*. III. *Primavera*. Traducción, del polaco, de R. J. Slaby y Fernando Giralbal. "Los príncipes de la literatura". Editorial Cervantes. Muntaner 65. Barcelona, 1927. 1 vol. de 391 págs. Precio a la rústica, 4 pesetas; en tela, 5 pesetas.
- BRUNO CORRA: *Sanya, la moglie egiziana*. Il romanzo dell'Oriente moderno. Casa editrice "Alpes". Milano, 1927. 1 vol. de 424 págs. Precio: Liras 13.20.

Verso

- PABLO A. RAMELLA: *Palabras de paz*. Buenos Aires. Talleres gráficos Porter Hnos., Entre Ríos 1585. 1927. 1 vol. de 96 págs.
- SALVADOR MERLINO: *Jaculatorias de los sentimientos morales*. J. Samet, editor. Avenida de Mayo 1242. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 80 págs.
- G. GRODSINSKI: *Romance alcohólico*. J. Samet, editor. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 96 págs. Precio: \$ 1.50.
- CARLOS PRENDEZ SALDÍAS: *Luna nueva de enero*. Poemas. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. Estado, 63. 1 vol. de 96 págs.
- SARAH BELLO: *Diálogos de las luces perdidas*. Montevideo. Casa A. Barreiro y Ramos, S. A. 1927. 1 vol. de 124 págs.
- TELMO N. VACA: *Labios románticos*. Poesías. Guayaquil, Ecuador. Imprenta La Rápida. 1 vol. de 124 págs.
- EMILIO FRUGONI: *La Epopeya de la Ciudad*. (Nuevos Poemas Montevideanos). Maximino García, editor. Sarandí 477, Montevideo. 1927. 1 vol. de 144 págs.
- VALENTÍN DE PEDRO: *Nuevo Parnaso Argentino*. Casa Editorial Maucci. Barcelona. 1 vol. de 304 págs.
- ALFREDO KERR: *Caprichos*. Strophen des Nedemstroms. I. M. Spaeth. Verlag. Berlin. MCMXXVI. 1 vol. de 228 págs.
- ARMAND GODOY: *Triste et Tendre*. Préface de Jean Royère. Nouvelle édition. Paris. Editions Emile-Paul Frères. 14, Rue de l'Abbaye, VIe. 1927. 1 vol. de 128 págs. Prix: 10 francs.
- ROSSANI: *Nada*. Ritmos. 1927. Split, Yugoslavia. 1 vol. de 34 págs.
- FRANCISCO SOTO Y CALVO: *Índice y Fe de ... Ratas de la Nueva Poesía Americana*. Antología de Van Guardia! (Poesía satírica). J. Samet. Librero editor. Avenida de Mayo 1242. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 256 págs. Precio: \$ 2.50.
- JUAN A. FAGETTI: *Pueblo chico*. Edición "Diario Moderno". Paysandú (Uruguay). 1 vol. de 64 págs.
- L. AMADO CARBALLO: *Procl.* Editorial Alborada. Pontevedra. 1 vol. de 48 págs.
- JOSÉ DEVOLX Y GARCÍA: *Nuevas Poesías*. Con un Juicio de D. Roberto Alcover. 1 vol. de 222 págs.
- BRANDÁN CARAFFA: *Nubes en el silencio*. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 160 págs. Precio: Un peso.
- ROBERTO IBÁÑEZ: *La Danza de los Horizontes*. Poemas de Eternidad, de Cielo y de Playa. Editorial Albatros. Montevideo. 1927. 1 vol. de 76 págs.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- FRANCISCO MIRABENT: *La Estética inglesa del siglo XVIII*. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, N° 382. Barcelona, 1927. 1 vol. de 272 págs. Colección Sócrates. II. Precio: 6 pesetas.
- RICARDO VICTORICA: *Crítica estéril*. Viana y Zona. Florida 641. Buenos Aires. 1927. 1 vol. de 296 págs.
- VÉRINE: *Le sens de l'amour*. Editions Bossard. 140, Boulev. Saint Germain. Paris. 1927. 1 vol. de 192 págs. Prix: 12 fr.
- CARLOS OCTAVIO BUNGE: *Sarmiento*. (Estudio biográfico y crítico). Obras Completas de C. O. Bunge. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1926. 1 vol. de 208 págs. Precio: 2 pesos.
- RICARDO SÁENZ HAYES: *Los amigos dilectos*. M. Gleizer, editor. Triunvirato 537. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 180 págs. Precio: \$ 2.50.
- ARTURO MARASSO: *El Coloquio de los Centauros*. De "Humanidades", tomo XV, páginas 109 a 131. Buenos Aires, 1927. 1 folleto de 26 págs.
- R. CARABAJAL: *Evaristo Carriego*. "El cantor del alma del suburbio". Montevideo. 1927. 1 folleto de 12 págs.
- ARTURO GIMÉNEZ PASTOR: *El mundo de Don Quijote*. De "Humanidades", tomo XV, páginas 147 a 167. Buenos Aires. 1 folleto de 24 págs.
- ALFONSO REYES: *Cuestiones Gongorinas*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1927. 1 vol. de 270 págs. Precio: 5 pesetas.
- PAUL FORT ET LOUIS MANDIN: *Histoire de la Poésie Française depuis 1850*. Paris. Ernest Flammarion-Henri Didier. Toulouse, Edouard Privat. 1926. 1 vol. de 392 págs.
- ARTURO BERENGUER CARISOMO: *Ricardo Monner Sans. El hombre, la obra*. (De la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, sección VI, tomo III, págs. 77 y sig. Mayo de 1927. Tirada aparte N° 63). Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1927. 1 foll. de 16 págs.
- FIDELINO DE FIGUEIREDO: *Dos estudos portugueses no estrangeiro*. Del Homenaje a Menéndez Pidal. Tomo II. 1924. Madrid, Imprenta de los sucesores de Hernando, 1924. 1 foll. de 14 págs.
- JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ: *Miscelánea erudita*, V-VIII. Extrait de la *Revue Hispanique*, tome LXVIII. New York-Paris, 1926. 1 foll. de 18 págs.
- JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ: *Natas gongorinas*, III. Extrait de la *Revue Hispanique*, tome LXVIII, New York-Paris, 1926. 1 foll. de 14 págs.
- JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ: *Jáuregui y Lope*. "Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo", 1926. 1 foll. de 13 págs. + 3 en blanco.

Historia, Crónica, Memorias, Biografías, Viajes, etc.

- KURT KERSTEN: *Michael Bakunins Beichte aus der Peter-Paulo-Festung an Zar Nikolaus I*. Gefunden im Geheimschrank des Chefs der III. Abteilung der Kanzlei der früheren Zaren zu Leningrad. Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte m. b. H. in Berlin W 8. 1926. 1 vol. de 116 págs.
- JOSÉ LUIS BUSANICHE: *Estanislao López y el Federalismo del Litoral*. 2ª edición. Buenos Aires. "Librería Cervantes", de Julio Suárez. Libertad 236. 1927. 1 vol. de 288 - IV págs.
- ALBERTO GRENIER: *El Genio Romano en la religión, en el pensamiento y en el arte*. Con 50 figuras en el texto. Traducción del Dr. José Deleito y Piñuela. Biblioteca de Síntesis Histórica "La Evolución de la Humanidad", dirigida por Henri Berr. XVII. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, número 382. Barcelona, 1927. 1 vol. de 536 páginas. Precio: 12 pesetas.

- JULIO ARAMBURU: *Buenos Aires*. Ciudad. Mujeres. Hombres. Muestrario urbano. "El Ateneo". Librería Científica y Literaria. Florida 371. Buenos Aires. 1927. I vol. de 176 págs.
- ERNESTO TORREALBA: *Estampas prohibidas*. Estampas de viaje. Colección de autores selectos hispanoamericanos. 1927. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. 222, Boulevard Saint Germain. París. I vol. de 200 págs.
- RAFAEL ALTAMIRA: *Epítome de Historia de España*. (Libro para los Profesores y Maestros). Ciencia y Educación. Manuales. Ediciones de "La Lectura". I vol. de 240 págs. Precio: 6 pesetas.
- CLAUDE DRAVAINE: *Nozara*. Chroniques d'un antique village papetier. Préface de Pierre de Nolhac, de l'Académie française. Illustré par S. Cornillac. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint Germain. París. 1927. I vol. de 244 págs. Prix: 12 francs.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- JUAN JORGE GSCHWIND: *Diplomacia y Política Económica de la Confederación*. (1852-1862). Isach Ferrer Hermanos. Libreros-Editores. Rosario de Santa Fe. 1927. I vol. de 146 págs.
- LUCIANO MAGRINI: *India*. Milano. La Promotrice. 1927. I vol. de 344 páginas. Precio: 15 liras.
- LUCIANO MAGRINI: *In Cina e in Giappone*. Milano. La Promotrice. 1927. I vol. de 308 págs. Precio: 15 liras.
- PLUTARCO ELÍAS CALLES: *Méjico ante el mundo*. Ideología del Presidente. Compilación hecha por la escritora Esperanza Velázquez Bringas, Jefe del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública de Méjico. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, número 382. Barcelona, 1927. I vol. de 240 págs. Precio: 3 pesetas.
- CARLOS OCTAVIO BUNGE: *Estudios Jurídicos*. Serie primera. Obras Completas de C. O. Bunge. Espasa-Calpe. S. A. Madrid. 1926. I vol. de 334 págs. Precio: 3 pesos.
- ROBERTO AGRAMONTE y PICHARDO: *La Biología contra la Democracia*. Ensayo de solución colectiva. Nuevos hechos dentro del Estado han decretado la necesidad de revisar una vieja fórmula política. La Habana. MCMXXVII. I vol. de 240 págs.
- HAYA DELATORRE: *Por la emancipación de la América Latina*. M. Gleizer, editor. Triunvirato 537. Buenos Aires, 1927. I vol. de 214 págs. Precio: \$ 2.50.
- LEONARDO F. NAPOLITANO: *Evoluciones de la Democracia*. (Comentarios y Reflexiones sobre nuestras luchas cívicas, sociales y políticas. Buenos Aires, 1925. I vol. de 92 págs. Precio: \$ 2.50.
- H. G. WELLS: *Paz o guerra*. Un examen de la situación internacional y del porvenir del mundo. Traducción de Ricardo Baeza. Madrid. Publicaciones "Atenea". Número 56. I vol. de 362 págs. Precio: 4 pesetas.
- RAFAEL NIETO: *El Imperio de los Estados Unidos y otros Ensayos*. Biblioteca Popular. Ediciones del Gobierno de Veracruz. Jalapa, Ver. 1927. I vol. de 196 págs.
- MANUEL MAPLES ARCE: (Secretario General de Gobierno del Estado). *El movimiento social en Veracruz*. Conferencia sustentada en la Cámara del Trabajo de Jalapa, el 1º de mayo de 1927. I folleto de 40 págs.
- GIUSEPPE DEL VECCHIO: *La criminalità negli "sports"*. Piccola Biblioteca di Scienze Moderne. N° 344. Fratelli Bocca, editori. Torino. 1927. I vol. de 274 págs. Precio: 22 liras.

- A. CORRADO PUCHETTI: *Il Fascismo scientifico*. (Studio Sociologico). Piccola Biblioteca di Scienze Moderne. N° 335. Fratelli Bocca, editori. Torino, 3, Via Carlo Alberto. 1926. 1 vol. de 136 págs. Precio: 11 liras.
- MICHELANGELO VACCARO: *Il Diritto Penale*. Critica e sistemazione scientifica di esso. Piccola Biblioteca di Scienze Moderne. N° 338. Fratelli Bocca, editori. Torino. 1927. 1 vol. de 196 págs. Precio: 17 liras.
- V. GROMANN: *L'Economie Nationale de l'U. R. S. S. Sa crise et son relèvement*. Contribution a la Conférence Economique Internationale de Genève. Editions de la Représentation Commerciale de l'U. R. S. S. en France. Paris. 1927. 1 folleto de 40 págs.
- M. KAUFMANN: *Organisation du Commerce extérieur de l'U. R. S. S.* Contribution a la Conférence Economique Internationale de Genève. Editions de la Représentation Commerciale de l'U. R. S. S. en France. Paris, 1927. 1 folleto de 20 págs.

Cuestiones Edilicias

- EDUARDO SCHIAFFINO: *Urbanización de Buenos Aires*. Con 9 ilustraciones. Manuel Gleizer, editor. Buenos Aires. 1 vol. de 296 págs. Precio: 4 pesos.

Cuestiones Religiosas

- JAMES GEORGE FRAZER: *Les Dieux du Ciel*. Traduit de l'anglais par PIERRE SAYN. A Paris. Librairie de France. F. Sant'Andrea, éditeur. 110, Boulev. Saint Germain. 1927. 1 vol. de 360 págs. Prix: 18 francs.
- LORENZO GUALINO: *L'uomo d'Assisi*. Piccola Biblioteca di Scienze Moderne. N° 347. Fratelli Bocca, editori. Torino, 3, Via Carlo Alberto. 1927. 1 vol. de 112 págs. Precio: Liras 8,50.

Filosofía

- CARLOS ASTRADA: *El problema epistemológico en la Filosofía actual*. Córdoba (Rep. Arg.). Imprenta de la Universidad. 1927. 1 folleto de 44 págs.
- LUDWIG GOLDSCHMIDT: *Gegen Einsteins Metaphysik*. Eine Kritische Befreiung. Lübeck, 1923. Verlag von Charles Coleman. 1 vol. de 128 páginas.
- CHARLES RICHET: *El Hombre Impotente*. Casa Editorial Araluce. Calle de los Cortes, 392. Barcelona. 1 vol. de 202 págs.

Ciencia

- GIUSEPPE ROASENDA: *Suggestione e Persuasione (Psicoterapia), nella cura delle malattie nervose*. Piccola Biblioteca di Scienze Moderne. N° 343. Fratelli Bocca, editori. Torino. 1927. 1 vol. de 220 págs. Precio: 17 liras.
- DR. ERICH BINDER: *Elementare Einführung in die spezielle Relativitätstheorie*. Für den Unterricht in der Prima und Zum Selbstunterricht bearbeitet. Lübeck 1923. Verlag von Charles Coleman. 1 folleto de 24 págs.

Cuestiones Educativas

- WALDEMAR OSTAR DÖRING: *Gchülerauslese und pfnchifche Berufsberatung an Lübecker Ghulen*. Verlag von Charles Coleman, Lübeck, 1924. 1 vol. de 104 págs.
- LEOPOLDO SUÁREZ: *El problema escolar en la provincia de Mendoza*. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 168 págs.
- HORACIO C. RIVAROLA: *El Gobierno de la Instrucción Pública*. Buenos Aires, 1927. Editorial Argentina de Ciencias Políticas, Arenales 3442. 1 vol. de 60 págs.

Filología

- ARTURO COSTA ALVAREZ: *El Diccionario Ideológico de la Lengua*. De "Humanidades", tomo XV, páginas 179 a 213. Buenos Aires, 1927. 1 folleto de 40 págs.

Teatro

- JOSÉ GABRIEL: *Farsa Eugenisia*. En 4 episodios y 1 exodo. Calpe. J. Urgoiti. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 198 págs.
- KLABUND: *Der Kreidekreis*. Spiel in 5 akten. Nach dem Chinesischen. J. M. Spaeth. Verlag. Berlin, 1925. 1 vol. de 116 págs.
- ARTURO CAPDEVILA: *Zincali*. Poema dramático del misterio gitano. Manuel Gleizer, editor. Triunvirato 537. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 174 págs. Precio: \$ 2.50.
- OSCAR WILDE: *Salomé. La Santa Cortesana. Vera o los nihilistas*. Traducción de Ricardo Baeza. Madrid. Publicaciones "Atenea". N° 58. 1 vol. de 248 págs. Precio: 4 pesetas.

Colecciones de artículos

- LUCAS AYARRAGARAY: *Estudios Históricos, Políticos y Literarios*. 2ª edición, corregida y notablemente aumentada. Buenos Aires. J. Lajouane y Cía., editores. Librería Nacional. Calle Bolívar N° 270. 1927. 1 vol. de 322 págs.
- RAMÓN J. CÁRCANO: *Páginas errantes*. "La Facultad". Juan Roldán y Cía., editores. Florida 359. Buenos Aires, 1927. 1 vol. de 326 págs.

Varios

- C. DR. ALVARO TORRE DÍAZ: *Informe*, rendido por el Gobernador Constitucional de Yucatán ante la XXIX Legislatura del Estado, el 1º de enero de 1927. Mérida, Yucatán, México. Talleres tipográficos del Gobierno del Estado. 1927. 1 vol. de 124 págs.
- LEONOR DE MENA (Profesora Superior de Piano y Solfeo): *Sus antecedentes profesionales*. Año 1927. Buenos Aires. Imp. A. Baiocco y Cía. Rivadavia 5370. 1 vol. de 140 págs.
- MOSTRA ALFREDO GUTTERO: *Pitture. Acquarelli. Disegni*. Palazzo Rossi. Via Garibaldi. Génova. Dal 1º al 15 Giugno 1927. Catálogo ilustrado. Prezzo L. 3.
- JUAN ANTONIO SOLARI: *La Obra Necesaria*. Labor de las Bibliotecas y Centros de Cultura. Serie B, N° 1. Distribución Gratuita. "Ateneo Popular". Secretaría: San Juan 1386. Buenos Aires, 1927. 1 folleto de 32 páginas.

NOTAS Y COMENTARIOS

Los premios nacionales de Literatura.

YA dimos en el número anterior el veredicto del Jurado que entendió en las obras literarias publicadas en 1925. El primer premio ha sido otorgado por la mayoría a la novela de Hugo Wast, *Desierto de piedra*. Julio Noé votó por Roberto J. Payró. El doctor Alejandro Korn, por Fernández Moreno. El segundo premio lo obtuvo *El capitán Vergara* de Payró. El tercero la *Historia de la Historiografía argentina* de Rómulo D. Carbia. Para el segundo premio obtuvo dos votos Fernández Moreno, los de Korn y Noé. Para el tercero, un voto Alberto Gerchunoff: el de Noé.

En los círculos literarios el primer premio ha parecido escandaloso. En efecto, si él resulta ancho en cualquiera ocasión para la obra del novelista Martínez Zuviría, en la presente, si comparamos esa obra con la de Roberto Payró, la sorpresa sube de punto. No hemos de solidarizarnos con los violentos ataques dirigidos ya por hábito contra el autor de *Desierto de piedra*, algunos de los cuales descienden a la injuria grosera e injusta. Martínez Zuviría es muy superior a cuanto de él se dice, a veces sin leerlo. Es notorio que en esta revista nunca se ha demostrado mucho entusiasmo por su obra; pero hay alguna diferencia entre esa justificada reserva y el inconsulto lugar común de negarle todo, hasta inteligencia, a quien tiene talento como para regalar a muchos de sus rabiosos negadores. Decimos más. *Desierto de piedra* no es una mala novela, al contrario; quizá sea la mejor suya: bien construida, generalmente bien escrita, interesante, con paisajes, tipos y escenas bien vistos y bien descritos. Nos preguntamos, eso sí, si a esa novela pudo acordársele un primer premio nacio-

nal de Literatura de 30.000 pesos. Tamaña recompensa, aunque alguna vez en años anteriores haya sido otorgada todavía con más inconsiderada generosidad, no puede tener sino un significado: o es la consagración de una existencia entera tesoneramente dedicada al arte o es el galardón de un libro excepcional. Excepcional *Desierto de piedra* no lo es ¡qué va a serlo!; pues ¿se ha consagrado entonces con el premio la entera obra del autor? ¿Una obra con tantos endebles y utilitarios aspectos folletinescos? Concedamos que tampoco sea libro excepcional *El capitán Vergara*, la sólida crónica histórica de Payró; pero asombra que la mayoría del jurado se haya atrevido a poner por debajo del rimero de novelas populares de Hugo Wast la obra del ilustre escritor y periodista cuyo nombre ya está ligado por siempre a los orígenes de nuestra novela de costumbres y nuestro teatro de ideas, y a cuya vasta, múltiple, honrada labor literaria era debida la sola consagración del primer premio, hasta por ser ejemplares esos cuarenta años de labor incansable, continuada valientemente en la vejez, a través y a pesar de todos los padecimientos y privaciones.

Por lo visto, los señores Saavedra Lamas, Padilla y Oría no se han detenido a considerar este aspecto fundamental de la cuestión, antes de dar su deplorable fallo. En cambio, merecen ser aplaudidos los votos con que los señores Korn y Noé afirmaron otros valores estrictamente literarios — Fernández Moreno, Gerchunoff, — si bien con la salvedad de nuestra parte de que el libro que obtuvo el tercer premio, la *Historia de la Historiografía argentina*, hasta ahora único en su género en el país, no es indigno de aquella recompensa.

No queremos hilar muy delgado al buscar las razones de ese fallo; no queremos averiguar si, como se ha supuesto, él tiene concomitancias con la influencia clerical ahora tan manifiesta en muchas esferas: nos basta saber que de los tres jurados de la mayoría — exceptuamos a José Oría, profesor de literatura y crítico inteligente y leído, cuyo juicio nos ha sorprendido de veras — dos no tienen voto en materia literaria, aunque el gobierno se lo haya acordado. Vamos a explicarnos. Hasta que aquí no se convenzan quiénes deben que juzgar en tales materias es un oficio o una aptitud mental en los cuales también hay que adiestrarse por la especialización y el ejercicio, y que no es suficiente haber

sido o ser hombre de gobierno, buen orador, persona culta y sagaz, para acertar a discernir cosa tan delicada como son los valores poéticos, de composición, de estilo y todas las menudencias y exquisiteces del arte, siempre deberemos lamentar estas equivocaciones, aun descontando la buena fe.

El Florencio Sánchez de Riganelli.

HE visto reproducido de frente y de perfil, el Florencio Sánchez que para su monumento ha esculpido Agustín Riganelli. No me convence. Ni esa expresión era la de Sánchez ni esa postura simbólica es la adecuada. Admiro el robusto talento de Riganelli desde el día que en la sala del Concejo Deliberante conocí *El buey*, entonces recientemente adquirido por la corporación; pero todavía me es más cara mi imagen de Florencio, tal como la formé en el trato amistoso, en vida, y en el estudio de su obra y de los documentos, después de muerto.

Sánchez no fué así. A Riganelli le ha inspirado la fantasía romántica del suburbio, exaltadora de la vagancia, de la miseria, del desamparo y la ruina. Sánchez no fué un atorrante — aunque fuese un bohemio — ni un derrotado, aunque cayese vencido al fin por la enfermedad. Desde que su talento floreció a plena luz, al arrimo de las candilejas, sus pasos fueron rápidos y bastante firmes y seguros, no lentos, indecisos, vacilantes como los que le hace dar Riganelli; y si iba encorvado, era de su natural y no por abatido, humillado o perseguido.

Estas consideraciones me retrotraen a mi libro sobre él y a mi polémica de hace siete años con Vicente Martínez Cuitiño, en los diarios de Montevideo y Buenos Aires, incluida en la segunda serie de *Crítica y Polémica*, y nada más tengo que agregar a lo que allí quedó escrito.

¿O ha querido Riganelli simbolizar en él a los tantos vencidos de su teatro, a sus "muertos"? No lo creo, pero, si así fuera, antes de aceptarle nosotros el símbolo, tendría él que demostrarnos que Sánchez se identificaba con ellos, por encima de la piedad que le inspiraban, lo que es dudoso. Tampoco puede ser la derrota el símbolo de todo su teatro; lo limitaríamos a un solo aspecto del mismo y lo reduciríamos en su trascendencia. En *La Gringa*

se exalta la victoria del esfuerzo humano y del amor; en *El Pasado*, del sentimiento sobre el prejuicio; en *Nuestros hijos*, del instinto y la pasión sobre la ley social; y en *Los Derechos de la salud*, su última obra importante? Diré de nuevo: Sánchez no podía creerse un fuerte, un sano, un triunfador (me refiero al enfermo); sin embargo, su obra nos grita: Paso a los fuertes, a los sanos, a los que triunfan; los débiles, los enfermos, los vencidos no realizan ningún destino.

Si Riganelli ha querido expresar esta sola cosa: que el Florencio Sánchez representado en su monumento, se contó entre aquéllos, conformes con la derrota, que el dramaturgo barria cruelmente como inútiles de la faz de la tierra, entonces ha acertado con el símbolo. En efecto, allá va su doliente Florencio, como agobiado por una helada llovizna que parece estremecerlo de frío, a perderse en la brumosa lejanía donde sólo hay bultos sin nombre.

R. F. G.

Roberto Cayol.

Con la muerte de Roberto Cayol pierde el teatro nacional una de sus figuras más interesantes de la primera hora. *El anzuelo*, primer premio de un concurso, le inició en el teatro. Desde entonces hasta su muerte siguió escribiendo para el teatro con éxito diverso. Desde la comedia de costumbres y el drama hasta la comedia festiva, desde la obra satírica hasta la revista, pasando aún por el bataclán, abordó todos los géneros. La gran mayoría de sus obras, que pasan de cincuenta, son producciones destinadas a los teatros por horas. En los últimos años, Roberto Cayol dedicó sus actividades a la revista; como casi todos nuestros autores teatrales, arrastrado por el ambiente, abandonó las preferencias de su delicado espíritu de artista, que le habían dado en años ya lejanos satisfacciones morales, pero no económicas.

Influído en el comienzo de su carrera por los hermanos Quintero, se encuentra la huella de éstos en sus primeras obras; posteriormente sufrió la influencia del espíritu de Benavente. Su obra capital, *El festín de los lobos*, acusa esta influencia visiblemente. Con todo, esta obra honra a su autor y puede contarse entre las pocas que se recordarán al analizarse seriamente la evolución de nuestro teatro en estos últimos veinticinco años.

Matilde Serao.

MATILDE Serao es muy conocida en todas partes; sus obras han sido traducidas a varios idiomas, especialmente sus libros de ambiente napolitano, que indudablemente son los mejores por sinceridad y carácter. Tenía todas las cualidades de la gran escritora, y especialmente ese don de comunicar fácilmente con los lectores de todas las categorías, propio de los novelistas de raza. Pertenece a la generación de Verga, Fogazzaro, Scarfoglio, D'Annunzio, Di Giacomó, al momento literario especialmente fecundo que precedió el advenimiento del futurismo. Nacida en Grecia de padre italiano, a los veinte años tomó su ciudadanía napolitana. Se inició en el periodismo, revelando en seguida un temple de escritora versátil, que podía con el mismo entusiasmo y con la misma capacidad dedicarse a la política, a la literatura y a las obras de imaginación. Se casó con Edoardo Scarfoglio, el periodista más valiente y más culto de Italia, considerado todavía hoy como un maestro que ninguno después ha igualado. Con Scarfoglio Matilde Serao fundó el *Corriere di Roma*, transformado, al cambiar de ciudad, en *Corriere di Napoli*, y cuando se separó del marido fundó *Il Giorno*, cuya dirección nunca abandonó hasta sus últimos días. Su actividad era asombrosa. Escribía artículos políticos, notas sociales (rúbrica que siempre guardaba para sí), crónicas para diarios extranjeros, y novelas, cuentos, juzgados éstos como dependientes de la escuela "verista".

La verdad es que Matilde Serao tenía una personalidad propia, un corazón sensible y fuerte que supo comunicar sus latidos a un público inmenso de lectores de todas partes del mundo. Nápoles con su vida tumultuosa, lírica y férvida, tuvo en ella su más intensa y noble observadora y cantora. Las características y el alma de la ciudad del ensueño, donde todo lo que no se puede filosofar se canta, han sido amadas por los lectores más lejanos, a través de los libros de Matilde Serao, tales como *Il paese di cucagna* y *Leggende Napolitane*, que sobrevivirán a la autora por muchos años.

Carlos Vega Belgrano.

CARLOS Vega Belgrano ha sido designado presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, institución que, al facilitar la difusión del libro, propende implícitamente al fomento de nuestra producción literaria; y esta designación importa, por su carácter oficial y por las calidades de la persona en quien ha recaído, el reconocimiento público de un esfuerzo especialísimo en el campo de las letras argentinas: la consagración de una vida entera al estímulo moral y material de nuestros escritores. Justa sanción social, a la que se adhiere la Dirección de NOSOTROS registrando aquí, como fundamento de ella, los principales rasgos de esa actuación personal edificante.

Quince años de edad cuenta apenas Vega Belgrano cuando resuelve aplicar su tiempo y su dinero a una obra que, efímera en las formas, iba a ser en substancia la de toda su existencia: el sostenimiento de una publicación periódica que, hecho singular, no estaba destinada a servir de marco a telas propias; y este desinterés personal suyo, que cede el predominio al sentimiento altruista, es justamente lo que caracteriza ante todo su obra de publicista. De modo que no es para crearse una cátedra, sino para dar tribuna a otros, por lo que en 1873 funda con Dámaso Centeno y Joaquín Rivadavia la *Revista de la República*; y en 1874 la *Revista Literaria*; y en 1876 *El Plata Literario* con Gregorio Uriarte. Cambia los títulos de sus publicaciones, pero la razón de ser es la misma en todas ellas: esos periódicos son para sus amigos, especialmente para los jóvenes del círculo de Rafael Obligado, esto es, de la Academia Argentina de Ciencias, Letras y Artes; y tan pronto como se pone en contacto con escritores no adinerados, introduce un principio sin precedentes en nuestro periodismo, y que es la segunda característica de su obra de publicista: la remuneración del trabajo literario. En 1877 se traslada a Europa, reside sucesivamente en París, Viena y Berlín, sigue cursos en las universidades de Heidelberg y de Bonn, dirige nuestro Consulado general en Hamburgo, publica sus *Pensamientos*, elogiados por Taine, Fastenrath, Simon, Claretie, Valera, De Amicis, Mantegazza, Martí y Nabuco; y a su regreso, en 1891, reanuda su obra primordial, el estímulo de nuestros escritores, tomando

la dirección de la *Revista Nacional*, en la que restablece el principio de la colaboración remunerada. Sin predilección por escuelas ni círculos ni tendencias determinadas, alienta todas las manifestaciones del arte nacional, especialmente las letras; y para ampliar esta acción acepta las presidencias del Ateneo y del Círculo de la Prensa. Hasta que, al reconocer que el patrocinio literario es en él una vocación vital, funda en 1894 el diario *El Tiempo*, que sostiene durante largos años a costa de su fortuna, y donde al fin puede desarrollar cumplidamente su programa de ayudar al escritor, sobre todo al escritor novel; porque, idealista hasta el lirismo, prefiere la promesa juvenil, siempre rosada, a la realidad madura siempre gris. Después, en 1910, se deja llevar a la vicepresidencia de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, porque en ese cargo puede seguir estimulando a nuestros literatos; y así ha continuado su obra durante los últimos tres lustros, sintiéndose renacer en cada escritor que le llevaba un nuevo libro.

La designación de Carlos Vega Belgrano para la presidencia de esa Comisión es por esto, repetimos, la justa sanción social acordaba a una vida entera de consagración al fomento de las letras nacionales.

A propósito del "Yo" de Montecitorio.

EL 27 de mayo leímos en *La Razón* un hermoso editorial titulado *El "Yo" de Montecitorio*. No acostumbrados a concordar muchas veces con el estimado colega en lo que toca a juzgar la política italiana actual, sintiéndonos interpretados por ese artículo, lo transcribimos en el núm. 216 dedicándolo a algunos periódicos italianos que en anteriores ocasiones nos enrostraron nuestra opinión adversa al fascismo. El director de uno de ellos, *La Rivista Letteraria delle tre Venezie*, Francisco Fattorello, ha creído de su deber contestarnos con una larga carta ciertamente destinada a la publicidad. Nos es muy grato complacerlo haciéndola conocer de nuestros lectores y muy particularmente de nuestro colega *La Razón*, a quien en verdad va dirigida. Más adelante volveremos sobre el tema. Como no solemos publicar en estas páginas documentos en otro idioma que no sea el nuestro, hemos debido traducir la carta, pero lo hemos hecho, creemos, con es-

crupulosa fidelidad, sin quitar ni poner una sola idea y un solo adjetivo.

La carta dice así:

Señores Directores de la Revista NOSOTROS:

Hemos leído en el número 216 de la Revista de ustedes, el nuevo artículo que nos han ustedes dirigido y en cierto modo estamos contentos de cuanto en él se dice, porque si, como ustedes afirman, dicho escrito representa "un signo del pensamiento general del pueblo argentino" y no del de ustedes solamente, el tono con que está escrito es diverso de aquel otro en el cual el fascismo definiase como "declamación, prepotencia y violencia", y los juicios en él contenidos, si bien fundamentalmente viciados, se encaminan ya por una senda diversa de la que ustedes antes habían seguido.

Así, lo que asombra a los redactores del nuevo escrito, es que puedan ser toleradas en tal hombre como Mussolini una fuerza de mando, una fuerza de vida y de actividad tan grandes y tan poderosas como para inducir a todo un pueblo a seguirle. Lo que asombra a los redactores del nuevo escrito es la obediencia, la unión completa y verdaderamente maravillosa del pueblo alrededor de su *Duce* y la adhesión compacta de los italianos a todo cuanto Mussolini va ideando o concretando para los nuevos derroteros nacionales; es esta carrera más fuerte que el destino que jefes y gregarios, con la fe de un solo hombre, quieren hacer y van haciendo.

¡Y sin embargo son tan simples cosas!

Ustedes están demasiado lejos de nosotros para entender con cual ardor se cumple toda esta renovación. Ustedes están demasiado lejos para ver cómo el pueblo italiano camina compacto a la par de un ejército, detrás de su caudillo.

Se acabaron los tiempos en que un italiano habría podido levantarse contra este pleno consentimiento a la obra de un hombre, contra este espectáculo de orden maravilloso y escribir un artículo como el de ustedes, con un título semejante al que a ustedes les ha parecido bien elegir, *el "Yo" de Montecitorio*, señalando con este grueso *Yo*, al *Duce*.

Nosotros ya no concebimos la política como una algaraza de hombres cuya única preocupación es llegar a ministros. No concebimos ya que los hombres de gobierno lleguen al poder subiendo a cuevas de los que están antes, o que, apenas llegados, deban preocuparse exclusivamente de conservar para sí el propio sillón ministerial. Concebimos ahora la vida política italiana como la de un gran pueblo que quiere renovar su grandeza y quiere haber su parte en el mundo. Concebimos a los hombres de gobierno, activos, trabajadores infatigables e inteligentes, dedicados a todos los trabajos de su alto y difícil menester, obedientes a las órdenes del jefe, fieles a su difícil tarea. Concebimos a la cabeza de este movimiento un hombre genial y capaz, digno de soportar y realizar el duro y maravilloso esfuerzo.

Ello ha ocurrido en Italia y puede ocurrir en un país donde los hombres que gobiernan son sostenidos por la confianza del pueblo entero y sobre todo donde el pueblo conoce su deber. He ahí donde reside la autoridad de Mussolini. He ahí porque Mussolini puede decir hablando en Montecitorio, "dentro de doce años haremos tal cosa; dentro de quince haremos tal otra"; y éstas son palabras descarnadas, sin retórica, que también a ustedes les causan cierta impresión. Aquella revolución que exaltó al *Duce* y fué obra de pocos, ha atraído a sus filas a todos los italianos que a él han confiado la nueva grandeza del país, su seguro mañana.

Ustedes piensan que Italia que lo ha elegido, no tiene poder para fis-

calizar su obra. Ello es erróneo. Si Italia quisiera, podría hacerlo. Pero no hace falta. ¿No recuerdan ustedes ya que Italia ha sido capaz de una revolución la cual ha mudado el orden total de las cosas, ha renovado a la vuelta de pocos años cuanto habría necesitado siglos para cambiar? Ustedes olvidan que Mussolini es un prodigio de Italia y que Italia sabe renovar sus prodigios.

Parece que los autores del artículo que nos dirigen ustedes, se encuentren además muy molestos cuando piensan en la transformación de la Cámara Italiana anunciada por el *Duce*, cuando piensan en la Carta del Trabajo, cuando piensan que un hombre está por dar en Italia un soberbio espectáculo al mundo como es el de renovar en breve espacio de tiempo los viejos sistemas políticos que rigen un pueblo y una nación. Sin embargo, así es. Y ustedes debieran mirar con curiosidad e interés esta prueba de nuestro país, antes que sofisticar sobre nuestras libertades. Nosotros sepultamos las formas añejas de la vida, pero creamos otras nuevas. No es cierto que en Italia véngase limitando la libertad. La libertad en un estado existe cuando entre todas las cosas, entre todos los hombres existe aquel equilibrio que solamente puede resguardar el derecho de una parte sin lesionar el derecho de la otra. Lo que en Italia se hace tiende a renovar los sistemas según los cuales existe este equilibrio.

Tampoco es justo decir que las viejas instituciones que el Fascismo está sepultando en Italia sean muertos terribles. Son muertos sobre cuya experiencia han nacido organismos más perfectos, más ágiles, que responden mayormente a la vida y a la suerte del pueblo italiano. Y si dentro de un breve período de años Mussolini podrá convocar cinco millones de hombres, pueden ustedes tener por cierto que éstos no le pedirán, como ustedes piensan, de resucitar las viejas instituciones que hoy vemos sustituidas por las nuestras, pero sí de dar a Italia las mejores virtudes de su juventud.

El *Duce* os asombra muchísimo cuando dice: "Todavía no ha nacido el hombre que deberá sustituirme." Y ustedes ven en estas palabras, en estas actitudes del hombre que rige la suerte de nuestro país, ciertas características del valor y de la arrogancia de los "legendarios caudillos sudamericanos". Nosotros les decimos a ustedes que la comparación es muy grotesca.

Nosotros italianos quedamos en cambio diversamente pensativos ante estas palabras del *Duce* y reflexionamos que algún día será menester entre nosotros otro hombre capaz de recoger la obra inmensa hoy iniciada por el Fascismo. Frente a este pensamiento quedamos primeramente perplejos... luego nuestra frente se serena: un pueblo que como el nuestro ha sido capaz de realizar milagro tan grande, también será capaz de continuarlo.

Tal es, caros amigos, nuestra fe.

FRANCESCO FATTORELLO.

1.º de julio.

Carta abierta al doctor Ernesto Palacio.

Muy señor mío:

Comenzando por felicitarle muy efusivamente por el sentido general y especial de su elegante conferencia, referente a las revoluciones literarias, leída ayer públicamente e impresa en *La Nación* de hoy, considero necesario rectificar un punto, episódico en ella, pero muy importante en sí mismo, del que luego me ocuparé.

Tiene Vd., a mi ver, toda la razón al negar validez al criterio absurdamente individualista y romántico que ha invadido la literatura, las artes

en general y la crítica, que pretendería desconocer lo que hay de fundamental, permanente, continuo y racional en sus fines y procedimientos; lo que, en dos palabras, son sus leyes y reglas, que son inviolables, so pena de fracaso de la obra artística como tal.

No dudo que su disertación, sanamente reaccionaria contra la pretensión de que cada artista (ni aunque se suponga "genio") puede darse sus propias reglas ilimitadamente, y contra la crítica que Vd. llama impresionista, tendrá influencia benéfica en el ambiente cultural, junto con otras también recientes y muy valiosas que concordantemente aparecen.

Me es natural convenir con Vd., puesto que hace más de diez años (aunque después no me he ocupado públicamente de la materia), me expresé semejantemente en un artículo sobre la pintura de Anglada Camarasa (que dió lugar a polémica con quien era, y creo sigue siendo, secretario del Museo Nacional de Bellas Artes), en otro sobre qué se pinta y cómo se pinta, y en otro sobre la cuestión del detalle en el dibujo y la pintura. Aquéllas opiniones mías, un tanto prematuras, dada la profunda intoxicación del ambiente, resultan, según veo complacido, reforzadas por reacciones tan brillantes como las del crítico José Gabriel y la que comento de usted, además de otras también actuales de Pérez de Ayala, sin contar las de Max Nordau, que nos precedió a todos.

Hay, efectivamente, en la finalidad de las artes objetivos permanentes, y en su técnica un caudal de adquisiciones sucesivas que es tanto menospreciar suponiendo que cualquier escritor "neosensibilista" puede inventar de nuevo la literatura o cualquier fumista del pincel puede inventar una nueva pintura.

Lo que, según entiendo, significa su conferencia, es que se puede y se debe en lo posible *añadir* a lo positivamente alcanzado y mejorarlo, sin tener la pretensión de inventar el paraguas... porque ese paraguas será seguramente más tosco que los más ordinarios obtenidos en la industria por vía de sucesivos perfeccionamientos. Le faltó tal vez decir a Vd., concretando, que, en suma, las artes, como todo el universo, proceden por vía de *evolución*, y nada importante cuentan las pretendidas "revoluciones". Sería extravagante que la inmensa ley de la evolución se cumpla desde la formación y transformaciones del mundo sideral hasta las mínimas manifestaciones de la materia viviente e inorgánica y ella no se cumpliera con respecto a las obras artísticas, producto de un bicho *natural*, como es el hombre, pues ni ellas ni él ni nada está fuera de la Naturaleza.

Pero en su conferencia, tan lúcidamente racional, hay un punto, expresado reiteradamente, que es, a mi ver, incuestionablemente falso. Dice Vd. a modo de ejemplo, que el comunismo es una consecuencia necesaria de los principios democráticos.

El hombre conservador — dice usted — "acepta en política, de acuerdo con la ideología democrática, que todos los hombres nacen iguales y libres, y en nombre de este principio abomina de las desigualdades del pasado; pero niega las desigualdades actuales y se indigna violentamente contra la consecuencia lógica del principio aceptado, que sería la igualdad económica y el comunismo integral."

Es ese un razonamiento de usted completamente falso, arrancando de mal conocimiento de los principios democráticos y también de la Economía. Son ellos, efectivamente, que todos los hombres nacen libres y, *no iguales*, sino *con iguales derechos*, que es cosa muy distinta, aunque, por brevedad y ligereza, haya sido enunciado a veces el pensamiento en la forma defectuosa que Vd. cita. Esa *igualdad*, en el orden económico, significa *igualdad de oportunidades*.

Por otra parte, el comunismo es un sistema económico *necesariamente tiránico* (práctica y racionalmente es inconcebible en otra forma) y es

opuesto, por lo tanto, al principio de la *libertad económica individual*. Por consiguiente es un falso raciocinio (cometido varias veces antes que Vd. por el señor Lugones), el de correlacionar la democracia con el comunismo. Más lógicos han sido los comunistas al hacer constante escarnio de la democracia e instaurar, donde han podido, la *dictadura* del proletariado, y ello no improvisadamente, pues ya fué preconizado por Carlos Marx.

Tan es así, que uno de los libros más densos que se han publicado en lo que va de siglo sobre la cuestión social se titula "*Democracy versus Socialism*". Fué escrito en Australia por Max Hirsch y réeditado hace poco en Londres por Storey Evans y Co., de quienes quizá podrá Vd. obtenerlo, pues dudo que lo halle en bibliotecas o librerías del país.

Los principios democráticos conducen al *liberalismo económico*, escuela bien caracterizada, y no al socialismo (comunismo o colectivismo de los bienes y actividades productivas), que es escuela antagónica de aquélla.

Añade Vd. que "lo razonable sería reconocer que un principio que lleva a conclusiones absurdas no puede ser verdadero, y que si el comunismo repugna a la inteligencia, será porque no es verdad que todos los hombres nazcan iguales".

Expuesto en esta forma, podría ser; pero con esto ya nada tienen que ver la libertad ni la democracia, que Vd. mencionó antes y mantiene implícitas en todo momento.

En mi opinión lo razonable es profundizar en los conocimientos de las ciencias política y económica antes de sacar conclusiones referentes a esa clase de asuntos (para lo cual no son el mejor texto los artículos del señor Lugones), conocer bien siquiera el alcance de su terminología, para no incurrir en confusiones tan graves como la que Vd. ha padecido.

La cuestión es del mayor interés y muy palpitante, como fácilmente se le alcanzará y, de no asentir con su silencio a mi rectificación, me sería grato, y seguramente instructivo para los lectores, discutirla con Vd. en esta Revista.

Saludo a Vd. muy atte.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, julio 27 de 1927.

Sobre un proyectado impuesto a las revistas argentinas en el Uruguay.

CONSULTADO por el sindicato de vendedores de diarios de Montevideo sobre un proyectado impuesto a las revistas argentinas en la vecina orilla, para el fondo de la Caja de Jubilaciones de Gráficos y Periodistas, nuestro director Roberto F. Giusti ha contestado en los siguientes términos, que son la opinión de esta revista:

Por lo que conozco del asunto a través de las informaciones recibidas y los reportajes leídos, pienso que difícilmente pudo proponerse con más ambigüedad y confusión de ideas, una medida inconveniente.

¿Qué persiguen los sostenedores de un impuesto a las revistas extranjeras? Contribuir, dicen, a formar el fondo de la caja de jubilaciones de Gráficos y Periodistas. Bueno; no es el caso de sacar dinero de cualquier parte, aunque el fin sea óptimo, sino de donde se debe.

¿Y por qué no crear un impuesto que pague todo aquel que no sien-

do gráfico o periodista, manifieste, con declaración jurada, que lee regularmente periódicos, libros o siquiera anuncios impresos, es decir, que se beneficia del trabajo de aquéllos? Me parece tan razonable este disparate que acaba de ocurrírseme, como aquello otro.

Pero el Comité Gráfico pro Jubilaciones parece que es proteccionista y quiere fomentar la industria gráfica y revisteril uruguaya. Consecuencia: aspirando en último extremo a cerrar la entrada a toda revista extranjera, para proteger el nacimiento y desarrollo de las nacionales, le fracasará el propósito primero a medida que su aspiración vaya actuándose. Menos revistas extranjeras (léase argentinas) se vendan, menos dinero entrará en Caja. Y a concluir este negocio redondo, habrá llegado por el camino extraviado de oponer barreras a la cultura. Porque, aparte de que la libre circulación del periódico y del libro no debe ser impedida por ningún motivo, es obvio que, como instrumentos de entretenimiento e información, las revistas ilustradas de Buenos Aires serán por mucho tiempo todavía superiores a las de Montevideo: esto por la razón simplicísima de que Buenos Aires tiene dos millones de habitantes y detrás toda la cuenca del Plata y aun algo o mucho más, y Montevideo, medio millón y la República del Uruguay; aquélla, vida más compleja, más cosmopolita que ésta y más elementos literarios y artísticos con que contar, en proporción. ¿O se cree que podrían surgir en Montevideo, a poco de eliminada la competencia argentina, revistas como *Caras y Caretas*, *Plus Ultra* o *El Hogar*, para citar sólo unas pocas entre muchas buenas y discretas, a las cuales solamente puede sostener un público lector muy numeroso como el de la Argentina y países limítrofes, y un comercio avisador de la importancia del argentino? Conozco las mejores revistas ilustradas de América Española, uruguayas, mejicanas, colombianas, venezolanas, cubanas, chilenas, y si bien las juzgo interesantes y amenas, afirmo que ninguna, considerando en conjunto la amplitud de la información, la colaboración literaria original y la presentación gráfica, puede competir con las principales nuestras. Lo que es perfectamente natural y lógico, sin querer con ello enojar el patriotismo de nadie, el cual en estas cosas determinadas por los hechos materiales geográficos y demográficos, no tiene nada que hacer.

Por la misma razón las revistas argentinas no pueden ofrecer a sus lectores tanta riqueza de material ni tanta magnificencia de presentación, como ofrecen los *magazines* norteamericanos e ingleses: efectivamente, los habitantes de la Argentina son unos diez millones, y entre ellos los que leen, pequeña minoría; los de Estados Unidos, más de cien millones con mayor nivel de cultura general; y el inglés es la lengua de un imperio muy vasto, muy rico y muy culto y de una raza diseminada por todo el mundo, la cual dondequiera que vaya, conserva celosamente su idioma y sus hábitos domésticos y mentales.

Cuanto a los vendedores de diarios montevidianos, pueden descontar, sin ser financistas, que de realizarse tal proyecto, mermarán sus entradas. No es verdad que el que deje de adquirir una revista argentina, comprará una uruguaya. Eso ocurrirá tal vez con el papel de envolver; pero uno puede pasarse muy bien sin leer lo que no le satisface. La comprará si es buena. O, aunque el público lea las uruguayas, que deseo sean excelentes, más venderá el canillita si aquél también lee las argentinas.

Y conste que, respondiendo a una encuesta del sindicato de vendedores de diarios de Montevideo, he hablado solamente de las revistas ilustradas, y no, como director de NOSOTROS, de las puramente literarias: adviértelos, eso sí, a los propiciadores del impuesto, que con el que gravan allí sobre éstas, no habrá para sostener un jubilado a régimen lácteo.

ROBERTO F. GIUSTI.

La A. P. R. A. y el imperialismo norteamericano.

EL joven escritor peruano Manuel A. Seoane, secretario general en Buenos Aires de la Alianza Popular Revolucionaria (A. P. R. A.), nos escribe manifestándonos que por noticias directas llegadas de La Paz se sabe que el gobierno boliviano, presionado por el de Estados Unidos y con el pretexto de destruir una presunta conspiración comunista, ha reducido a prisión a los conocidos intelectuales Tristán Marof y Miguel A. Urquieta, como así también a Oscar A. Cerruto, Abraham Valdez, Juan Rojas Paz, Moisés Alvarez, etc. Esto, unido a los sucesos acaecidos en Lima con la prisión de José Carlos Mariátegui y otros 40 compañeros y los ocurridos en La Habana, con iguales medidas para muchos intelectuales, prueba — nos dice Seoane —, “que estamos frente a un verdadero complot organizado por gobiernos que, como los de Perú, Bolivia y Cuba, están contribuyendo en forma activa a la entrega de nuestros indefensos países a la voracidad imperialista del capitalismo del norte. Debemos completar la información declarando que los diplomáticos norteamericanos trabajan empeñosamente en esta obra de apresamiento y deportaciones, como lo prueba el caso del escritor Jorge Basadre, apresado en Lima por instigación del representante yanqui. Ocioso es insistir en que las prisiones en La Habana y La Paz han contado con la ayuda entusiasta de las legaciones estadounidenses, que así obedecen a terminantes instrucciones de su gobierno.”

Proyecto de protección a la producción literaria y científica.

EL escritor Alcides Greca ha presentado a la Cámara de Diputados de la Nación de la cual es miembro, un extenso y minucioso proyecto de protección a la producción literaria y científica, que cortesmente nos ha comunicado como requiriendo nuestra opinión.

Por este proyecto institúyense treinta premios anuales a la producción literaria y científica del país. Estos premios consistirán en la edición, por cuenta del Estado, de las treinta mejores producciones inéditas de autores argentinos, o extranjeros con diez años de residencia inmediata en el país, que tomen participación en los concursos anuales.

El P. E. designará cuatro comisiones de cinco miembros cada una que dictaminarán acerca de los méritos de las obras presentadas. Estas comisiones se denominarán: de ciencias biológicas, de ciencias exactas, de filosofía y letras, de derecho y ciencias sociales.

Para la edición de cada obra se destinará la suma de cuatro mil pesos moneda nacional, ajustándose su tiraje a los gastos que origine su presentación y volumen. Se entregará a cada autor premiado la edición completa de su obra, reservándose cien ejemplares para distribuirlos entre las bibliotecas públicas.

Los premios se distribuirán, a los efectos de la edición de las obras, con sujeción a la siguiente escala: ciencias biológicas 4, ciencias exactas 4, filosofía 1, derecho 2, sociología 2, economía y finanzas 1, historia 2, filología 1, novela 2, cuento 2, poesía 2, ensayos 2, crítica de arte 2, teatro 2, crónicas 1.

El autor que resultare premiado no podrá optar a un nuevo premio hasta transcurrido un período de tres años.

A continuación se consigna la complicada constitución de las cuatro comisiones integradas según la especialidad con delegados de todas las Facultades Universitarias de la República, y autores premiados en los concursos anteriores, y en los fundamentos se indica como edición normal de las obras premiadas la de 10.000 volúmenes y se establece la presentación al concurso bajo seudónimo, para evitar los "posibles favoritismos o sugestiones que siempre ocasionan los nombres prestigiosos."

Nuestra opinión es que el doctor Greca se ha equivocado. Aspirar a filtrar toda la labor científica y literaria del país a través de concursos de obras todavía no impresas sobre las cuales se guardaría el secreto y de las que sería ignorado hasta el nombre del autor hasta la adjudicación del premio — nos parece que es un proyecto que no resiste al análisis más elemental. Obligar a leer a cuatro comisiones, constituidas *ad honorem*, la montaña de papeles que les caerían encima, desde los del ilustre matemático, biólogo o poeta—aunque anónimos en la ocasión—hasta los del "chiflado" de la bohardilla o del grafómano mentecato, para escoger entre ellos el solitario preciosísimo—es imponerles a los dignos universitarios porteños, litoralenses y mediterráneos en cuyas luces críticas tanto confía el doctor Greca, una labor de

galeotes, que cumplirían muy mal. Y peor si no se presentan los consagrados y sí solamente los aprendices o los genios ignorados e inéditos, que abundan mucho menos de lo que en su romanticismo cree el doctor Greca, diputado del pueblo. Editar el Estado todos los años cosa de 300.000 volúmenes sobre tanta disciplina científica y literaria (no habría premios vacantes? el autor no lo dice) significaría abarrotar el país del desdeñado papel impreso oficialmente, porque pretender que cada uno de los libros premiados tenga aquí la salida y venta de 10.000 ejemplares, es no conocer este bello país. Pensar que las comisiones estarán a cubierto de ser sospechadas de camaradería y favoritismo, y que no incurrirán en ellos porque sus miembros vengan del valle y la montaña, de la selva y la pampa, y no sepan o no deban saber qué cara tiene el autor — constituye una maraña de errores psicológicos que debemos atribuir a la inexperiencia en estos asuntos del proyectista.

Y podríamos seguir. Pero créanos el diputado Greca, y le hablamos, en homenaje a su excelente intención, con el corazón en la mano, sin querer molestarlo: su proyecto es un dibujo de Heath Róbinson.

María Obligado de Soto y Calvo, Francisco Soto y Calvo.

DESPUÉS de un viaje de seis meses, que no ha sido de descanso, pues para este matrimonio de artistas grandes señores su descanso es trabajar, y sí de provecho artístico para ambos, han vuelto entre nosotros la distinguida pintora y el notable poeta.

Han recorrido la Europa Central, Italia, Grecia, Egipto, Turquía y el Asia histórica.

En una de las salas de Witcomb ha expuesto la señora de Soto y Calvo ciento veinte y tantas obras, que ha llamado "Itinerario de Viaje" y que son el producto de su tarea durante los seis meses pasados en el viejo continente.

La riqueza de su paleta, la intensidad de su visión, han grabado en las tablas, con encantadora frescura, paisajes del camino, diversos y a cual mejor sorprendido.

La crítica y el público han reconocido en la señora de Soto y Calvo la pintora de verdadera garra que en ella existe.

Francisco Soto y Calvo, inspirándose en las tierras del camino, ha producido varios libros de versos, cuyos títulos igualmente señalan un itinerario de viaje. *El resplandor de Jesús*, inspirado todo él en los lugares de tierra santa, *Italia, dulce Italia*, evocador de la sugestión imborrable que dejan en todo espíritu las viejas ciudades cuna de nuestra civilización, y otros sobre Grecia, Egipto y el Rhin, son los volúmenes cuya publicación prepara el señor Soto y Calvo.

Nosotros de quien siempre fueron amigos fieles, y que les corresponde con su proverbial reciprocidad, se complace en contarles de nuevo en la patria, cuyo nombre contribuyen a esclarescer.

Una antología de poetas argentinos en Italia.

FOLCO Testena ha leído en Roma — donde fué para representar al Círculo Argentino de Autores al Congreso Internacional de los autores dramáticos — a un grupo de poetas, literatos y críticos, unas cuantas traducciones suyas de poetas argentinos, anunciado haber concluído la "Antología de poetas argentinos modernos", en la cual trabajaba desde más de quince años.

La "Antología" de Testena sigue en sus líneas generales la de Julio Noé, a la que ha agregado otros diez poetas, elegidos entre los más jóvenes.

En ella ocupan un lugar prominente Lugones, Banchs, Capdevila, Arrieta, Alfonsina Storni, Fernández Moreno; entre los más jóvenes, Nalé Roxlo, Brandán Caraffa, Pedroni y Córdoba Iturburu. Los poetas traducidos por Testena alcanzan a noventa. El volumen, cuya publicación no tardará, pasará de 400 páginas.

Berta Singerman.

BERTA Singerman que actúa con gran éxito de público en el Teatro Cervantes, es una recitadora originalísima. Ha querido amalgamar en su declamación tres cosas que parecen rechazarse entre sí: la recitación, el canto y la acción mímica y recursos propios de la actriz dramática.

Se presente a través de las poesías que recita — que revelan su exquisito buen gusto en la elección — que quisiera conseguir con su voz sonora, aterciopelada, plena de matices, la calidez y la crepitación jubilosas de la llama cuando se estremece en doradas chispas, el festivo susurro del arroyo que se desliza entre marcos de verdura, la limpidez argentina del canto de los pájaros, los arpegios del viento que juguetea entre las hojas, el rumor emocionante de la catarata enfebrecida, en una palabra, que quisiera modelar a su antojo como la creta el escultor... De ahí suponemos provienen esos arrastres prolongados en la voz, esas sílabas que se alargan indefinidamente en un leve temblor musical, esas pausas que se convierten en calderones de silencio *a piacere*, esos sollozos medidos, estudiados, que quisieran plasmar el dolor artísticamente, esas actitudes plásticas inspiradas en las estatuas, esa fijeza en la mirada que anhelaría convertirse en una estrella...

Todos estos efectismos, logrados a fuerza de estudio, meditados en un afán único de originalidad, no logran convencernos precisamente porque son demasiado estudiados, porque nos suenan a moneda de emoción falsa. Berta Singerman recitando, a nuestro parecer, no es humana, es artificial, de un artificio refinado, que en un principio asombra y desconcierta, pero que, a medida que se va conociendo, interesa menos.

Gloria Bayardo.

EN el número 209 de NOSOTROS dimos cuenta del éxito obtenido en Río de Janeiro por esta distinguidísima actriz y recitadora argentina. En vista del indiscutido triunfo conseguido en Río de Janeiro y San Pablo, a principios de este año siguió viaje a Europa y ahora nos llega, desde Madrid, el eco de los entusiastas elogios que su labor ha despertado en los principales órganos de publicidad de las capitales de Portugal y de España. Como una síntesis de esta concordante unanimidad de pareceres, nos complacemos en transcribir a continuación el suelto que su primera audición en Madrid inspiró al crítico teatral de *A. B. C.*, en su número del día 3 de mayo.

La poesía lírica es metal que repugna toda aleación. Su ingravidez no consiente la compañía de los gestos, gritos y actitudes de índole teatral. Los unos vencen fácilmente a la otra. ¿Quién no recuerda a este respecto la *fumisterie* insuperable de Berta Singermann?

Gloria Bayardo, argentina también, dió ayer tarde, en el teatro de la Comedia, una serie ecléctica de recitaciones, con un éxito clamoroso. La prueba no era fácil, teniendo en cuenta la variedad de poemas: Rubén Darío, Amado Nervo, Unamuno, Machado (Antonio y Manuel), Enrique de Mesa, Ghirardo, Marquina... Pero Gloria Bayardo triunfó. Fué un triunfo de calidad y de cantidad. Supo transmitir, al través de una voz cambiante, insinuante, velada y cálida, y por el amplio, grandioso y severo ritmo de sus actitudes, la emoción lírica en su pureza. En nada parecida a la Singermann, es lo menos *fumiste* y espectacular que puede ser una recitadora: una recitadora con sensibilidad de gran actriz. El triunfo de Gloria Bayardo fué precisamente el dejar entrever su excepcional temperamento de comediante. Posee una "manera" natural, flexible, profunda y serena, que se quiebra, a veces, a impulsos de la emoción, sin perder la línea clásica y el aliento humano.

Demostración a Héctor Panizza.

EN un ambiente lleno de cordialidad y simpatía, se efectuó en el Restaurante Conte el día 4 de agosto, la comida en honor de nuestro compatriota el notable maestro Héctor Panizza.

El homenaje, aparte de ser justo y merecido, no podía ser más oportuno ya que el maestro, después de habernos satisfecho plenamente en su difícil y nobilísima labor, con sus magníficas e inolvidables direcciones de obras líricas en el teatro Colón, se embarcaba el siguiente día para el Brasil.

En nombre de la revista *Nosotros*, el crítico musical Mayorino Ferrara dijo las siguientes palabras:

Señores:

Dos palabras.

En torno del maestro Héctor Panizza nos hemos congregado en un afectuoso homenaje de simpatía y admiración.

Pocos merecen como él este homenaje: ninguno de nosotros ignora lo que representa el maestro Panizza en el arte musical europeo donde está conceptuado con toda justicia como un músico notable, un compositor de fibra y sobre todo un director genial, que desde hace algunos años tiene el honor de compartir con el maestro Arturo Toscanini, considerado hoy por muchos como el más grande director del mundo, la dirección orquestal del Teatro La Scala de Milán.

Los argentinos debemos estar noblemente satisfechos de contar con un compatriota que tanto nos honra en el extranjero, que eleva sin duda el concepto que merece en Europa nuestro arte musical tan prometedor, aún vacilante en la búsqueda de su verdadera senda.

El maestro Héctor Panizza halló en Buenos Aires, dirigiendo admirablemente diversas óperas en el teatro Colón, el ambiente cordial y entusiasta que realmente merecía: el hielo de la envidia, la incomprensión y la

ignorancia, que en otra ocasión, para vergüenza nuestra, se dejó sentir, esta vez se deshizo desde un principio y la llama de un entusiasmo sincero—reflejado tanto en la prensa como en el público—entusiasmo conquistado a fuerza de talento y de verdad artísticas, fué la justa ofrenda que mereció el maestro.

En nombre de la revista *Nosotros*, alzo mi copa y os invito a que todos la alcéis en honor del maestro Héctor Panizza, al que auguramos vuelva pronto entre nosotros con nuevos lauros conquistados.

El número extraordinario de “Nosotros” en su vigésimo aniversario.

EL próximo número de *Nosotros* será extraordinario, en celebración del vigésimo aniversario de la revista, fundada en agosto de 1907.

La dirección ha proyectado ofrecer en él una amplia reseña de las actividades espirituales que entran en el marco de esta publicación, según se han desenvuelto en este primer cuarto de siglo, en cuyos primeros años nació *Nosotros*.

Autorizados escritores han sido solicitados para ello y ya podemos anticipar los nombres de quienes nos han asegurado su colaboración para obra tan importante de recapitulación y síntesis, que esperamos no ha de quedar olvidada en la historia del libro argentino.

No publicamos a continuación el sumario de dicho número, por estar él en formación y ser todavía susceptible de algunas modificaciones de detalle. Sí podemos ya anunciar que colaborarán en él entre otros, Alejandro Korn, Julio Noé, Alvaro Melián Lafinur, Pedro Henríquez Ureña, Juan Torrendell, Guillermo de Torre, Enrique Méndez Calzada, C. Villalobos Domínguez, Arturo Orzábal Quintana, Horacio C. Rivarola, Julio V. González, Marcos Manuel Blanco, Gastón Talamón, Arturo Lagorio, Antonio Aita, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Lamberti Sorrentino, Juan Rómulo Fernández, Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti y Emilio Suárez Calimano, y que la revisión mencionada abarcará el Pensamiento filosófico, la Poesía, la Novela y el Cuento, el Teatro, el Ensayo y la Crítica, la Bibliografía histórica y el Humorismo argentinos; la Música, el Arte Argentino y el Arte europeo; la Política Nacional y la Universal; la Universidad, la Escuela Secundaria y la Escuela Primaria; las Letras hispano-americanas,

las Norteamericanas, las Españolas, las Catalanas, las Francesas y las Italianas; las Revistas de América y el Periodismo argentino; el Cinematógrafo y la Aviación; las últimas generaciones y el momento actual.

El número, que formará un grueso volumen, será debidamente ilustrado por conocidos artistas.

Correo.

N. CAPLÁN. — *Rosario*. — Su documentada refutación del artículo de don Antonio Argerich sobre *El fantasma del comunismo*, aparecido en el número 217, se publicará en el mes de setiembre, pues llegó tarde para aparecer en el presente, y el próximo número será extraordinario.

NOSOTROS.

N O S O T R O S

Año XXI — Tomo LVI

ÍNDICE

		Pág.
A		
Aita Antonio	Cuatro exposiciones de pintura.	547
Aramburu Julio	Alfonso Reyes (con retrato de J. Moreno Villa)	357
Argerich Antonio	El fantasma del comunismo ...	366
B		
Bilis Aarón	Cabeza de Pirandello (dibujo).	541
Binignat Fernando	La voz de los niños. Entre sus brazos amantes (poesías) ...	210
Blanco José M.	Más sobre "La madre de Jesús"	484
Bravo Mario	Poemas	163
C		
Carvajal Isaac	La reforma del himno nacional (encuesta)	411
Contreras Francisco	Sueños maravillados (poesías).	481
Costa Alvarez Arturo	La obra de Monner Sans en nuestra lengua	350
De Gaspari Luis	La personalidad literaria de Leopoldo Díaz	494
Del Castillo Alberto G.	La reforma del himno nacional (encuesta)	406
De La Guardia Ernesto	La reforma del himno nacional (encuesta)	400
De Luca Reginaldo	Literatura y Filosofía	333
Díaz Leopoldo	Sonetos	316
D		
Dickmann Max	Por el camino de Proust (con retrato)	24
Dirección (La)	Encuesta de "Nosotros": La reforma del himno nacional ..	395
Domínguez María Alicia	Poesías	77

	E	<u>Pág.</u>
Espoile' Raúl H.	La reforma del himno nacional (encuesta)	405
	F	
Fernández Moreno	Romance a Catalina Bárcena ..	189
Ferraría Mayorino	Crónica musical: Teatro Colón. Los conciertos	265
	Teatro Colón. Asociación del Profesora- do Orquestal. Los conciertos	433
	Teatro Colón. Los Conciertos. Armando Chimenti	549
Figueiredo Fidelino de	Alejandro Herculano	319
Frugoni Emilio	El canto del puerto (poema).	329
Fusco Sansone Nicolás	Poesías	207
	G	
García Costa Rosa	Psiquis (poesía)	56
Giménez Pastor Arturo	La reforma del himno nacional (encuesta)	396
Giusti Roberto F.	Apostillas a un hecho de crónica	96
González Juan B.	Letras argentinas: "El empresa- rio del genio"	425
	I	
Ibarbourou Juana de	El grito (poesía)	14
	L	
Lamarque Nydia	Poemas	530
Leumann Carlos Alberto	Sobre "La madre de Jesús": Carta abierta	166
Lizondo Borda M.	Croce y el Derecho	91
Lugones Santiago M.	Contribución al estudio del castel- lano en la Argentina	416
	M	
Marasso Arturo	Luis de Góngora	293
Mariani Roberto	Introducción a Marcel Proust .	16
Moglia Raúl	Observaciones sobre el lengua- je de Buenos Aires	249
Molinari Ricardo E.	Poesías	392
Monvel María	Poesías	43
Mosquera Kelly Florencio ...	La visión de Alberdi	245
	O	
Olivera Anna Valentina	Poesías	87
Orzábal Quintana Arturo	Europa frente al Soviet	384
	P	
Payró Roberto J.	Novelas de la Historia: Las ciu- dades quiméricas	453
Pla José	La Rusia Soviética	57
Profesor (Un)	La reforma del himno nacional (encuesta)	414

	R	Pág.
Ramos Juan P.	Las quimeras góticas	145
Ríos	Caricatura de Merediz	7
Romero Francisco	Información filológica: La caracterología	259
	S	
Sagastume Jorge	La pena absoluta	420
Salaverría José María	El momento periodístico en España	173
Schnitzler Arturo	El ciego Jerónimo y su hermano (cuento). Trad. de E. Méndez Calzada	217
Sarvetti Reeves Jorge C.	La reforma del himno nacional (encuesta)	414
Silva Valdés Fernán	El compadre (poesía)	505
Soriano Rodrigo	Los últimos días del Zar	181
Sorrentino Lamberti	Arte y letras en Italia: Telémaco Signorini. Arte de estado. La crisis de la escena en Italia	81
" "	Guido da Verona hasta "Cléo".	191
" "	El teatro de Pirandello	533
Storni Alfonsina	Entretelones de un estreno	48
" "	Una mirada (soneto)	349
	T	
Tiempo César	Nocturno soñoliento. La canción (poesías)	257
Torres Bodet Jaime	La danza. Acueducto (poesías).	206
Torres Ríoseco Arturo	Momentos. Rimas. (poesías) ..	212
	V	
Vatteone Augusto César	El polifacetismo de Pirandello..	536
Vega Carlos	La reforma del himno nacional (encuesta)	401
Villalobos Domínguez C.	El problema del "imperialismo yanqui"	507
Villarreal Enrique	El pintor José A. Merediz ...	5
	Y	
Yunque Alvaro	Poemas naturales	364
	Z	
Zia Lisardo	Retrato ecuatorial de María Inés (poesía)	545

CRONICA DEL MES

Bibliografía:

- Emilio Suárez Calimano: 21 *Ensayos* (Roberto F. Giusti). — Alfonsina Storni: *Poemas de amor* (M. López Palmero). — María Alicia Domínguez: *Idolos de bronce* (F. E. G.). — Manuel Rojas: *Hombres del Sud* (E. S. C.). — Marta Brunet: *Montaña adentro. Bestia dañina* (E. S. C.). — General Alonso Baldrich: *El petróleo* (C. V. D.). — Benjamín Villafañe: *El irigoyenismo no es un partido político* (C. V. D.). — Calvino Coolidge: *El precio de la libertad* (C. Villalobos Domínguez). — Julio V. González: *La Reforma Universitaria* (Gregorio Bermann). — Carlos Sánchez Via-monte: *Del taller universitario* (F. E. G.). — Juan Alfonso Carrizo: *Antiguos cantos populares argentinos* (Raúl Moglia).

- Karl Vossler: *Historia de la Literatura Italiana* (R.). — Attilio E. Caronno: Trad. de *El libro de Mora* (M. López Palmero). — Libros y folletos recibidos en abril 101
- José Vasconcelos: *Indología* (C. Villalobos Dominguez). — Luis Enrique Azarola Gil: *Veinte linajes del siglo XVIII* (Juan Rómulo Fernández). — Lorenzo L. Briano: *Los Maestros Cantores de Nuremberg, de Ricardo Wagner* (Carlos Vega). — Miguel de Cervantes Saavedra: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. Calleja. (Nos.). — Libros y folletos recibidos en mayo 273
- Roberto F. Giusti: *Crítica y Polémica* (Nos.). — Ramón Suaiter Martínez: *Catamarca* (Juan B. González). — Belisario J. Montero: *La enseñanza de la vieja química* (M. López Palmero). — Francisco Soto y Calvo: *Iguazú* (M. López Palmero). — Leopoldo Marechal: *Días como flechas* (M. López Palmero). — Carlos Mastronardi: *Tierra amaneceida* (M. López Palmero). — Emilio Menéndez Barriola: *La divina locura* (M. López Palmero). — Vicente A. Salaverri: *El Manantial y otros cuentos del campo* (E. S. C.). — José María de Acosta: *Las eternas miradas* (E. S. C.). — Paul Fort y Louis Mandin: *Histoire de la Poésie Française depuis 1850*. (R. G.). — Emile Verhaeren: *Impressions* (R. G.). — Ernesto Quesada: *Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado* (Juan Rómulo Fernández). — Louis Roy: *Histoire de Mussolini*. Louis Santini: *Mussolini, Garibaldi et Cie.* (R. G.). — Guido Mazzali: *L'espionage socialista* (R. F. G.). — Antonio Sagarna: *Pláticas docentes* (Marcos M. Blanco). — Julio R. Barcos: *Cómo educa el Estado a tu hijo* (Marcos M. Blanco). — Carlos Astrada: *El problema epistemológico en la Filosofía actual* (Francisco Romero). — José Joaquín Nunes: *Cantigas d'Amigo dos Trovadores Galego-Portugueses*. (Roberto F. Giusti). — T. Navarro Tomás: *Compendio de Ortología española* (Raúl Moglia). — Carlos Octavio Bunge: *Obras completas* (Nos.). — Domingo Faustino Sarmiento: *Vida de Dominguito* (Nos.). — Maria Yole Fornoni: *I Racconti della Terra Nuova*. (Lamberti Sorrentino). — Oscar Wilde: *Ballade de la Geôle de Reading. La vie de prison en Angleterre. Poèmes en prose*. (Nos.). — Libros y folletos recibidos en junio y julio 558

Notas y comentarios:

- Una notable carta de Unamuno. Eugenio Díaz Romero. Ricardo Monner Sans. Arturo Farinelli. Leopoldo Díaz. Partida del Ministro de México. Lamberti Sorrentino, seccionista de letras italianas. *Nosotros* y *Claridad*. Concurso Literario Municipal. Inauguración del primer Jardín de Infantes Municipal. Distinción a un redactor de *Nosotros*. Universidad Italiana para los extranjeros. Otra confesión de imperialismo. Comité Pro-Arte Argentino. Sociedad Argentina de Escritores. Concurso literario. "Babel". Amistosa advertencia. Las letras argentinas juzgadas en el extranjero 126
- El tercer centenario de Góngora. Sobre premios literarios a las revistas. La opinión argentina sobre Mussolini. Rodrigo Soriano. Héctor Panizza. Instituto Popular de Conferencias. "La Patria degli italiani". Homenaje a Romain Rolland. Recital Alemany Villa. Una nueva sección de A. B. C. de Madrid. Correo 283
- Una nueva carta de Carlos Alberto Leumann. Francisco Sicardi. Alfonso Reyes. Pirandello. Divertida conversación. "La Gaceta del Sábado". "Síntesis". Los Premios Nacionales de Literatura de 1925. Nacionalismo en América. Por la libertad de pensamiento. Exposición de fotografías artísticas. Un catálogo ilustrado 442
- Los premios nacionales de Literatura. El Florencio Sánchez de Riganelli. Roberto Cayol. Matilde Serao. Carlos Vega Belgrano. A propósito del "Yo" de Montecitorio. Carta abierta al doctor Ernesto Palacio. Sobre un proyectado impuesto a las revistas argentinas en el Uruguay. La A. P. R. A. y el imperialismo norteamericano. Proyecto de protección a la producción literaria y científica. María Obligado de Soto y Calvo, Francisco Soto y Calvo. Una Antología de poetas argentinos en Italia. Berta Singermann. Gloria Bayardo. Demostración a Héctor Panizza. El número extraordinario de *Nosotros* en su vigésimo aniversario. Correo 593